



Escriben:

Willy Brandt, John Kenneth Galbraith, Jean Baudrillard, Tomás Borge, Manuel Vázquez Montalbán, Iñaki Ezquerra, Ernesto Tiffenberg, Daniel Sosa, Marcelo Zlotogwiazda, Rubén Furman, Atilio Borón, Ricardo Graziano, Osvaldo Bayer, Eugenio Raúl Zaffaroni, Mariano Ciafardini, Martín Openhayn, Martirio González, Ludovica Squirru, Gabriel Dreiffus, Ana Torrejón, Claudia Acuña, Miguel Briante, Martín Caparrós, Washington Uranga, Silvia Chiarvetti, Eduardo Berti, Juan Carlos Baglietto, Roberto Cossa, Roque Narvaja, Gerardo Gandini, Sebastián Borenstein, Eduardo Pavlovsky, Eliseo Subiela, Adolfo Aristarain, Javier Torre, Beba Kamín y Gregorio Klimovsky.

Página/7 a/32

Página/12

el país a diario

Buenos Aires, domingo 31 de diciembre de 1989

Año 3 - Nº 794 - Precio de este ejemplar: ₳ 600 Recargo venta interior: ₳ 50. En Uruguay: N$ 750

Menem regresó a la Capital desde La Rioja y el ministro Antonio Erman González, por cadena de radio y televisión, descartó todas las versiones y ratificó la política económica. El martes, sin bancos ni cambios

Página/2/3

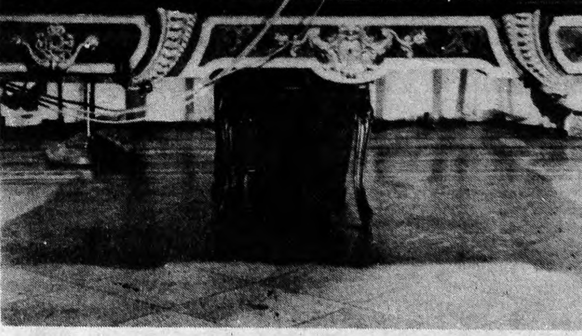
UN FIN DE AÑO IMPAGABLE

EN ESTUDIO

- Veinte dólares de aumento salarial
- Nueva cotización del dólar: entre 4 y 6 mil australes
- Cierre de bancos
- Impuestos a propiedades suntuarias

Tony Valdez





LIBERAL

—*¿Se terminó la inflación en la Argentina?*

—Creo que sí y no será financiada.

—*Pero este mes será del orden del 50 por ciento y en enero será alta por arrastre.*

—Yo prefiero no hacer pronósticos, pero creo que, si no existen expansión monetaria ni financiamiento fiscal, la inflación tiene que reducirse. Además, el arrastre que podemos tener ahora es muy atípico, producto de una política económica —la que hubo hasta el 11 de diciembre— que fue un fracaso total. Recién el día 19 asumió el ministro Erman González y empezó a delinearse un modelo de neto corte liberal. Ahora podemos empezar a hablar.''

(Declaraciones de Rodolfo Rossi, presidente del Banco Central en *Gente* del 28 de diciembre de 1989.)

32 Acá lo único que cambia son los precios, *por Osvaldo Soriano*

Pésimo negocio, *por Chacho Alvarez* **4**

El gobierno de Nicaragua expulsó a diplomáticos norteamericanos después de que los marines allanaron la embajada en Panamá

LUZ ROJA EN CENTROAMERICA

Página/6



UBALDINI

A través de su declaración con motivo de fin de año, la Confederación del Trabajo (CGT) sector Azopardo expresó que "no haremos un balance del año que termina, diremos solamente que en el mismo alcanzaron su indeseable culminación las nefastas consecuencias de políticas heredadas contra las cuales advirtió y luchó la CGT, sin que su opinión fuera escuchada".

En el comunicado distribuido ayer a los medios de comunicación que lleva la firma de Saúl Ubaldini, la central obrera sostiene que "lamentablemente los resultados están a la vista y justifican plenamente nuestra alarma ante la incalificable insistencia en imponer a nuestro país un modelo que no corresponde a nuestras realidades y que achicó nuestras posibilidades, despojando de su Trabajo y de sus ingresos a nuestro pueblo".

¿Collor de Mello en la Argentina?

El presidente electo del Brasil, Fernando Collor de Mello, se entrevistaría hoy con su par argentino Carlos Menem, según trascendió en fuentes gubernamentales. Collor de Mello partió ayer desde Brasilia, donde fue reconocido oficialmente como presidente, y según versiones difundidas por sus allegados permanecerá tres días en Buenos Aires y luego viajaría a Mar del Plata para una temporada de descanso.

Sin embargo, la red Globo informó en Río de Janeiro que Collor de Mello había viajado a París con su esposa y que regresaría de Europa en la primera quincena de enero.

En defensa de "La Razón"

Los trabajadores de prensa del diario *La Razón*, que desde hace tres semanas ocupan pacíficamente las instalaciones del vespertino en defensa de la fuente laboral, convocaron al gremio para compartir hoy una cena de fin de año que tendrá lugar en la planta de la empresa. Dentro de las actividades que se desarrollarán para evitar que *La Razón* cierre definitivamente —además de la cena—, está previsto para el miércoles 3 un festival artístico en el que intervendrán Teresa Parodi, Juan Carlos Baglietto, Alejandro Lerner y Rubén Goldín, entre otros. La entrada será libre y gratuita, las actuaciones se harán sobre el acceso que la empresa tiene en la calle Montes de Oca y el espectáculo comenzará a las 21.

Record en Tucumán

Durante 1989 se registraron en Tucumán 14.769 conflictos laborales, informaron ayer conjuntamente la Dirección Nacional de Trabajo y la Secretaría de Trabajo de la provincia. El record tucumano recoge —entre otros laudos— los constantes reclamos del personal estatal y de sanidad, así como las huelgas de los maestros provinciales. Por ejemplo, el castigado gremio docente paró 42 días de los 175 posibles de clase, alcanzando casi un 24 por ciento de jornadas perdidas en los colegios y escuelas.

González anunció que si hay cambios "serán

UN ESFUERZO ASI DE

Con la evidente intención de tranquilizar la angustia que provocan las remarcaciones y el desabastecimiento, y la ansiedad por conocer las nuevas medidas, el ministro Antonio Erman González habló al país para transmitir el compromiso de que "los únicos cambios que se introducirán estarán destinados a revertir la desgarrante injusticia social". Esos cambios,que serían anunciados el lunes o martes,consistirán en decretar la libre convertibilidad de la moneda local a un dólar de 4000 a 6000 australes, un fuerte aumento en las tarifas y una compensación salarial.

Al final de un día signado por grandes remarcaciones de precios y crecientes casos de desabastecimiento, el ministro de Economía, Antonio Erman González, dirigió al país un brevísimo mensaje por cadena nacional de radio y televisión, en el que aseguró que "no vamos a adoptar medidas que sigan echando la carga del ajuste sobre las espaldas de los trabajadores", y anticipó que las medidas en preparación "se darán a conocer una vez que estén armonizadas". A su vez, y antes de retornar a Buenos Aires en forma imprevista, el presidente Carlos Menem apeló desde La Rioja a "los que tienen memoria" para recordar que "cuando asumimos el gobierno dijimos que íbamos a tener tres o cuatro meses más o menos buenos y que después llegaría la crisis". Casi todos los miembros del gabinete y los asesores de González mantuvieron ayer constantes reuniones preparatorias del paquete que se anunciaría el lunes o martes y que estará basado en la libre convertibilidad de la moneda local a un tipo de cambio de 4000 a 6000 australes, en un brusco reajuste tarifario y en una compensación salarial. Urgido por la profundización de la crisis, el Presidente decidió retornar desde La Rioja, donde tenía pensado pasar el fin de año.

El texto original del discurso del ministro había sido preparado con varias horas de anticipación por los asesores del Palacio de Hacienda. Sin embargo, cuando parecía que el mensaje al país quedaría definitivamente a cargo del presidente Menem, el plenario de ministros resolvió sobre la marcha que fuera Erman González el encargado de llevar tranquilidad a la población y anticipar que "las medidas complementarias" que se difundirán la semana próxima atenderán las necesidades

PANICO ENTRE LAS GONDOLAS

Un promedio de diez personas bastante malhumoradas se alineaba en cada una de las cinco cajas de un supermercado del barrio de Belgrano, cuando una voz femenina y metálica que salía del altoparlante anunció: "Los productos que están en las góndolas se venden al precio marcado; todo lo que se reponga tendrá un 50 por ciento de aumento". Las remarcaciones y el desabastecimiento fueron las notas salientes de un sábado que, a juzgar por el calendario, tendría que haber tenido el clima habitual de un fin de semana largo y festivo.

En realidad, los consumidores de ese supermercado no fueron del todo desafortunados. Hubo lugares en donde directamente se bajaron las persianas ante el temor de que los precios de reposición resultaran superiores a cualquier remarcación.

De todas maneras, el anuncio en el supermercado generó rápida respuesta. "Me guarda el lugar, voy a buscar más azúcar", dijo una cuarentona que al volver a la cola no sólo trajo azúcar sino además cuatro frascos de mayonesa de medio kilo. "¡Y qué quiere! —le retrucó a un joven que la miró con cara de censura—. Me acordé de que ayer la vi en la otra cuadra a 1300 australes y aquí la venden a 950".

Una recién-mamá que espiaba detrás de anteojos de sol se sumó a la charla. "Eso no es nada. La bolsa de pañales descartables que hace dos semanas pagué a 4000 ayer me la quisieron cobrar 17.000. Para colmo no la compré, y hoy no encuentro pañales por ningún lado porque los negocios están cerrados."

Aunque no alcanzó a consolarla, otra mujer de la cola dio una explicación a los cierres poniendo su caso como ejemplo. "Yo opté por cerrar mi farmacia, y no porque no supiera qué precios contrar. No tengo ningún interés de pelearme con los clientes, y hace un rato estuve a punto de hacerlo." Contó que un señor quiso llevarse ocho envases de savia vegetal para el cabello, siete tubos de pasta dentífrica y cuatro Odex, y que ella se negó a entregárselos apelando a la solidaridad. "Se puso furioso, me gritó de todo y tuve que venderle lo que quería."

El panorama en las estaciones de servicio no era mejor, aunque no se vivió la misma histeria del viernes. Si bien nadie se tragó el sapo creyendo que el aumento del 50 por ciento dispuesto anteayer agotaba el tarifazo por venir, la medida atenuó el largo de las colas e incluso hubo estaciones que expendieron combustible sin límite alguno. Otros que sintieron en carne propia las consecuencias de la anarquía de precios y el desabastecimiento, fueron los funcionarios del Ministerio de Bienestar Social que habitan los despachos lindantes al de Eduardo Bauzá. Habían recibido orden expresa de la Casa Rosada para poner en marcha en forma urgente un programa de distribución de alimentos para llenar un poco las mesas de Año Nuevo de las villas miseria del Gran Buenos Aires y evitar males mayores. Pero no pudieron cumplirla en la medida deseada: algunos de los mayoristas habían cerrado sus depósitos y otros no quisieron vender por la falta de precios.

EL ABC DE LA CONVERTIBILIDAD

(*Por Marcelo Zlotogwiazda*) La palabra de moda en 1983 fue *institucionalización*. En 1985 se popularizaron *austral* y *desagio*. Todo indica que en 1989 habrá que aprender a silabear de corrido *convertibilidad*.

La libre convertibilidad del austral al dólar que se anunciará mañana significa el compromiso oficial de canjear los australes por dólares al tipo de cambio fijado por el Gobierno. Algo equivalente a que el ministro de Economía salga a decir públicamente: "Señoras y señores, a partir de hoy el Banco Central asegura que todo los que quieran comprar dólares podrán hacerlo al precio establecido por nosotros".

Es por eso que los cálculos que está haciendo Antonio Erman González para fijar el nuevo valor del dólar tienen en cuenta la cantidad de australes que hay en la economía y las reservas de divisas disponibles en el Estado, ya que la credibilidad del compromiso requiere —al menos— que el tipo de cambio sea tal que si todos los australes desean volcarse al dólar, haya suficientes reservas para abastecerlos.

El segundo requisito para que la libre convertibilidad tenga alguna chance de funcionar, es la eliminación del déficit y la no emisión de moneda: si se emitieran australes para financiar desequilibrios presupuestarios, quedaría descompensada la ecuación entre la cantidad de australes y las reservas de divisas y, por lo tanto, el tipo de cambio original dejaría de ser suficiente para igualar la masa de australes y la de dólares.

En cambio, la emisión de australes que surja como contrapartida del superávit comercial (los exportadores volverán a liquidar y los importadores a comprar las divisas en el Banco Central, ambos al tipo de cambio que se fije) sí es compatible con la convertibilidad, ya que el aumento de la masa de australes estará respaldado por las respectivas divisas adicionales.

La lógica teórica que esgrimen los impulsores de este esquema que estuvo vigente en el mundo desarrollado hasta que en 1971 Charles de Gaulle dijo basta ante la ira de Richard Nixon, es que la libre convertibilidad frenará la corrida hacia el dólar y hará desaparecer el mercado negro: "Si el Banco Central asegura el abastecimiento al tipo de cambio oficial —dicen—, nadie va a ser tan tonto como para comprarlo a un precio mayor".

Para cumplir con el requisito de eliminar el déficit, habrá dos tipos de medidas que acompañarán el anuncio de la convertibilidad. Para atacar el denominado déficit fiscal que surge del funcionamiento de la administración central, de los gobiernos provinciales y de las empresas públicas, se apelará a nuevos impuestos, al aumento de tarifas, a una aceleración en el programa de privatización y cierre de empresas públicas, y al recorte de los gastos sociales.

Pero la medida original está vinculada al llamado déficit cuasifiscal que se origina en el Banco Central **por las pérdidas en que incurre este organismo como consecuencia del peso de la deuda interna en títulos públicos y de la tasa de interés que pagaba por los encajes bancarios. Respecto de los títulos en australes se está pensando en alguna forma de reprogramación o canje por títulos en dólares (el valor en dólares de los títulos en australes se habrá licuado enormemente con el nuevo tipo de cambio).**

Lo verdaderamente novedoso será que a partir de ahora los bancos **no estarán obligados a recolocar en el Banco Central el 70-80 por** ciento de los depósitos que captaban, lo que los había convertido en virtuales sucursales del Banco Central **que no corrían ningún riesgo, dado que éste les pagaba por esos encajes** una tasa superior a la que recibían los depositantes, con el consecuente impacto en el déficit cuasifiscal.

Ahora los bancos no sólo dejarán de tener ese reaseguro (si toman dinero deberán conseguir un prestatario), sino tampoco podrán ofrecer garantía estatal a los depósitos ya que esta será eliminada o sustancialmente acotada. Estos cambios provocarán una fuerte concentración financiera en los bancos más solventes y poderosos y la segura desaparición de gran número de entidades.

Pero aun si en una primera instancia **la convertibilidad frena la escalada** del dólar y la reforma financiera la subida de las tasas de interés, hay tres temas que no parecen tener solución asegurada. En primer lugar, y si bien una hipotética estabilidad del dólar atenúa el alza de los precios, sigue en pie la puja distributiva **como causa inflacionaria (¿serán el** brutal desempleo y la apertura indiscriminada las cartas en la manga?). Además, la continuidad de la inflación hará que llegue el momento en que los exportadores reanuden el versito de que el dólar está retrasado y presionen por una modificación del tipo de cambio. Y, por último, queda un interrogante no menos trascendente: ¿cómo hará el Gobierno para pagar los intereses de la deuda externa sin desequilibrar la ecuación entre reservas y australes que requiere la convertibilidad? Ni hablar del crecimiento, el bienestar social y la revolución productiva.

"para corregir injusticias"

GRANDE

de los más sumergidos. Esta situación obligó a introducir modificaciones a la redacción original que quedó reducida a la mitad. Provocó además la demora de una hora y media en la difusión del discurso, prevista inicialmente para las 21.30 y emitida finalmente a partir de las 23.

"Estamos convencidos que las líneas fundamentales del plan económico del presidente Menem, es decir la reforma del Estado, el programa de privatizaciones, la reforma impositiva, la libertad de los mercados, la integración de la Argentina a Latinoamérica y el mundo, la eliminación de los privilegios y prebendas a los más poderosos y la apelación a la responsabilidad de la iniciativa privada, son absolutamente correctas", señaló luego.

Provocó sorpresa la frase con que González inició su exposición: "Fue grande el esfuerzo que hice para evitar este mensaje —dijo—, para no someterlos una vez más a la imagen y la palabra tantas veces repetida de un ministro de Economía formulando anuncios y proponiendo soluciones para los problemas que padecemos".

Por otra parte, el ministro Erman González ratificó que los únicos cambios que se introducirán en el manejo de la economía "estarán destinados a revertir esta degradante injusticia social, mal que les pese a los especuladores, a los privilegiados y a los que han estado abusando del esfuerzo de los argentinos".

Asimismo, el ministro Erman González exhortó anoche "a los productores del campo y de la ciudad a dejar de lado sus inquietudes, porque no serán sometidos a nuevas exacciones que les hagan perder sus legítimos derechos a recibir la justa retribución por su esfuerzo productivo".

En este sentido, ratificó "totalmente" los lineamientos de los discursos pronunciados por el presidente Carlos Menem ante la Sociedad Rural y la Unión Industrial, al tiempo que desmintió "categóricamente las informaciones irresponsables lanzadas por quienes confunden sus hipótesis tecnocráticas con las ideas de gobierno".

En otro tramo de su discurso, el ministro Erman González ratificó en nombre del presidente Menem el "compromiso de recuperar el valor del trabajo y el ahorro popular y detener esta alocada carrera de aumentos de precios y desabastecimiento, totalmente irracional".

Entre las exhortaciones, disculpas y compromisos, González formuló también una advertencia a los especuladores. "Mal que les pese —señaló— a los que han estado abusando del esfuerzo de los argentinos, no vamos a adoptar ninguna medida que siga echando sobre las espaldas del pueblo trabajador los costos del ajuste de los grandes desequilibrios que aún existen en nuestra economía."

Dirigiéndose ya en tono intimista a su teleaudiencia, el ministro miró fijo la cámara que lo enfrentaba y destacó que "nuestro único objetivo es el de todos ustedes, resolver definitivamente los problemas que nos angustian". Adelantó que "una vez que tengamos las medidas armonizadas y estemos seguros de que se contemplan los legítimos intereses de todos, las daremos a conocer. Mientras tanto les pedimos que celebren el Año Nuevo con fe y esperanza, porque el gobierno del presidente Menem sabe como cada uno de ustedes que el año que se va ha sido de angustias".

El último párrafo fue al mejor estilo Menem ya que deseó "que Dios bendiga a los argentinos". Un segundo antes había ratificado con dureza que "el Gobierno tiene muy en claro que el ajuste debe comenzar por el Estado y avanzar a través de la liberación de las variables económicas, pero siempre protegiendo a los más débiles y repartiendo las cargas entre los que más tienen".

Tony Valdez

El presidente Carlos Menem acudió en respaldo de su ministro de Economía.
Inquietud en el Gobierno ante el desconcierto público por el futuro.

EL FANTASMA DEL ESTALLIDO

(*Por Jorge Velázquez*) La delicada situación social que se planteó como consecuencia de la profundización de la crisis económica obligó a los funcionarios del Ministerio de Economía a desviar momentáneamente su atención del esquema de "dolarización" de la economía para buscar medidas complementarias que suavicen el impacto del ajuste sobre los sectores más desprotegidos de la sociedad. Con ese objetivo, las discusiones se orientaban ayer hacia la conveniencia de otorgar un aumento extraordinario de salarios consistente en una suma fija equivalente a 20 dólares del tipo de cambio que comenzará a regir la semana próxima.

Aunque todavía no quedó definido el valor que se fijará a la moneda estadounidense, la hipótesis de máxima se extendió ayer hasta 6000 australes, según la óptica de algunos funcionarios consultados. Simultáneamente se trabaja en la eventual aplicación de nuevos impuestos a las propiedades suntuarias, el incremento de las retenciones a las exportaciones, el otorgamiento de créditos blandos para las pequeñas y medianas empresas y asistencia financiera extraordinaria a las provincias para atender a las economías regionales.

En el marco de una jornada confusa en la que el ministro Erman González deambuló de su domicilio de la calle Larrea al Ministerio de Economía y de allí a la Casa Rosada en varias oportunidades, el equipo económico trabajó sobre el nuevo plan coordinado por el secretario de Gestión Económica, Eduardo Curia, que se convirtió de hecho en el viceministro, inexistente en el Palacio de Hacienda desde la renuncia de Orlando Ferreres.

La única información oficial de la víspera fue la confirmación del feriado bancario y cambiario que regirá el martes que viene, en tanto que el resto de los trascendidos no fueron suscriptos públicamente por ninguno de los funcionarios involucrados.

La decisión de acudir al Presidente —que debió regresar desde La Rioja— surgió ante la discusión generada en el equipo económico en torno de la oportunidad en que se decidió el ajuste. Los que criticaban el momento elegido sostenían que sólo la voz del jefe de Estado podía contener a la masa cuyos salarios y aguinaldos se verían licuados en uno de los momentos más cruciales del año como lo son estas festividades. El temor al estallido social decidió el aumento de emergencia de 20 dólares para todos los trabajadores, que será abonado a la brevedad una vez que se hagan los anuncios y se conozca el decreto correspondiente.

Para que las pequeñas y medianas empresas puedan hacer frente a esos pagos, así como también los frágiles estados provinciales, se dispuso conceder créditos y asistencia extraordinaria. Ante la necesidad de encontrar financiamiento genuino para estas partidas —ya que se cortará abruptamente la emisión— estaba estudiándose anoche la posible aplicación de un tributo especial del 4 por ciento sobre las propiedades de más de 100 mil dólares, con severas multas para los evasores, y un aumento adicional de las retenciones a las exportaciones agropecuarias que verán incrementada su renta de manera descomunal por la fuerte devaluación que se avecina.

También con la intención de llevar tranquilidad a otros sectores de la sociedad, los funcionarios están buscando la mejor forma de evitar la licuación de las deudas interempresarias, los contratos de locación y las deudas impositivas. Todos los contratos y compromisos firmados en australes a moneda corriente serán agiados de manera que la dolarización no pulverice los montos de las obligaciones.

Mientras los gestores de este plan esperan que hoy mismo comiencen a manifestarse las presiones de las corporaciones sobre el Palacio de Hacienda, preparan un plan de acción que asegure la primera semana de vida del programa. Saben que hay cerca de medio centenar de bancos que quebrarán inevitablemente y que no aceptarán pasivamente ese destino. Para los desocupados bancarios habrá un subsidio por desempleo.

Mensajes de Cáceres

Tony Valdez



EJERCITO: ESO NO SE TOCA

Llamó a preservar el sistema democrático y a protegerse de "mesías o Jomeinis de turno que creen que todo se resuelve cortando cabezas". Este es el turno de los políticos.

En dos oportunidades, durante un almuerzo compartido con amigos civiles y a través de un radiograma enviado a todas las unidades, el titular del Ejército, general Isidro Cáceres, aseguró que su fuerza luchará contra cualquiera que amenace las libertades de la ciudadanía y "el sistema de vida que el pueblo ha elegido".

En un discurso informal que pronunció tras una comida compartida con civiles de su intimidad, el general Cáceres afirmó que la única solución a la crisis es preservar el sistema democrático y no fomentar la aparición de "mesías" o Jomeinis de turno que creen que los problemas se resuelven cortando cabezas". Este singular tramo de su alocución de sobremesa fue considerado una tácita alusión al sector carapintada del Ejército que encabezan Mohamed Alí Seineldín y Aldo Rico.

"Nosotros creemos que la solución de los problemas es propia del ámbito político, de los partidos políticos, de los dirigentes políticos, quienes deben ayudar por todos los medios a la persona que está habilitada constitucionalmente para dirigir los asuntos ejecutivos de la Nación", señaló el jefe del Ejército a los postres.

En esta misma línea argumental, el general Cáceres aseveró que "mi preocupación, nuestra preocupación es coincidente con la expresada por mis pares de la Armada y la Fuerza Aérea: la lucha entre sectores que venimos señalando tantas veces". Y a continuación agregó: "Si privan los intereses personales de grupo por sobre el bien común, se intensifica el desencuentro entre los argentinos, se aleja el espíritu de pacificación y no se contribuye al clima de orden, anímico, espiritual y necesario para trabajar en pro de la solución de los problemas".

Más allá de la defensa del sistema democrático, el general Cáceres sostuvo que "es tanto el renunciamiento que tiene el Ejército en estos momentos que aun hemos aceptado que transitoriamente dejemos a un lado nuestro particular interés en solucionar el problema de los juicios y condenas por la guerra contra la subversión, pero sin abandonarlos, porque somos conscientes de que no podemos agregar un ingrediente más en estos momentos a una situación difícil que pueda ser aprovechada por los oportunistas de siempre".

Por su parte, durante el acto de lanzamiento de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina, Rico leyó un mensaje enviado por el coronel Seineldín en el que se sostiene que "malvinizar es también terminar con la decadencia moral, la corrupción y las frustraciones". La carta leída por el cabecilla de las rebeliones de Semana Santa y Monte Caseros afirma además que "es necesario un proyecto nacional que nos aleje de esta decadencia".

DIEZ A UNO EN CONTRA

La prolongación de la presencia militar norteamericana en Panamá ha comenzado a generar una reacción adversa en la opinión pública latinoamericana en general y en la Argentina en particular, donde un reciente sondeo reveló que de cada diez encuestados sólo uno estaba a favor de la invasión, y que entre quienes defendían la intervención norteamericana prevalecían los votantes de Alvaro Alsogaray en las últimas elecciones. Según el trabajo del Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, esos datos coinciden con un cambio registrado en la opinión pública norteamericana, que de respaldar en un 91 por ciento la invasión en sus primeros días, bajó a un 62 por ciento en Navidad, un día después de que el general Manuel Noriega se presentara para refugiarse en la Nunciatura.

El hecho de que la operación militar norteamericana más importante desde la guerra de Vietnam no haya acertado con el que presentó como su principal objetivo —la detención de Noriega—, es señalado en el estudio como una prueba de ineficacia en el área de inteligencia. La invasión puso en juego a la Fuerza de Despliegue Rápido, constituida por los 15.000 soldados que se sumaron a los 11.000 permanentes del Comando Sur, y creada a principios de la década que termina, tras el fracaso en la liberación de rehenes en Irán.

La situación creada por el asilo de Noriega, la resistencia de eventuales focos guerrilleros y las limitaciones operacionales de las tropas norteamericanas plantean según este trabajo los principales riesgos en el futuro, toda vez que la presencia militar de Estados Unidos en Panamá se inserta en una situación regional tensa, con numerosos conflictos nacionales irresueltos.

Opinión

Por Chacho Alvarez

Pésimo negocio

Es penoso que no podamos disfrutar las delicias del libre mercado.

Los liberales concretaron en el país su gran utopía: conseguir que de la mano de un movimiento popular se hicieran realidad las banderas que históricamente habían flameado bajo la custodia de los arcángeles blindados. Debería reinar, pues, la euforia y la estabilidad en los círculos del poder y la desazón, la bronca y la amenaza social sólo debían estar circunscriptas al territorio de los sumergidos y estafados. Sin embargo, ni aun así, con la utopía cumplida y en plena ejecución, los dueños del poder garantizan aquella palabreja tan cara al sociologismo portantierista: la gobernabilidad.

La política se rindió indecorosamente frente a las "variables descontroladas" creyendo que los operadores, respetuosos de las leyes de guerra del mercado, le iban a dispensar un trato humanitario. Desde el Gobierno se hicieron todos los deberes vergonzosos: se denominó anacrónicos a los peronistas, se dijo que si Perón viviera sería liberal, se anatematizaron las regulaciones y la mínima defensa del patrimonio nacional, se convocó como hombres probos y entendidos a funcionarios de distintas dictaduras militares, se eligió a Neustadt como comunicador oficial, se decretó el fin de la militancia y de la historia, se endiosaron las privatizaciones al estilo liquidación y negocio fácil y se abjuró de cualquier certeza e ilusión nacional y popular.

Quizás falte una sola cosa: que algún funcionario de este *gobierno del pueblo* diga que la culpa de lo que está pasando la tienen los trabajadores. Total, la crisis de identidad parece terminal y todo es posible en el reino del revés. Lo único que suena cada vez menos posible es que los sectores que el 14 de mayo votaron por el trabajo, la justicia social y el crecimiento se puedan sentir expresados por un proyecto gobernado por la mentalidad Alsogaray.

Si, frente a todas las concesiones que se hicieron y los costos irreversibles que se agigantan en proporción geométrica, día a día, no se pudo conseguir un mínimo piso de estabilidad, no se sabe qué se está esperando para modificar drásticamente el esquema y la direccionalidad, planteando una convocatoria a la sociedad para enfrentar a los usureros y especuladores. Ya ni siquiera alcanza un pacto político entre partidos, que todos sabemos carecen de poder efectivo, aun en la sumatoria, para imponerles reglas y condiciones a los poderes económicos. El único sujeto que puede reequilibrar la situación es el pueblo, la gente, si se confía en que todavía es movilizable para emprender causas justas. Ya no puede asustar la conflictividad que traería aparejado el enfrentamiento con ciertos sectores del poder si, aun cediéndoles todo el manejo discrecional de la economía, las consecuencias están a la vista: una caída en pendiente sin pena ni gloria. Peor aún, existe una crisis de credibilidad y una sensación de estafa y defraudación que no sólo cuestiona el proceder del Gobierno, sino que comienza a colocar en peligro al sistema democrático. Las variables de la economía ya se han demostrado indescifrables y esto no es por ausencia de materia gris o capacidad técnica, sino porque se ha fracasado en las opciones políticas elegidas. Por eso es el momento de que la política haga un supremo esfuerzo, quizás el definitivo, para seguir expresando a la gente. Si fracasó el *negocio del pragmatismo*, es hora de reconocerlo y recuperar la dignidad perdida. Y para ello hay que salir del pantano liberal y volver a creer en la capacidad del pueblo para acompañar y sostener otro camino, es decir, otra política.

Tensión entre EE.UU. y Nicaragua

LUZ ROJA

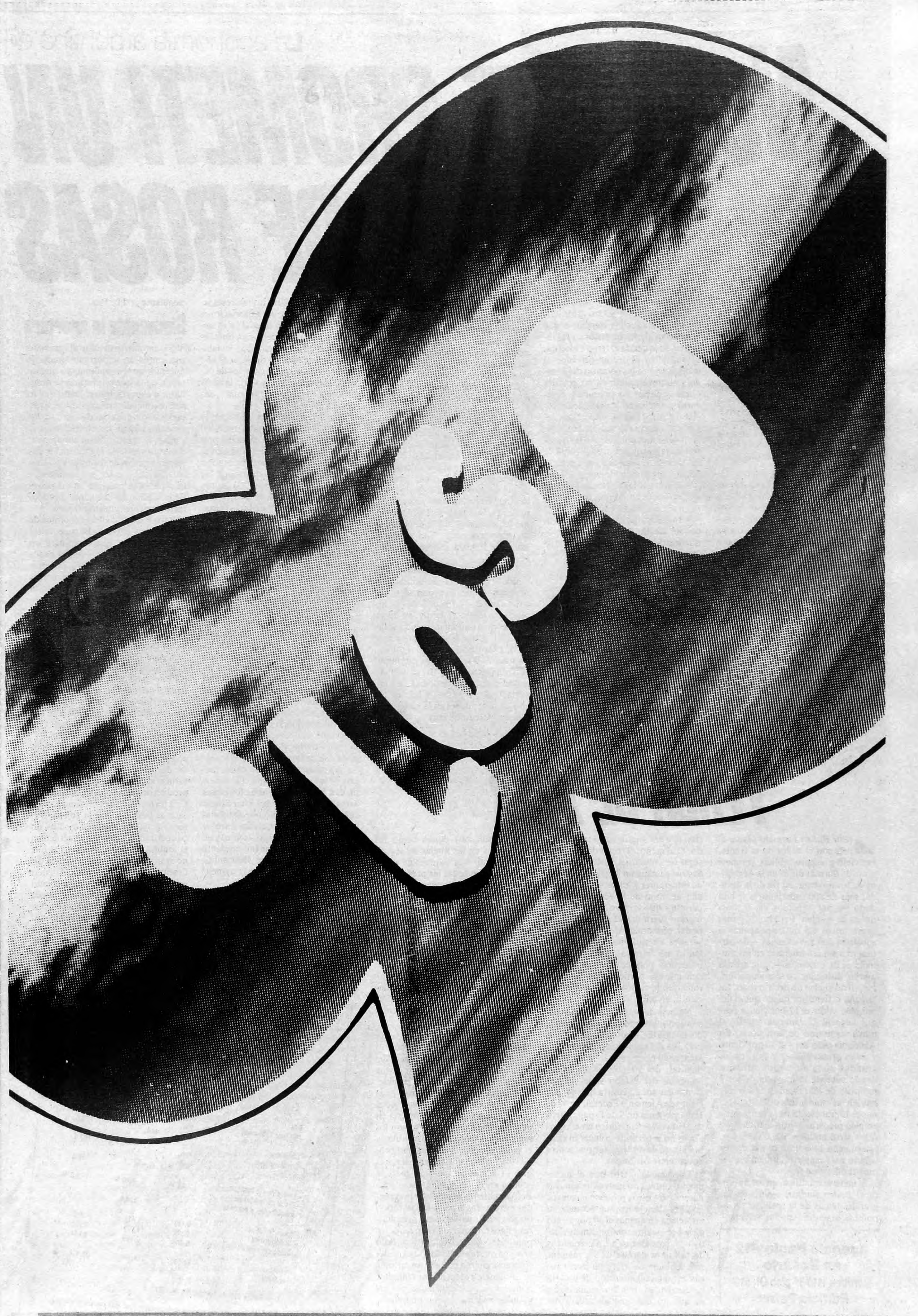
Vestido de civil y desde atrás de una mesa de mimbre que buscó inútilmente contribuir con su tono sereno y relajado, el presidente nicaragüense, Daniel Ortega, anunció ayer la inmediata expulsión de veinte diplomáticos norteamericanos y la drástica reducción del personal de esa nacionalidad acreditado en Managua. La medida se erigió en la primera y casi anonadada respuesta de Nicaragua ante el atropello del que fuera víctima su embajador en Panamá: en la noche del viernes, unos 90 soldados norteamericanos invadieron la residencia de Antenor Ferrey, quien intentó frenarlos mostrándoles sus credenciales y recordándoles a los gritos sus derechos diplomáticos. Las tropas lo sacaron por la fuerza, dispararon al aire y durante tres horas se dedicaron a "buscar cargamentos de armas", Sólo encontraron cinco fusiles, que finalmente devolvieron y 2000 dólares, que procedieron a llevarse.

Tal como sucediera en la víspera, cuando el embajador y el primer secretario de la embajada de Cuba fueron detenidos y posteriormente liberados por las tropas de ocupación, las autoridades militares del Comando Sur ensayaron ayer torpes explicaciones que en ningún caso pudieron ser leídas más que como eufemismos para disimular una clara voluntad política de hostigamiento. El embajador cubano y otro funcionario de esa embajada fueron detenidos por segunda vez, "por no llevar consigo documentos", según dijeron los militares norteamericanos. El asalto a la residencia del embajador nicaragüense fue tan burdo, que hasta el mismo presidente Guillermo Endara dijo estar esperando "alguna explicación".

El gobierno sandinista anunció ayer la expulsión de 20 diplomáticos de todos los rangos y la reducción del personal de la sede norteamericana, de 312 a 100. El presidente Ortega acusó a la Casa Blanca de llevar la situación regional "al punto de un estallido mayor en el orden político-militar".

El Grupo de los Ocho emitió un comunicado en el que rechazó toda acción que "pueda menoscabar las inmunidades de las representacione[s] diplomáticas acreditadas en Pana[má]". Los gobiernos firmantes —d[e] la Argentina, Brasil, Colombia, Mé[xico], Perú, Uruguay y Venezuela— se declararon "profundamente pre[ocupados] por las medidas adoptada[s] por las tropas extranjeras en Pana[má]", y reclamaron "el respeto a la[s] normas del derecho internacional".

Por otra parte, en relación a la si[tuación] del general Noriega, l[a] Secretaría de Estado vaticana indic[ó] que no existe en la Nunciatura de Pa[namá] "la menor intención" de obs[taculizar] la justicia. Fuentes cerca[nas] a la embajada vaticana agrega[ron] que la Nunciatura está dispuest[a] a entregar a Noriega al nuevo gobier[no] panameño, pero que quiere ga[rantías] de que será juzgado de acuer[do] a derecho y de que en ningún caso se le aplicará la pena capital.


los

La economía argentina en

NUNCA TE PROMETI UN ... DE ROSAS

(*Por Daniel Sosa*) ¿Pobres y dependientes, pero modernos? ¿Atrasados sin salida? ¿Justos, libres y soberanos? Las opciones económicas que se presentan para la Argentina en la última década del siglo dejan entrever los más variados matices. Todo depende de las políticas que se apliquen y de los acontecimientos sociales que las rodeen. Lo que aún está por hacerse es lo que determinará —en definitiva— de qué manera 36,2 millones de argentinos habrán de ingresar al tercer milenio.

Entre los esfuerzos prospectivos para atisbar lo que vendrá, las Naciones Unidas —a través del Programa sobre el Futuro de América Latina (PROFAL) de su Instituto para la Formación y la Investigación (UNITAR)— encargó a un conjunto de economistas nacionales una serie de estudios que fueron reunidos bajo el título genérico de "Argentina hacia el 2000".

El trabajo "Un nuevo modelo de desarrollo para Argentina", de Pedro Paz, parte de diversos modelos dinámicos de proyecciones y anticipa lo que le depara el destino a las políticas en boga que dicen apuntar a la "modernización" con transformación del Estado y apertura externa. Pero primero define la lógica económica de ese esquema:

1. La ortodoxia monetarista, el control del déficit fiscal y el acuerdo para asegurar un "colchón" de rentabilidad —aseguran los partidarios de este camino— romperán las expectativas inflacionarias y se logrará la estabilidad.

2. Para mantener la estabilidad hay que poner bajo control al Estado para eliminar el déficit fiscal. Esto significa:

- Disminuir el gasto público, excluyendo aquellos elementos que benefician al bloque histórico: a) intereses de la deuda externa e interna; b) subsidios al sector privado; c) sobreprecio en las compras del Estado y sobrevaluación en las grandes obras públicas. De este modo, el recorte se realiza en la orientación social del gasto (salud, educación, seguridad, previsión social, etc.), en las inversiones públicas, en las transferencias a provincias, en la caída de los sueldos y salarios y en el achicamiento de sus funciones.
- Privatizar las empresas públicas que aparecen como una fuente permanente del déficit fiscal.
- Incrementar los ingresos públicos sin afectar los intereses del bloque histórico. Esto se traduce en el incremento incesante de las tarifas y de los impuestos directos.
- Conceptuar como genuino el financiamiento a través de un proceso creciente de préstamos externos y de colocación de títulos públicos de alta rentabilidad en el mercado interno.

Ventana a la modernidad

Los cuatro modelos dinámicos elaborados por Paz permiten contar con 18 escenarios alternativos, que admiten una gama de modificaciones de cada variable. El modelo 1 —saldo comercial constante y tasa uniforme de crecimiento de las exportaciones— es quizás el que más se adapta a las estrategias seguidas hasta el presente.

Con una deuda externa inicial de 60 mil millones de dólares en 1990, un excedente comercial constante de 3500 millones de dólares y exportaciones que crecen todos los años al 5 por ciento desde un nivel inicial de 8500 millones, en el año 2005 se tendrían los siguientes valores con un alto grado de razonabilidad: a) deuda externa, 161.560 millones de dólares; exportaciones por 17.662 millones; intereses de 15.348 millones (equivalentes al 87 por ciento de las exportaciones); y un producto bruto de 109.058 millones de dólares.

Si a los intereses se añaden 1059 millones de remesas de utilidades y royalties —que crecerían al 6 por ciento anual— y 706 millones de necesidades mínimas de divisas (turismo, servicio diplomático, etc.) se llega a 17.113, que es ya el 97 por ciento de las exportaciones. Esto significaría que si no se obtienen préstamos adicionales netos ("frescos") no quedaría casi nada de divisas para importaciones, a pesar de que en ese año las necesidades en la materia serían de 14.162 millones.

"Para el año 2010 los intereses serían superiores a las exportaciones que crecieron, con lo cual ya es imposible que el modelo siga operando. Estas cifras muestran la inviabilidad de este modelo de llegar al año 2005 con los actuales criterios de pago de la deuda externa y con la apertura neoliberal que se propone", advierte Paz.

Pero si se suponen condiciones adversas en la economía mundial que provendrían de la caída del precio de las exportaciones tradicionales y de dificultades para introducir exportaciones industriales por las prácticas proteccionistas de los países desarrollados, se podría sostener un crecimiento de las exportaciones del 3 por ciento. La crisis llegaría entonces mucho antes: en 1997 la deuda externa superaría los 100 mil millones de dólares —cabe destacar que la tasa de interés para todos los modelos dinámicos se estima en 9,5 por ciento— y los intereses serían superiores a las exportaciones (9703 y 9220,respectivamente).

En el hipotético caso de que sigan prestando al país para pagar los intereses de la deuda, ésta alcanzaría los 200 mil millones de dólares en el año 2005, los intereses devengados alcanzarían en ese año los 19 mil millones frente a exportaciones que serían menores a los 12 mil millones.

Ahora bien, el modelo de apertura dependiente podría operar en forma aceptable con creciente endeudamiento externo y con la aceptación por parte de los acreedores, si los intereses pasan a ser un porcentaje menor de las exportaciones. De acuerdo con las expectativas de los países acreedores, la apertura externa con énfasis en la reducción de aranceles provocaría un fuerte crecimiento de las exportaciones (10 por ciento) y de las importaciones. Con un excedente comercial constante de 3500 millones de dólares se llegaría a la siguiente situación en el año 2005:

a) deuda externa, 138.500 millones de dólares; b) exportaciones por 35.500 millones; intereses por 11.037 millones (equivalentes al 31,1 por ciento de las exportaciones) y un producto bruto de 109 mil millones. "Estas parececieran ser las apuestas de los impulsores de la apertura dependiente", dice Paz.

Bienvenida la apertura

El cambio estructural previsto contempla un importante grado de apertura de la economía, ya que un tercio de lo que se produce se destinaría a exportaciones. Dado que lo susceptible de ser exportado es la producción material de bienes y los servicios básicos de electricidad, gas y agua, la apertura sería aun mayor: deberían venderse al exterior las dos terceras partes de los bienes y servicios transables. Un porcentaje que ni siquiera se presenta en los países de la CEE o los dragones asiáticos recientemente industrializados.

Para Paz, la lógica económica de esta apuesta es clara. El país para el año 2005 más que duplicará su deuda externa al igual que su pagos de intereses. Pero como las exportaciones se cuadruplicarán, los bancos acreedores y el FMI aceptarían el crecimiento de la deuda que les daría altas y seguras ganancias.

A su vez, los países desarrollados encontrarán en una Argentina abierta un excelente mercado en expansión para colocar sus productos. El coeficiente de importaciones sobre el PBI pasaría del 7,1 al 29,4 por ciento en el período: las adquisiciones en el exterior pasarían de cinco mil millones de dólares en 1990 a 32 mil millones en el 2005. Dos de cada cinco productos serían importados.

"En este modelo, el consumidor con poder adquisitivo podría disfrutar del mayor bienestar que le generaría el acceso a una amplia gama de productos de la economía mundial. Con un mercado de consumo sofisticado se podría lograr la adhesión al modelo de los sectores medios no pauperizados y de los que actúen en el ámbito de aquellos servicios que no sean formas de sobrevivencia del desempleo y el subempleo. Además —prevé Paz—, el excedente creado por el dinamismo exportador puede ser transferido en parte para el sector financiero interno, el cual, reproduciendo el funcionamiento actual a un nuevo nivel, puede asegurarse continuas ganacias en la interme-

TENDENCIAS MACROECONOMICAS
Período 1988-2000

	1988	2000	
	Año base	Hipótesis A (Sin pago de intereses de la deuda externa)	Hipótesis B (Con política de ajuste y pago de intereses)
—PBI	100	160,1	112,7
—PBI (por habitante)	100	137,5	96,8
—Consumo	100	153,3	107,8
—Consumo (por habitante)	100	131,7	92,6
—Inversión (% PBI)	12 %	20,0 %	9,0 %
—Stock de capital en maquinarias y equipos	100	124,0	81,0
—Exportaciones*	9.133	16.439	14.613
—Importaciones*	5.324	13.973	5.999
—Saldo comercial*	3.809	2.466	8.614
Deuda Externa*	58.500	183.598	78.436
Deuda/PBI	0,56	1,10	0,67

(*) (Millones de dólares constantes de 1988)

Fuente: Samuel Gondberg, *Deuda externa argentina, sus causas y efectos macroeconómicos*



Desempleo

YERBA DE AYER

(*Por Rubén Furman*) Ganar el pan con el sudor de la frente, ese viejo precepto bíblico, promete ser cada día más difícil en la Argentina de los noventa. Al fin de la década, más de 900 trabajadores se han dado ya por vencidos en su búsqueda de empleo. Pero no es lo más grave: otros 4,5 millones apenas si subsisten con sus changas —de cartonero a supernumerario en los municipios de provincia—, que apenas logran disimular su desocupación. Las cifras suelen no decirlo todo. En España se tiene por bueno que el desempleo arañe el 17 por ciento porque llegó al 22, aunque registre el mayor consumo de la historia. En Alemania pasó del 4 al 10 por ciento y están preocupados. Y acá, en los grandes conglomerados urbanos donde subsiste la mayoría de los 9 millones de marginados de los que hablan las estadísticas oficiales, apenas el 18 por ciento de la gente tiene empleo precario o insuficiente. Para otros siete millones de asalariados, la ecuación liberal de que a menos salario más empleo también ha demostrado ser un fiasco.

Si nada se modifica, en los noventa el *poder sindical* —uno de los grandes temas de la realidad sociopolítica argentina en los setenta— pasará a ser seguramente un recuerdo. O al menos el recuerdo de lo que supo ser cuando el proletariado industrial sumaba un 30 por ciento más de integrantes y los servicios crecían aún al ritmo de la economía. Ello permitía que la participación en el ingreso fuera del 42 por ciento y el poder económico de los sindicatos —miles de millones de dólares— fuera un espejo preciso de su influencia política. A fines de los ochenta esa participación no llega (incluyendo el gasto social) al 30 por ciento, en baja.

No deja de ser contradictorio: pese a todo, la Argentina sigue teniendo la tasa de sindicalización acaso más alta del mundo capitalista, próxima al 80 por ciento en el sector industrial, del 90 por ciento en las empresas del Estado y del 48 por ciento en total, contra un 44 por ciento de Alemania Federal, un 42 de Italia y apenas un 9 de España. Pero su caída de peso político en el peronismo no le permitió colocar ni el 10 por ciento de los legisladores (contra aquel tercio histórico).

También es cierto que el movimiento obrero no ha tenido aún respuesta para estos problemas nuevos que, por decir poco, han acotado su influencia en apenas el 60 por ciento de la población económicamente activa. Tan es así que a los comienzos de la nueva década ni los cálculos más ambiciosos sobre un *pacto social* prevén la contención de toda la conflictividad, por la sencilla razón de que los que quedan afuera del modelo son casi tantos como los contenidos en las mallas de seguridad sindical. Los saqueos de mayo del '89, según todas las previsiones, se repetirán en los noventa al ritmo de la latinoamericanización de la realidad social. ¿Cómo será vivir en una sociedad en la que un paquete de arroz valga tanto como la vida de un hambriento? ¿Qué estrategia se trazará, si se traza, desde un Estado que resigna cada vez más su capacidad de regulación para saldar esa fractura? ¿Quién se hará cargo de esa masa desamparada que hasta los trabajadores sindicalizados sienten ya como extrañas?

El peronismo históricamente habló de pleno empleo y el alfonsinismo incorporó la idea (europea) del subsidio social. Al comienzo de los noventa ni una cosa parece posible, ni la otra tiene andamiento. Más aún, el sistema de seguridad social que canalizan los sindicatos está en quiebra. Para algunos éstos son los ingredientes básicos de un cambio en el *modelo sindical* de "unidad propiciada" desde el Estado. Cierto es que la dictadura militar hizo la prueba en el '78 y salió derrotada. Pero también es verdad que las grandes estructuras sindicales están perdiendo su atractivo como prestadores y hace rato que lo tienen desde un punto de vista reivindicativo. Sólo una mayor representatividad y democracia interna permitirán reflotar su influencia potencial para intentar ponerlas en pie de igualdad con las grandes corporaciones económicas.

JARDIN

LOS 90

diación financiera o en la especulación.''

Todo pareciera funcionar de acuerdo con los objetivos de los grupos que impulsan la apertura dependiente. Pero existen ciertas restricciones para la viabilidad del modelo.

En primer lugar, para llegar a las cifras examinadas la expansión de las exportaciones debe ser extraordinaria. Estas deben crecer al 10 por ciento anual en todos los 15 años del período. Para que ello sea así se requiere un escenario internacional diametralmente opuesto al que hoy existe. Absorción creciente de productos de origen agropecuario; ausencia de subsidios a las agriculturas de los países desarrollados; eliminación de las prácticas proteccionistas de los mercados de los países desarrollados respecto de la producción exportable de Argentina; competitividad internacional de la producción de exportación no tradicional del país; ausencia en el período de bruscos deterioros de los términos del intercambio; desplazar a Brasil y México con nuestra producción industrial en los mercados latinoamericanos, etc.

Si todas estas condiciones no se presentan, la meta de duplicar las exportaciones cada siete años es inalcanzable.

El Estado no deseado

El segundo lugar; quienes propician la modernización dependiente con apertura externa suponen un Estado cada día más prescindente en lo económico y tecnológico por su visión liberal. Aun entonces, queda planteada la duda de cómo el aparato productivo se readaptará hacia una economía exportadora. La visión de Paz indica que ''estamos lejos de la revolución científico-técnica contemporánea porque nuestro Estado está cada día más desmantelado y es ineficiente en materia de investigación tecnológica y productiva. El empresario nacional, acorralado por la crisis y la especulación financiera, tampoco ha pensado el futuro de la reconversión de la economía argentina. Si el Estado y el empresario nacional no están encarando esta tarea, sólo queda apostar a que el capital extranjero la realice''.

Si se eliminaran los obstáculos del mercado externo y las exportaciones crecieran al 10 por ciento anual, a la vez que van desapareciendo los escollos tecnológicos para la reconversión productiva, habría que suponer que automáticamente el dinamismo del modelo resuelve los problemas sociales que puedan presentarse.

Concluye Paz: ''Con la reproducción de las políticas económicas cuando opere la apertura, el modelo se caracterizará por un crecimiento concentrador y excluyente, como el de las últimas décadas. La pequeña y mediana empresa quedará cada día más marginada de los ejes de acumulación y la fuerza de trabajo encontrará cada vez mayores dificultades para su absorción productiva (excepto en la actividad exportadora). Esto transformará al modelo en altamente conflictivo en lo social y político y, de persistir la democracia, es altamente probable que desde el Estado las fuerzas sociales desplazadas por el modelo impulsen una política alternativa. Eso significa que aun en el hipotético caso de que el modelo fuera viable en lo económico por condiciones excepcionales en el mercado mundial y por el arribo del capital extranjero para la reconversión productiva, el modelo se volvería inviable desde lo socio-político''.



Y EN EL DOS MIL TAMBIEN

(Por Marcelo Zlotogwiazda)

Si la década que comienza mañana resulta un fiel espejo de la que culmina hoy, el Producto Bruto Interno argentino del año 1999 será un 10 por ciento inferior al actual y el PBI per cápita caerá otro 23 por ciento. Si todo se repite, la inflación de los noventa alcanzará el 371,8 millones por ciento, es decir que el costo de la canasta familiar se multiplicará por 3,718 millones, y el dólar costará a principios del año 2000 12,4 millones de veces más que ahora. Otro decenio igual al que se despide hoy terminaría con una deuda externa de 110.000 millones de dólares, con la mitad de la inversión actual y con 22.000 millones de dólares más en las cuentas extranjeras de los argentinos que fugan capitales. El poder adquisitivo del salario se deterioraría en 40 por ciento, y la tasa de desempleo que en los ochenta pasó del 2,5 al 7 por ciento recibiría al año 2000 con un porcentaje del 19,6 que equivaldría a casi dos millones y medio de personas.

Las números son escalofriantes por la sencilla razón de que proyectan al futuro lo ocurrido en la década más terrible de la historia económica del país. Los ochenta han sido los años del endeudamiento externo, del predominio de la valorización financiera del capital a través de la especulación, y de la disolución del Estado como agente productivo y como fuente de subsidios para la acumulación privada. Fueron los años de la desindustrialización, de la concentración económica en un puñado de grandes grupos y del empobrecimiento generalizado. Pero también fueron los años del agotamiento de un modelo que no es capaz de reproducirse, como lo ponen en evidencia las dos hiperinflaciones del último semestre. Los noventa traerán algo distinto (aunque necesariamente mejor) y, por lo tanto, las proyecciones del comienzo son meros cálculos numéricos.

¿Cómo será el nuevo modelo? El investigador Jorge Schvarzer sostiene que ''la tarea de explorar alternativas económicas, que en otros países es algo habitual, en Argentina resulta parecido a un relato de ciencia-ficción debido a las correcciones erráticas del comportamiento nacional de los últimos años''. De todos modos hay ciertos fenómenos y transformaciones que parecen inevitables, y las especulaciones sobre el resto bien valen la pena.

Como condicionamiento determinante de cualquier alternativa, la deuda externa surge como variable primordial. En los años por venir terminará de generalizarse el convencimiento acerca de la imposibilidad de pagar la deuda en los términos históricos, pero todo indica que los bancos acreedores acabarán imponiendo una nueva forma de cobro a través del mecanismo de capitalización, con el canje de los títulos por activos del deudor. Es así que en la nueva década, la deuda externa dejará de representar para los bancos extranjeros un canal financiero de absorción de recursos, para transformarse directamente en una vía de acumulación productiva. Los argentinos del noventa deberán acostumbrarse a asimilar nombres tales como Citibank, Chase Manhattan y Manufacturers Hanover Trust, no sólo a la actividad exclusivamente bancaria, sino también a la actividad productiva. Serán dueños de fábricas de papel, de empresas ferroviarias, de firmas telefónicas.

La reformulación del rol del Estado será otro de los hitos de los años noventa. Utilizado durante largos años por los grandes grupos económicos como vaca lechera que se hacía cargo de la deuda externa privada, que otorgaba subsidios, no cobraba impuestos, y que alimentaba la valorización financiera con su endeudamiento interno, el Estado ha quedado ahora totalmente vacío y sin capacidad de respuesta. La solución que se ha puesto en marcha y que se profundizará en la década entrante le hará perder su papel empresario por medio de las privatizaciones, pero también gran parte de su capacidad de regulación y de prestación de servicios básicos. En los noventa habrá teléfonos privados, luz privada y vuelos privados, tanto como salud privada, educación privada y jubilación privada. El que no lo pueda pagar, quedará privado de todo.

La abstinencia del Estado como orientador de la actividad económica dejará subordinado el esquema productivo al accionar de los grandes grupos que —tal como lo vienen haciendo y sabiendo que en los noventa habrá mucho menos patria contratista— intentarán intensificar la salida exportadora y limitar el abastecimiento interno a la capacidad adquisitiva de la mitad superior de la pirámide social. Es por eso que las perspectivas para la Argentina están muy vinculadas a las posibilidades de inserción del país en las corrientes del comercio internacional.

Aunque muchos confían en la potencialidad de la salida exportadora basada en las ventajas comparativas del sector primario (agroganadería, energía, pesca y celulosa) y en algunas ramas industriales con uso intensivo de capital como petroquímica y siderurgia, esa forma de inserción internacional podría llegar a encontrar un límite mucho más cercano de lo supuesto. En primer lugar porque en la década de los noventa el mundo desarrollado seguirá aumentando su autonomía respecto del Sur gracias a los avances tecnológicos (por ejemplo, el incremento de la productividad agropecuaria en el Norte podría fortalecer la tendencia decreciente en el precio de esas materias primas y reducir la renta agropecuaria del país). En segundo lugar porque habrá una consolidación de bloques regionales de comercio (el Mercado Común Europeo en 1992, el eje Estados Unidos-Canadá-México, Japón y los tigres asiáticos) que marginarán a casi todo el resto.

La situación mundial, y más aún luego de los sucesos de Europa Oriental, tampoco es favorable para la Argentina en cuanto a posibilidades de inversión extranjera y financiamiento internacional. Más allá de algunas inversiones en sectores puntuales y de los dólares que ingresarán junto a la capitalización de la deuda y las privatizaciones, estas latitudes no parecen estar entre las primeras prioridades de las grandes multinacionales. Incluso hay visiones apocalípticas que pronostican para la Argentina y varios otros países de América latina un fenómeno de *africanización* con creciente aislamiento mundial.

La ausencia del Estado como planificador también será determinante en el escaso avance científico y tecnológico que tendrá el país en los noventa. Si en la década que finaliza se amplió la brecha tecnológica entre el país y el mundo desarrollado, la que comienza puede significar la pérdida definitiva de un tren que merodea las estaciones de la robótica, la microelectrónica, la ingeniería genética y los nuevos materiales.

El costado social de este modelo que aparece como el más probable para la década, estará caracterizado por una profundización de la heterogeneidad. Una escena típica de los noventa podría ser alguien pidiendo limosna en un semáforo a un automovilista que espera la luz verde hablando por teléfono desde su lujoso automóvil.

Claro que esto es nada más que la tendencia y que nada obliga a que se cumpla. Bien podrían ocurrir cosas distintas, como las que Daniel Chudnovsky describe en su ''escenario transformador'' o Pedro Paz en su ''modelo autónomo'' *(Argentina hacia el 2000: desafíos y opciones,* Editorial Nueva Sociedad). Para ello se requiere que en los años noventa la situación política y las fuerzas sociales se acomoden de manera diferente a los diez años que esta noche dirán adiós.

El capitalismo en los noventa

UN MUNDO FELIZ



(Por Atilio A. Borón) Especular sobre el porvenir del capitalismo como sistema histórico-universal es un ejercicio tan riesgoso como necesario. Por eso vale la pena intentarlo, porque si los hombres renunciaran a su capacidad de anticipar imaginariamente el futuro estarían autocondenándose a desempeñar un deprimente papel de meros funcionarios de la historia. Su aptitud para pensar mundos posibles —distintos del que lo abruma— y para inventar utopías es lo que le ha permitido salir de las cavernas, dominar la naturaleza y fundar civilizaciones. Las actitudes "realistas" y "posibilistas" reflejan algo más que una actitud de sana prudencia: en la mayoría de los casos encubren una vergonzante complacencia con el *statu quo*.

¿Qué nos reserva la próxima década? La industria cultural del capitalismo ha vuelto a exhumar, en sus centros más desarrollados, las conocidas tesis sobre el fin de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases. Con tozuda obstinación sus ideólogos se desviven por hacernos creer que la dialéctica incesante de la historia ha llegado a su culminación. Este mundo, el que ahora tenemos, es el que habremos de disfrutar eternamente. Mediante el embrujo de la palabra se disuelven las contradicciones sociales que surcan a las sociedades capitalistas, y los hombres se aprestan a entrar en un nuevo y luminoso estadio de su existencia, en donde todo es tierno y apacible. ¿Será verdad?

Veamos un poco las tendencias reales y objetivas que actualmente están en curso en el capitalismo internacional. Hace un par de años Peter F. Drucker, profesor de Ciencias Sociales y Dirección de Empresas en la célebre Claremont Graduate School de California, publicó en la revista norteamericana *Foreign Affairs* un artículo en el cual analizaba los grandes cambios que, a su juicio, transformaron radicalmente el funcionamiento de la economía mundial. En síntesis, ellos son los siguientes (a) el progresivo "desenganche" de las economías industrializadas en relación con aquellas especializadas en la producción de materias primas y alimentos; (b) la desvinculación entre la producción y el empleo en el sector industrial, y (c) la sustitución del comercio de bienes y servicios por el movimiento internacional de capitales como la "fuerza motriz" de la economía mundial. El resultado combinado de estas mutaciones en la modalidad de funcionamiento del sistema capitalista lo vuelve altamente inestable e impredecible y —contrariamente a las expectativas optimistas de sus ideólogos— sumamente propenso a generar situaciones que el autor no titubea en caracterizar como "aterrizajes violentos".

El creciente desacople de la moderna producción industrial de las economías primarias es un resultado del desarrollo de las nuevas tecnologías, que no sólo modificaron la naturaleza del proceso productivo sino que "inventaron" nuevas materias primas que están desplazando rápidamente a las naturales. Para nadie es un misterio que los países subdesarrollados son productores de materias primas, que las tecnologías de punta utilizan cada vez en menor proporción. Hasta no hace muchos años la industria de las telecomunicaciones requería 1000 kilogramos del cobre, producido por Chile, Perú y Zambia, para transmitir un cierto número de mensajes telefónicos; hoy lo puede hacer utilizando entre 30 y 50 kilogramos de fibra óptica, producida en las plantas supermodernas de los países desarrollados. Además, para lograr esa pequeña cantidad se emplea apenas el 5 por ciento de la energía —abundante en la periferia— exigida para la elaboración de una tonelada de cobre. No sorprende por lo tanto comprobar la correlación inversa existente entre "modernidad productiva" y empleo de materias primas naturales: en la vieja industria de hojalata éstas representan un 60 por ciento del costo total del producto; en la automovilística el 40 por ciento, y sólo entre el 1 y el 3 por ciento en la industria de microelectrónica (microchips y semiconductores).

Es cierto que las "industrias de punta" no constituyen la totalidad del sector industrial de los capitalismos avanzados, pero la tendencia es muy clara: la moderna producción industrial será cada vez menos "material-intensiva" y cada vez más "conocimiento-intensiva", y las naciones de la periferia no cuentan con un parque científico y tecnológico como para hacer frente a la enorme acumulación de recursos existentes en los centros. En la Argentina, la obra de destrucción cultural iniciada por la dictadura militar de Juan Carlos Onganía en 1966 ha dejado huellas muy profundas, que la crisis actual impide por completo revertir. Al igual que los demás países subdesarrollados ofrecemos productos crecientemente prescindibles para las economías industrializadas. Por eso nuestra inserción en el comercio mundial es débil, inclusive en el caso de Brasil, que es el ejemplo más exitoso en esta materia. De ahí que la estrategia de desarrollo alentada por nuestro Gobierno —basada en la exportación de alimentos e hidrocarburos— esté condenada al fracaso, independientemente de la seriedad y rigurosidad con que se implemente, porque ignora estos datos fundamentales. Los precios de las materias primas y los alimentos tienen una tendencia secular a la baja por comparación con los de los servicios y los productos manufacturados. A mediados de la década de los ochenta aquellas habían llegado, salvo el caso del petróleo, al punto más bajo de su historia. Dado que los países desarrollados se han convertido también en exportadores de alimentos— ¿no compite, acaso, la Comunidad Europea con la Argentina, Brasil y Uruguay en este terreno?— y teniendo en cuenta que sus industrias tienden a usar cada vez menos nuestras materias primas, ¿qué sentido tiene fundar una estrategia de desarrollo sobre dos pilares tan endebles?

Estas tendencias, objetivamente marginalizantes de los países de la periferia, se acentúan cuando se observan los otros dos componentes de la "gran transformación" que cambió el rostro de la economía capitalista internacional. En efecto, resulta que el éxito y la competitividad en el sector industrial demandan la aplicación intensiva de conocimientos y tecnologías especializadas. América latina tiene una arrolladora dinámica demográfica, que hace que millones de personas cada año traten de obtener empleos. Durante muchos años nuestras industrias incorporaron a esos trabajadores, y no faltaron quienes aducían que los bajos salarios que aquí se pagaban formaban parte de nuestras "ventajas comparativas". Pero hoy en día la clave para sobrevivir en el enrarecido mundo del comercio internacional la proporcionan la robótica, la informatización de la planta y la automatización de los procesos productivos, y no la baratura del salario. Como el mercado mundial se ha unificado hasta límites inconcebibles hace apenas diez o quince años, los productores nacionales que no se encuadren dentro del nuevo paradigma tecnológico "ahorrador" de mano de obra serán desplazados del mercado. La crónica desocupación que afecta a los países europeos es una buena muestra de lo que estamos diciendo; para América latina, sin las "redes protectoras" del *Welfare State* europeo, el panorama se vuelve sombrío. Nuestra capacidad de sobrevivencia en el mundo industrial requiere de la aplicación intensiva de la ciencia y la tecnología, algo que los capitalistas nunca se interesaron en promover en América latina. Además, si no queremos agravar los problemas del desempleo estructural, será necesario que nuestros empobrecidos estados impulsen una activa política de entrenamiento y reorientación de la fuerza de trabajo hacia otros sectores de la economía. Pero, ¿con qué dinero?

Por último, el tercer componente del cambio global: la supremacía del movimiento internacional de capitales, revela la resolución en favor de la tracción financiera del capital de las pujas que, durante los setenta, se libró entre ésta y la fracción industrial. Este predominio mundial del capital financiero tiene enormes implicaciones para los países de la periferia, y en la Argentina ha estimulado los aberrantes comportamientos especulativos que hemos padecido desde hace quince años. Para nuestra desgracia, la hegemonía del capital financiero nos sitúa en el lugar más incómodo de la economía internacional: el de los deudores "insolventes e irresponsables", que deben ser "disciplinados" por las duras directivas emanadas de los organismos financieros internacionales y la banca acreedora. Si antes éramos productores de alimentos y materias primas para los países desarrollados que los demandaban, ahora hemos sido reducidos a la calidad de deudores morosos de un puñado de oligopolios internacionales que no necesitan lo que producimos y que sólo quieren perpetuar nuestra situación de subordinación estructural. Antes de que paguemos la deuda les interesa que sigamos siendo deudores, eternizando la transferencia de nuestros "excedentes" hacia los centros.

Como puede observarse, el futuro del capitalismo no podría ser más promisorio para nuestros países. Progresivamente excluidos del comercio mundial, sometidos a la voracidad insaciable de los monopolios y de la nueva plutocracia financiera, desgarrados por contradicciones sociales cada vez más intensas, ¿podemos seriamente creer que éste es el fin de la historia, y que en la década que comienza nada habrá de conmover este maravilloso triunfo del capitalismo? Como diría el maestro Rubén Blades: "La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida".



SOCIALISTAS FIN DE SIGLO

(Por Ricardo Graziano) A principio de los ochenta, la gesta de Solidaridad en Polonia se destacaba como una hoguera aislada y sin futuro en el espacio sin tiempo de los países del socialismo realmente existente. Las luchas políticas entonces en curso en la China posmaoísta parecían agotarse en su dimensión sucesoria. En las postrimerías de la década, el mundo está presenciando el desmoronamiento acelerado de los regímenes políticos de Europa oriental, en tanto el proceso de reformas en la Unión Soviética atraviesa una fase crítica y las audaces transformaciones económicas intentadas por China chocan contra el techo de un sistema político totalitario poco dispuesto a flexibilizarse. Los cambios en curso en los países del socialismo real aparecen, ante quienes estamos acostumbrados a las vertiginosas transformaciones del capitalismo desarrollado y de su contracara periférica, como la reinstalación de la historia en sociedades que habían logrado excluirla de su seno.

Sin embargo, la historia que vuelve a adueñarse de los países socialistas no apunta hacia donde hubieran esperado quienes creen en la posibilidad de un mundo mejor más allá del capitalismo. El mercado, esa bestia negra de las mejores tradiciones socialistas, se yergue como el principio regulador por excelencia que, en un futuro próximo, habrá de marcar el rumbo de esas sociedades que habían confiado la búsqueda del progreso, el bienestar y la igualdad a la planificación. ¿Tienen entonces razón los publicistas de la derecha, que durante décadas han vaticinado el triunfo del capitalismo, de las economías de mercado y de la iniciativa privada? Quizás, aunque sus explicaciones suenan demasiado simples. También es posible otra explicación de lo que ocurre tras la ya definitivamente corroída Cortina de Hierro, y no sólo una respuesta que satisfaga las preferencias de los consumidores habituales del discurso de derecha y atribule a quienes creen que la historia debe necesariamente pasar por la toma del Palacio de Invierno o sus sucedáneos.

Un abordaje crítico de los procesos en curso en la Unión Soviética, China y Europa oriental debe partir de una premisa sin la cual nos moveríamos en un universo de fantasías: el proyecto socialista poco tiene que ver con esas sociedades. Si alguna vez existió alguna posibilidad de que la Revolución de Octubre inaugurara una nueva era para la humanidad, esa posibilidad se frustró en algún momento de la década del veinte. No es éste el lugar para discutir dónde anida hoy el germen del socialismo, ni si existe. El socialismo real, en cambio, debe ser interpretado como una de esas grandes anomalías que llenan la distancia entre la teoría y los hechos y que justifican la labor de los historiadores frente a las explicaciones abstractas de sociólogos y economistas. Los socialismos reales deben verse entonces como sociedades sin capitalistas pero con trabajo asalariado; como expresiones de una estrategia de industrialización sin propiedad privada pero estructurada sobre el mismo modelo tecnológico predominante en Occidente; como encarnaciones de un modelo de planificación más o menos centralizada inmerso en un sistema económico mundial regido por el mercado; finalmente, como la manifestación extrema del fetiche del Estado bajo las banderas de su extinción. En una palabra, como una variante contradictoria de un modelo básico de sociedad industrial que tiene su expresión principal, aunque no única, en el capitalismo moderno.

Si las formaciones sociales del socialismo real se interpretan a partir de su inevitable inserción en la economía mundial capitalista, entonces el problema de su capacidad para sobrevivir con cierto grado de autonomía pasa necesariamente por su competitividad y su eficiencia. De lo contrario, se constituirán en una variante particular de las sociedades periféricas, articuladas en torno de un centro capitalista donde el poder económico será multipolar, pero el modelo de acumulación será básicamente el mismo.

En lo que respecta a la Unión Soviética (aunque podrían usarse argumentos similares para las restantes economías socialistas), desde que en la década de los treinta Occidente comenzó a tomarla en serio, la competitividad se centró en el terreno militar, mientras que en el aspecto económico se priorizó la acumulación acelerada antes que la asignación eficiente de los recursos. Esta estrategia resultó comprobadamente exitosa mientras la base tecnológica de la industrialización no difiriera significativamente entre los distintos sistemas y mientras la abundancia de energía y mano de obra barata permitiera su derroche. Sin embargo, a partir de los setenta, el capitalismo se embarcó en una revolución industrial basada en nuevas tecnologías y formas de organización del trabajo que multiplicó su productividad e incrementó su distancia respecto de las economías socialistas. Simultáneamente, en la Unión Soviética los recursos abundantes dejaron de serlo por razones tecnológicas, demográficas y por simple agotamiento. Para sostener el paso del competidor capitalista —imperativo ineludible para conservar el carácter de sociedad industrial y relativamente autónoma— era imprescindible una formidable reestructuración tecnológica y productiva que permitiera emular la productividad de Occidente y pasar de un modelo de crecimiento extensivo (basado en el uso de recursos abundantes) a uno intensivo (basado en su mejor aprovechamiento). Sin embargo, las condiciones institucionales que habían favorecido el crecimiento acelerado de la economía soviética en su primer medio siglo de vida también han generado los obstáculos para enfrentar la nueva etapa. Específicamente, el sistema de planificación centralizada, por un lado, no sólo no puede asegurar un ritmo de innovación tecnológica comparable al del mundo capitalista, sino que apenas garantizaba el mantenimiento de los niveles de vida ya alcanzados; por el otro, no es capaz de incorporar un mínimo criterio de eficiencia —en el sentido de una estimación de cuánto significa producir una cantidad adicional de un bien determinado en términos de lo que se deja de producir de otro bien determinado— que pusiera un límite al derroche de recursos. Obstáculos similares se yerguen en China y en Europa oriental.

La liberación de fuerzas productivas que permita la supervivencia de las economías del socialismo real frente a un capitalismo renovadamente dinámico hoy pasa necesariamente por un cierto grado de democratización en la política y en la cotidianeidad que dé lugar a la emergencia del potencial innovador de la sociedad civil frente a un Estado esclerotizado. En este aspecto, los procesos políticos en curso en la Unión Soviética y en Europa oriental tienen un significado económico inequívoco, más allá de su innegable valor en términos de mayores cuotas de libertad para el conjunto de la sociedad. Pero por otro lado, la liberación de las fuerzas productivas pasa también por un modelo económico alternativo a la planificación centralizada tal como hasta hoy se la conoce. En este segundo aspecto aparecen las mayores dificultades.

En el fin de los ochenta presenciamos los primeros intentos por destrabar las diferentes expresiones de un modelo económico centralizado, rígido, burocrático e incompatible con la democracia. Estos intentos pasan, básicamente, por la incorporación de mecanismos de mercado. Hay para ello una primera y poderosa razón: la humanidad no conoce, en su experiencia histórica, otra forma de gestión descentralizada para organizaciones lo suficientemente complejas, como lo son cualquiera de las sociedades industriales, que no sea el mercado. Sin embargo, la constatación empírica de que los mecanismos del mercado permiten efectivamente la coordinación descentralizada de actividades múltiples e interconectadas ha llevado a gran parte de los intelectuales de las economías socialistas a posiciones no muy diferentes a las de los apologistas del liberalismo, que sostienen que el mercado garantiza por sí solo una asignación eficiente y socialmente deseable de los recursos. El salto mortal desde la defensa ortodoxa de la planificación centralizada al endiosamiento de las virtudes del mercado revela en parte una matriz ideológica única basada en la necesidad de contar con explicaciones acabadas de la realidad en torno de principios rectores que no dejen espacio para la incertidumbre. Pero también revela un grave desconocimiento del capitalismo contemporáneo, que debe gran parte de su auge a la capacidad regulatoria del Estado para garantizar un proceso sostenido de acumulación y para alcanzar metas de competitividad y eficiencia que las fuerzas del mercado por sí solas no garantizan. Como prueba, basta remitirse al caso más agresivo y dinámico de capitalismo contemporáneo, el japonés, cuyos logros serían impensables sin una estrategia basada en la articulación de industria privada y Estado.

Precisamente la experimentación de nuevas formas de articulación entre Estado y mercado constituirá el desafío principal de las economías socialistas en el fin del siglo. Tras el deslumbramiento inicial ante el poder del mercado, posiblemente alguna de ellas se embarcará en alguna forma de planificación descentralizada, que reserve al gobierno central el control de los grandes agregados macroeconómicos y de las inversiones globales (inclusive con la introducción de modelos de planificación que simulen el funcionamiento del mercado para estimar costos de oportunidad), delegue a las autoridades locales la gestión de proyectos específicos y permita que se desarrollen relaciones mercantiles en algunos sectores, principalmente en los de bienes de consumo. Este constituiría un escenario viable que no alterará sustancialmente la estructura de clases y que permitirá la liberación de las fuerzas productivas. Hungría es el país que más ha avanzado en ese sentido, y posiblemente la Unión Soviética siga sus pasos.

Alternativamente, puede producirse un viaje sin retorno hacia formas predominantemente mercantiles, donde el poder de regulación estatal aparezca progresivamente recortado y la economía sintonice mucho más afinadamente los ritmos que marca el mercado mundial. Ello puede darse con mayor o menor modificación en las formas de propiedad, por lo que el carácter estrictamente "capitalista" del modelo resulta secundario. Tanto en este caso —hacia donde pueden evolucionar las economías de Europa oriental— como en el anterior, es de esperar un proceso de integración creciente con Europa occidental.

Finalmente, China nos brinda un ejemplo de las limitaciones de la apertura económica sin democratización. Tras haber emprendido la reforma más radical intentada por economía socialista alguna, basada en la concesión de zonas francas para la inversiones extranjeras como estrategia para la transferencia de tecnologías occidentales, China contempla el paulatino surgimiento de una nueva forma de dualismo que profundizará las ya graves diferencias regionales, poco compatible con sus principios de igualitarismo social. Las dificultades para difundir aceleradamente sus eventuales adquisiciones tecnológicas en una sociedad burocráticamente controlada hacen del caso chino un llamado de atención contra cualquier intento regresivo en la Unión Soviética o Europa del Este, ante el cual cualquiera de ellas puede sucumbir. En tal caso, sería muy improbable evitar la tercermundización.

De todos modos, cualesquiera sean los escenarios que emerjan en los países del socialismo real, el fin del siglo descubrirá en esas economías, crecientemente integradas a la lógica del mercado mundial, el fracaso ya definitivamente inocultable de una utopía. O tal vez el fracaso de los primeros intentos por construir una sociedad que resultó prematura para el siglo XX.





LA DECADA DE LA NEGOCIACION

(Por Willy Brandt) Me pregunto si alguno de nosotros sería capaz de predecir cómo será el mundo en el umbral del nuevo milenio.

El número de problemas que afecta a toda la humanidad aumenta sin cesar. Para resolverlos es necesario adoptar una "política mundial", cuyo alcance se extienda mucho más allá del estrecho marco de las fronteras nacionales. *Nosotros* estamos conscientes de ello, pero son muchos los gobiernos que, en lugar de adoptar una política semejante, persisten en defender sus estrechos intereses nacionales.

En nuestra calidad de socialistas democráticos queremos eliminar las diferencias entre ricos y pobres, tanto *dentro* de los países como *entre* las distintas naciones. Estamos contra los cínicos que oprimen a sociedades enteras.

Esos cínicos para quienes la solidaridad internacional es una mala palabra y que pretenden socavar el bienestar social allí donde existe. Esos que se han propuesto focalizar las relaciones internacionales en unos pocos países "fuertes" desde el punto de vista político o económico, ofreciendo al "resto", el Tercer Mundo, una ayuda para el desarrollo muy modesta. Esos cínicos que quieren reducir el bienestar a la caridad, tanto al nivel nacional como internacional, y aplican el *thatcherismo* a escala mundial.

Si me opongo a esta mentalidad codiciosa, no es sólo por razones morales, ni por las peligrosas consecuencias económicas y políticas que entraña, sino también —y no es éste un aspecto secundario— por los desastrosos efectos ecológicos que tendrá a largo plazo.

El agujero de la capa de ozono ilustra la magnitud del desafío ecológico mundial. La omnipresencia de las amenazas para el medio ambiente ha provocado un cambio de mentalidad que, aunque tardío, ha revestido formas explosivas. Las consecuencias ulteriores de estas amenazas bien pueden resultar fatales para mucha gente; por ello, es importante que se movilice inmediatamente la voluntad política mundial para rechazar los intereses económicos miopes y cortoplacistas al respecto.

Sin embargo, la mala administración y el erróneo desarrollo de las naciones industrializadas no son las únicas causas de los desastres ecológicos. Cada vez hay más pruebas de que la degradación del medio ambiente es, en gran medida, una consecuencia del desarrollo y, probablemente, no nos queda mucho tiempo para cambiar las normas de comportamiento.

Pero ¿cómo se podría, cómo se debería organizar una cooperación multilateral, visto el gran número de participantes, dotados de suficiente autoconfianza, involucrados? Supongo que uno de los puntos principales del orden del día de los años 90 será la determinación de los poderes que se otorgarán a los organismos (e instituciones) regionales e internacionales que, por supuesto, se deberán legitimar y controlar adecuadamente. Esto ya está produciéndose en algunos ámbitos como, por ejemplo, las políticas sobre el medio ambiente y el desarrollo; pero igualmente necesario en materia de control de armamentos y en otras esferas, como los negocios y las finanzas y, por lo tanto, en ciertos aspectos fundamentales del derecho y la seguridad social.

Puesto que los años 90 bien pueden convertirse en una década de negociaciones, deberíamos dar una mayor importancia a la determinación de los problemas que se habrán de atacar a nivel *internacional*.

Desearía que una comisión internacional con ideas nuevas diseñara un marco institucional que entrara en vigor a partir de los años 90 y que nos permitiera, por fin, trabajar conjuntamente. Todos sabemos que los socialdemócratas han contribuido no poco a que se tome conciencia de problemas como la seguridad, el desarrollo y la ecología. Pero me temo que hasta ahora no hemos renovado mucho las ideas que teníamos sobre los cambios institucionales y jurídicos necesarios para poner en práctica nuestras propuestas. ¿No debemos acaso realizar cambios fundamentales, comparables a las valientes iniciativas de los *padres fundadores* de San Francisco y Bretton Woods, donde personalidades como John Maynard Keynes generaron el impulso motor? Hoy necesitamos el mismo tipo de audacia e imaginación. Habrá que revisar los anticuados derechos de veto, por ejemplo, o el vasto control que se exige sobre los organismos regionales e internacionales para darles financiamiento. Habrá que alcanzar una nueva percepción de la soberanía para poder cumplir nuestro objetivo: una sociedad mundial democrática, formada por naciones unidas de verdad (tanto para el futuro, como en la práctica).

La tendencia a ir hacia una "política interior" *mundial* a largo plazo exigirá que nuestros partidos desarrollen una nueva comprensión del internacionalismo.

Estos problemas serán muy difíciles de resolver; implican una labor trascendental y el desafío parece abrumador. Sin embargo, mi experiencia me ha demostrado que nada es imposible, a menos que uno se resigne. Pero la resignación queda excluida de nuestros objetivos y obligaciones.

Creo que tendremos éxito. Y si me preguntan si estoy seguro de ello, contestaré repitiendo la última frase que escribió León Blum, el líder de los socialistas franceses entre las dos guerras mundiales, tras haber sobrevivido al campo de concentración de Buchenwald: "Lo creo, porque lo espero".





Murc...

LA...

(Por John Kenneth Galbraith) Estos días, inevitablemente reflexionamos sobre la década que termina. A fines de los ochenta, se han llegado a colapsar los ánimos del mundo comunista.

Está surgiendo un movimiento —quizá peligroso— de liberalización de las estructuras económicas y políticas que parecían inamovibles en la URSS y en Europa oriental.

En China ha ocurrido algo parecido, aunque el cambio ha sido temporal. Sólo que ese deseo de cambio no se festeja tanto como en los Estados no socialistas. En Occidente, les complace la transformación socialista pues no habían presenciado un cambio tan sorprendente en su propio mundo.

El capitalismo y el socialismo sufren el choque entre sus principios ideológicos y la cruda realidad. En determinados aspectos, la realidad ha sido la misma para ambos. Las ideas de Marx y Lenin han sido refutadas. Lo mismo ha ocurrido con las de Adam Smith, David Ricardo, Alfred Marshall y una figura menos reconocida, Herbert Spencer.

Los países socialistas han visto con más claridad cómo era atacada su ideología, porque la mayoría de sus ciudadanos se sienten demasiado incómodos. Posiblemente, a Marx no le sorprendería demasiado si todavía estuviera vivo. El consideraba que la sociedad sigue un proceso continuo de transformación y probablemente pensaría que no termina en un triunfo político o en el ascenso al poder por parte de los comunistas.

Durante mucho tiempo, en términos económicos el socialismo funcionó muy bien. La URSS se consolidó como la segunda economía industrial más grande del mundo, mejoró el nivel de vida de su población y el sistema organizativo de los zares. Además, armó a sus enormes ejércitos, con más firmeza que en Occidente, para frenar el avance de Hitler.

De hecho, ha habido tres etapas en el desarrollo del socialismo. Las dos primeras tuvieron éxito, pero la tercera ha sido un rotundo fracaso. Al comienzo, el socialismo redistribuyó el poder. Esta etapa fue bien acogida y tuvo éxito.

En la segunda, se construyó la estructura básica —fábricas de acero, plantas químicas, generadores de electricidad, productoras de petróleo, refinerías y transporte—, el núcleo de la industria moderna y del ejército.

La razón por la que les fue bien en estos asuntos es evidente: estas actividades, como la producción de armas, se prestaban admirablemente a la planificación y estructura de los principios del socialismo. Los elementos materiales y la labor requerida eran comprensibles. Las instrucciones de la autoridad económica central respecto de la producción obtuvieron resultados.

Este era el diseño económico seguido también por los países capitalistas en cuestión de armamento, durante la Segunda Guerra Mundial. Además, en esta etapa de expansión socialista, el aparato de control —la burocracia económica— era joven, entusiasta y relativamente limitado, a diferencia de los esquemas posteriores. Por ello, eran bastante flexibles.

Sin embargo, hasta principios de los años 20, Lenin expresó su preocupación y aversión por el exceso de capas burocráticas que caracterizaba al nuevo Estado socialista. Este sigue siendo un problema central dentro del sistema.

"Página/12, el país a diario", editado en Buenos Aires, República Argentina, de martes a domingo por Editorial "La Página S.R.L.". Registro de Marca: 1590381. Redacción y administración: Belgrano 671/77. Código Postal 1092. Capital Federal. Teléfonos: 334-7203/7204/7206/7208/7209/2322/2323/2324/2326/2327. Publicidad: Perú 457 - 1er. Cuerpo - 2do. Piso Of. "C". Tel. 34-7365/ 3924/ 8216. Fotocomposición, armado
Página/12
y películas: MG fotocomposición S.A., Belgrano 671 Capital. Impresión: Impresiones Gráficas Tabaré, Erezcano 3158, Capital. Distribuidor en Capital Federal, Gran Buenos Aires e interior: DISTRI/12, Belgrano 671/77 Tel. 334-7203/7204/7206/7208/7209 Servicios de NA, TELAM, DPA, "La Jornada", "El País", "The New York Times Magazine", "Interview", Prensa Latina y ALASEI.

Gorbachov y después

CRISIS DE LAS IDEOLOGIAS

En la época moderna, el socialismo ha entrado en una tercera fase. Ya no funciona el antiguo diseño.

El problema es doble: el sistema **no se puede ajustar al nuevo mundo** de consumidores —a los estándares impuestos por el estilo de vida de los ricos de Occidente—. **También debe** hacer concesiones a las exigencias intelectuales y políticas, que son una faceta del desarrollo industrial.

Específicamente, en la moderna economía de consumo hay enorme cantidad de bienes deseados, de diferentes estilos y diseños, que cambian según los gustos del consumidor.

La antigua estructura no puede hacer frente a esta cantidad tan diversa e inestable de demanda. Debe haber alguna forma de comunicar al consumidor con el productor y un sistema que premie las respuestas favorables al mensaje. La única institución aparente es el mercado.

Para poner límites a la anterior estructura, la burocracia va creciendo, en particular los gigantescos ministerios, que instruyen y supervisan la producción de bienes y servicios. La burocracia multiplica sus propios números y reconoce lo que ya está haciendo —aunque esto no es exclusivo del socialismo.

Consumidores del Este

Volviendo a mi postura inicial, todo esto no es resultado de una preferencia ideológica sino de unas circunstancias de control. Ni Marx, ni Lenin, ni Stalin previeron una sociedad en donde la ropa de alta costura, los cosméticos o los automóviles serían demandados por el proletariado.

En aquellos tiempos, las necesidades —comida simple, ropa sencilla, una vivienda modesta y pocos muebles— eran perfectamente predecibles y comprensibles.

Algunos deben pensar que ha sido un error permitir que la moderna economía de consumo se haya convertido en la meta del mundo socialista, pero una economía así resulta muy atractiva.

Buena parte del cambio se atribuye a los comentarios diarios de Mijail Gorbachov y de los dirigentes de los movimientos de liberación en Hungría, Polonia y otros países socialistas, que se han atrevido a no transigir ante el poder establecido. No les niego ningún mérito.

La ineficacia de la antigua estructura y la creciente esclerosis burocrática no han sido los únicos factores del cambio. También ha influido la imparable demanda del pueblo para hacerse escuchar y participar. Es fácil mantener subordinada y callada a una población que vive en la pobreza. El trabajo diario y la supervivencia absorben toda la energía y la dispersión geográfica ayuda a evitar debates y acciones conjuntas.

Con la industrialización, un número cada vez mayor de personas instruidas —obreros, administradores, profesores, científicos, estudiantes, periodistas y portavoces del interés público— se reúnen en las ciudades y empiezan a exigir que se les escuche, tanto en los países socialistas como en todo el mundo industrial.

Normalmente se atribuye la virtud pública a los países con libertad de expresión y declaración de derechos humanos. De hecho, es un modo de adaptarse a las exigencias de un mayor desarrollo económico. Por este motivo, todos los países de industria avanzada son en buena medida tolerantes respecto de la libertad de expresión.

Estas circunstancias se imponen en el mundo socialista de esta década que termina, pero es un error imaginar que este conflicto entre ideología y realidad afecta únicamente al socialismo.

En Occidente, y particularmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, también surgió la necesidad de un compromiso ideológico. Ronald Reagan afirmó, al comienzo de sus **ocho años de presidencia y en una** de sus pocas expresiones memorables, que el gobierno no es la solución sino el problema mismo.

El sistema de empresa libre resolvía **todo como mejor podía. En el** caso de los americanos, Dios era un firme republicano y, para los británicos, un conservador benevolente. Los valores tradicionales mandaban. Esta ideología se apoyaba bastante en principios teológicos.

De acuerdo con esta ideología, el gobierno se retiraría. Los consejos para la acción política pública vendrían, si no de Adam Smith, sí de los profesores Milton Friedman y Friedrich von Hayek.

Pero ideología y realidad chocaron de nuevo, como en el caso del **mundo socialista y el capitalista. Y, como siempre, la realidad estaba bajo absoluto control con el socialismo.**

En la práctica, el compromiso ideológico está muy limitado. Muchas funciones del gobierno —seguridad social, apoyo a la agricultura, ayuda a entidades bancarias fracasadas— son políticamente invulnerables.

En Estados Unidos, el socialismo aparece cuando los jets de las grandes empresas aterrizan en los aeropuertos de Washington y los pasajeros proclaman su fe en la empresa libre y piden a gritos que el gobierno les rescate del fracaso.

Sin embargo, este compromiso ideológico tuvo un efecto más dañino socialmente en Estados Unidos; el apoyo a los pobres, las ayudas para conseguir viviendas económicas, sufragar gastos educativos, mantener **de infraestructura y proteger el** medio ambiente quedaron reducidas a la mínima expresión.

Déficit astronómico

Además, se han reducido los impuestos de quienes gozaban de un buen nivel económico. Se creía que los pobres no trabajaban porque, si no, ganaban demasiado, y los ricos necesitaban un estímulo para incrementar sus ingresos.

El resultado ha sido un descenso de ingresos, junto a un incremento en los gastos de defensa. El déficit presupuestario ha sido enorme, en **comparación con otros períodos de** paz.

La inflación ha sido controlada elevando el tipo de interés. El desembolso del consumidor en bienes y servicios ha sido contrarrestado por una bajada en las inversiones industriales e inmobiliarias.

El efecto sobre las inversiones ha sido adverso a nuestra posición competitiva de Estados Unidos en el mercado mundial. Los altos tipos de interés han atraído capital extranjero, sobre todo del Japón, para comprar valores de cartera americanos, bienes raíces e incluso empresas enteras.

Por un tiempo, e incluso actualmente, esto ha mantenido el dólar artificialmente caro, ha inyectado importaciones al mercado americano y ha impuesto sanciones sobre las exportaciones.

Una vez que se introducen productos extranjeros en el mercado, no se sacan con facilidad. Estados Unidos era el acreedor más grande a comienzos de la década y termina los 80 siendo, y con mucho, el país más en**deudado. La mejicanización de la** economía americana ha ido más allá de cualquier plan ejecutado por México hasta ahora.

He descripto este choque entre realidad e ideología como aconteció en Estados Unidos. Aunque menos dramático, lo ocurrido en la tierra de Margaret Thatcher resulta igual de significativo. En ambos países, los resultados han sido similares.

En el sistema interno, se ha roto el compromiso social surgido en Gran Bretaña con Lloyd George —y que continuó vigente después de la Segunda Guerra Mundial—. Este compromiso expresaba que, aunque algunos sean más ricos y otros más pobres, todos los ciudadanos podrían obtener una oportunidad y cierta protección al amparo del sistema social.

En la década de los 80, en Gran Bretaña y en Estados Unidos este compromiso se ha dejado un poco a la expectativa.

Los pobres siguen siendo pobres en los Estados Unidos y su número se ha incrementado, como también han aumentado los ingresos de los ricos. Las condiciones de vida en los centros de las grandes ciudades son denigrantes. Hay problemas de vivienda y la situación sigue empeorando.

Muchos ciudadanos no tienen un techo para guarecerse y sus ingresos son muy pequeños. Las escuelas también están muy mal y muchos procuran evadirse temporalmente con ayuda de las drogas. Persisten las diferencias económicas entre el norte y el sur.

Los ingleses, los galeses y los escoceses estamos habituados al sufrimiento. Se acepta con bastante calma. En los Estados Unidos, la clase baja urbana no es tan paciente y podría explotar de repente. En todo caso, cuando se escriba la historia de esta década, quizá se diga que la ideología de la empresa libre tuvo el mismo efecto sobre el socialismo que el estancamiento económico lo tuvo sobre el comunismo.

El único remedio para el socialismo es abrirse al mercado. Para el capitalismo, la solución viable es conceder al Estado un papel más relevante, efectivo y compasivo. La función pública tiene que manifestar orgullo, eficacia y honestidad.

Se necesita mucho más todavía, entre otras cosas, aceptar los impuestos, que nos ayudarán a salir de esta miseria y permitir que los intereses **bajen, lo que mejorará la productividad y la vivienda.**

En Occidente, ideología y realidad están en conflicto, especialmente en los países más viejos.

En Estados Unidos, la anquilosada industria de producción en serie demuestra una tendencia clara a la esclerosis burocrática, igual que en la Unión Soviética y en Gran Bretaña. A su vez, es una gran ventaja para Japón y otros países industriales **más jóvenes, como Corea, Taiwán,** Singapur y Tailandia.

Sin embargo, el efecto más impresionante del cambio económico y del declive ha sido sobre la política exterior. Esto también aparece como un acontecimiento significativo de los 80.

Al final de la década, tantos los Estados Unidos como la Unión Soviética se siguen considerando "los superpoderes". Pero ambos están en decadencia, sobre todo Estados Unidos —la presidencia, el Departamento de Estado, el Pentágono, la CIA y organizaciones semejantes como el **Consejo de Relaciones Extranjeras—,** siguen con la misma retórica, características, organización, actitudes y ambiciones de antes.

Pero los dos están indudablemente en declive. Nadie pone en entredicho que Gran Bretaña fue en su momento el número uno y que ahora no es más que un espectro de su pasado. Hoy les toca el turno a Estados Unidos y la URSS.

Potencias en declive

En parte, esto ha sido el resultado de fallos militares garrafales —los soviéticos, en las montañas y desiertos de Afganistán, y los Estados Unidos, en las junglas de Vietnam—. Pero también ha influido el imperioso deseo de todos los países, **en la era poscolonial, de librarse de** la influencia y del poder extranjeros.

Aunque la miseria sea grande y no sepan gobernarse —como ocurre en la mayor parte de Africa— lo pre**fieren a un dominio desde afuera.** Esta disminución del influjo externo ha **sido debida, más que nada, al cam**bio económico.

En el pasado, la influencia de la URSS sobre otros países dependía, sobre todo, de los triunfos del socialismo. Esta era la clave del futuro. Aceptar la tutela soviética era el justo camino hacia el éxito. Ahora ya no es así. Todas las naciones están dispuestas a encontrar su propio camino. Este ha sido el gran cambio de estos últimos tres meses, aunque aún no haya sido reconocido.

El socialismo comprensivo, con sus exigencias intransigentes sobre escasos recursos administrativos, nunca fue una posibilidad práctica para Etiopía, Mozambique, Nicaragua o el resto de países del Tercer Mundo, ni para naciones relativamente avanzadas como la India.

Pero el declive en la influencia de los Estados Unidos no es mucho menor. También hemos dependido del éxito económico, del dinero y de los recursos disponibles. En el pasado, uno de sus puntos fuertes era la cantidad de dinero suministrada, aunque fuera en efectivo o en préstamos. Ese ya no es el caso. Ahora, cuando quieren movilizar los recursos para algún propósito mundial, el primer **paso es persuadir a Japón.**

El viaje que realizó el presidente Bush recientemente a Hungría y Polonia es una manifestación particularmente vergonzosa de la realidad actual. En cada país, ofreció un discurso emotivo sobre la libertad, la democracia y la vuelta al sistema de mercado libre. Dejó una pequeña propina para cada uno.

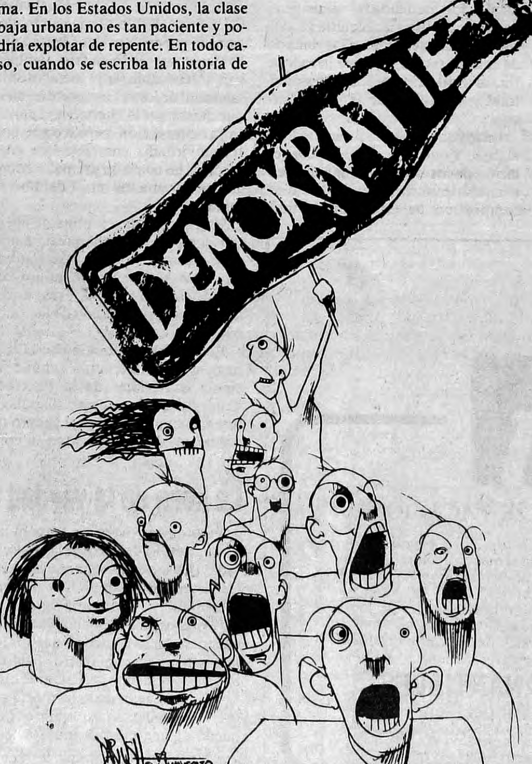
Esta es la nueva realidad económica. La persecución de la empresa libre bajo el señor Reagan no nos ha dejado menos endeudados que a Varsovia o a Budapest. Gran Bretaña, el primer poder industrial del mundo, vio declinar su influencia y dominio económicos, y se lo tomó muy bien. Tengo la esperanza de que nosotros reaccionaremos igual de bien.

Me temo que, durante mucho tiempo, oiremos discursos —como el de Bush en Polonia— que pondrán de manifiesto la ideología y las represiones económicas que reflejan la nueva realidad.

El declive económico se podía haber evitado. Ha triunfado la ideología irrelevante y dañina sobre la necesaria acción práctica. Y, desafortunadamente, sigue en los Estados Unidos y en Gran Bretaña.

En la economía moderna, ya se ha conseguido que muchos gocen de una situación cómoda: se sienten seguros, contentos y, en menor o menor medida, tienen dinero.

La ideología es, por naturaleza y propósito, un sustituto de las ideas y, sin embargo, para adaptarse a esa realidad cambiante lo que hace falta son ideas.





Perestroika

DEL 'TITANIC

(Por Osvaldo Bayer) Hace poco, el escritor israelí Henry Broder ponía así el epitafio al socialismo: "El socialismo es un magnífico edificio filosófico. Pero el hombre, por naturaleza, no es bueno, no quiere ser justo y poco y nada le interesa la igualdad. Por eso no son compatibles, en la práctica, la ideología socialista y la naturaleza humana".

Nada nuevo. Una concepción del mundo tal vez por demás sabia pero indudablemente cómoda. Que se olvida de Tolstoi y Kafka, y los dos hicieron gran literatura. La escuela conformista aparece en su ontología, confirmada. Regys Debray pasa del Che a Mitterrand; Jorge Semprún, de Stalin a Felipe González; The-

DESHIELO EN EL ESTE

(Por Jean Baudrillard) El gran acontecimiento de fin de siglo está en marcha. Todo el mundo respira al ver que la Historia, asfixiada durante algún tiempo por el dominio de la ideología totalitaria, recobra su hegemonía con el levantamiento del bloqueo de los países del Este. El campo de la Historia se ha reabierto por fin al movimiento imprevisible de los pueblos y de su sed de libertad. Contrariamente a la mitología depresiva que acompaña generalmente los finales de siglo, éste parece inaugurar una recrudescencia resplandeciente del proceso final, una esperanza nueva y un relanzamiento de todas las posturas. Quedan atrás todos los malos augurios que preveían el fin de la Historia. ¿Cómo poner en duda su realidad y su vitalidad cuando estamos viendo acontecimientos de tal magnitud?

Considerado en profundidad, el suceso es algo más misterioso, y estaría mucho más cerca de un objeto "histórico" no identificable. Extraordinaria peripecia sin duda esta descongelación de los países del Este, esta descongelación de la libertad, pero ¿en qué se convierte la libertad una vez que ha sido descongelada? Operación peligrosa, cuyo resultado se presenta equívoco (fuera del hecho de que ya no se puede volver a congelar lo que ha sido descongelado). La URSS y los países del Este han sido para la libertad, al mismo tiempo, un test y un medio experimental, porque ha estado secuestrada y sometida a muy elevadas presiones. Occidente ya no es más que un conservatorio, o mejor, un vertedero de la libertad y los derechos humanos.

Si la ultracongelación era la marca distintiva y negativa del universo del Este, la ultrafluidez de nuestro universo occidental es todavía más escabrosa ya que, a fuerza de liberalización y de liberalización de costumbres y de opiniones, el problema de la libertad ni siquiera puede ser planteado. Está virtualmente solucionado. En Occidente la libertad, la idea de la libertad, está muerta, lo hemos comprobado con creces en todas las conmemoraciones recientes. En el Este ha sido asesinada, pero un crimen nunca es perfecto.

Experimentalmente, será muy interesante ver qué ocurre con la libertad cuando se han borrado todos sus signos. Vamos a ver qué pasa con el proceso de reanimación, de rehabilitación posmoderna.

La libertad descongelada quizá ya no esté de tan buen ver. ¿Y si observamos que no tiene más que una urgencia, la de conseguir riquezas materiales, automóviles y grupos electrógenos, incluso lo psicotrópico y pornográfico, es decir, de convertirse inmediatamente en liquideces occidentales, lo que conduciría a pasar de un fin de la Historia por congelación a un fin de la Historia por ultrafluidez y circulación?

Stock de libertad

Lo apasionante de lo que está ocurriendo en los países del Este no es verles acoger débilmente una democracia convaleciente, aportándole nuevas energías (y nuevos mercados), sino ver cómo chocan frontalmente dos modalidades específicas del fin de la Historia: la que llega a su fin por la congelación en los campos de concentración, y la que llega a su fin, al contrario, por la expansión total y centrífuga de la comunicación.

En los dos casos, la solución lleva al final. Y puede ser que la descongelación de los derechos humanos sea el equivalente socialista de la "descompresión de Occidente": una simple pérdida en la vida occidental de las energías secuestradas al Este durante medio siglo. El fervor de los acontecimientos puede resultar equívoco: si lo que se está dando en los países del Este no es más que una desideologización, hay un fervor mimético en los países liberales, en los que toda libertad ya se ha intercambiado por la facilidad técnica de vivir.

Entonces nosotros sabremos definitivamente lo que vale la libertad y también nos damos cuenta de que jamás se escucha por segunda vez.

En todo esto hay un aspecto imprevisible para nosotros, para Occidente (el Bien no puede vivir cuando el imperio del Mal se desmorona) y es que esta descongelación del Este puede ser tan nefasta a largo plazo como el exceso de gas carbónico en las capas altas de la atmósfera, creando un efecto de invernadero político, un recalentamiento tal de las relaciones humanas sobre el planeta, por fundición de los bloques de hielo comunistas, que las orillas occidentales quedarán sumergidas. Curiosamente, nosotros tenemos como si fuera una catástrofe este calentamiento climático de los hielos, ya que aspiramos con todas nuestras fuerzas a la democracia en el terreno político.

Si hace tiempo la URSS hubiera sacado su stock de oro al mercado mundial, lo habría desestabilizado completamente. Si ahora los países del Este vuelven a poner en circulación el inmenso stock de libertad que habían conservado en frío, también van a desestabilizar el metabolismo tan frágil de los valores occidentales, que quiere que la libertad no aparezca ya como acción, pero sí como una forma virtual y consensual de interacción, no como un drama, sí como un psicodrama universal del liberalismo.

Una inyección repentina de libertad como intercambio real, como trascendencia violenta y activa, como idea, sería en todo punto catastrófica para nuestra forma de redistribución climatizada de los valores.

Por eso les pedimos la libertad, la imagen de la libertad, a cambio de signos materiales de la libertad. Contrato perfectamente diabólico, por el cual unos corren el peligro de perder su alma, y los otros su confort.

La hora de la verdad

Pero quizá sea mejor así para las dos partes. Las sociedades enmascaradas (las sociedades comunistas) están desenmascaradas. ¿Qué aspecto presentan?

Nosotros hace mucho que estamos desenmascarados, y que no tenemos ni máscara ni rostro. Tampoco tenemos memoria. Estamos buscando en el agua de la memoria sin trazos, es decir, esperando que quede alguna cosa cuando incluso los trazos moleculares han desaparecido. Así está nuestra libertad: nos gustaría producir cualquier signo, y estamos postulando su existencia infinitesimal, impalpable, indetectable, en un medio con tal alta disolución (programática, operacional) que sólo su espectro flota todavía en una memoria que no es más que la del agua.

La fuente de la libertad en Occidente está tan seca (testigo de ello es la conmemoración de la Revolución), que nos es necesario esperar todo de los criaderos del Este, al fin abiertos y descubiertos.

Pero tras la liberalización de este stock de libertad (la idea de la libertad se ha convertido en algo tan extraño como un recurso natural), ¿qué puede haber si no es, como sobre todo mercado, una intensa energía superficial de intercambios, tras el desmoronamiento rápido de energías diferenciales y de los valores?

¿Qué significa la 'glasnost'? La transparencia retroactiva de todos los signos de la modernidad, pero de forma acelerada y de segunda mano (es casi una reposición posmoderna de nuestra versión original de la modernidad), de todos los signos positivos y negativos confundidos, no solamente de los derechos humanos, también de los crímenes, de las catástrofes, de los accidentes, de los que se nota una jubilosa recrudescencia en la URSS tras la liberalización del régimen.

Por ejemplo, el descubrimiento de la pornografía y los extraterrestres, todo esto censurado hasta ahora, pero festejando su aparición al mismo tiempo que el resto. Es esto lo experimental en la descongelación global: vemos que los crímenes, las catástrofes, atómicas o naturales, que todo lo que ha estado ahogado forma parte de los derechos humanos (también la religión y la moda, sin excluir ninguna de sus manifestaciones) y ésta es una buena lección de democracia. Puesto que vemos resurgir ante todo lo que creemos somos todos los emblemas que se dicen universales de lo humano en un tipo de alucinación ideal y de vuelta de lo que estaba prohibido, en lo que se incluye lo que hay de peor, de más banal y de más trasnochado en la "cultura occidental" y para lo que actualmente ya no habrá más límites.

Es entonces la hora de la verdad para esta cultura, como lo fue el enfrentamiento a las culturas salvajes del mundo entero (no podemos decir que haya salido muy bien parada). La ironía de la situación es tal, que quizá seamos nosotros los que un día nos veamos forzados a salvar la memoria del estalinismo, cuando los países del Este ya ni lo recordarán. Nos hará falta guardar congelada la memoria de este tirano, que tenía congelado el movimiento de la Historia, porque esta época glacial también forma parte del patrimonio universal.

Borrar el siglo XX

Estos acontecimientos también son remarcables bajo otro aspecto. Aquellos que son virtuosamente hostiles al fin de la Historia deberían interrogarse sobre el giro que efectúa en este momento dicha Historia, sobre estos acontecimientos actuales, no solamente de su fin (que todavía formaba parte del fantasma lineal de la Historia), sino también de su giro y de su desaparición sistemática.

Estamos borrando todo el siglo XX. Estamos borrando uno a uno todos los signos de la guerra fría, quizás incluso todos los signos de la Segunda Guerra Mundial, y los de todas las revoluciones ideológicas y políticas del siglo XX. La reunificación de Alemania y muchas otras cosas son inevitables, no sólo en el sentido de un vuelco hacia delante de la Historia, sino en el sentido de una reescritura al revés de todo el siglo XX, que va a ocupar los diez últimos años del fin del siglo.

Al paso que vamos, pronto habremos vuelto al Santo Imperio romano-germánico. Y es ésta, quizá, la iluminación de este fin de siglo y el verdadero sentido de esta fórmula polémica del fin de la Historia.

Lo que estamos haciendo, en una especie de duelo entusiasta, anulando todos los acontecimientos que caracterizan este siglo, blanqueándolo, como si todo lo que ha sucedido —las revoluciones, la partición del mundo, la exterminación, la transnacionalización violenta de los Estados, el suspense nuclear, breve, la Historia en su fase moderna— no es más que un embrollo sin salida. Todo el mundo se ha puesto a deshacer esta historia con el mismo entusiasmo con que se puso a construirla.

Restauración, restauración, rehabilitación, resurgimiento de antiguas fronteras, de viejas diferencias, de singularidades, religiones, arrepentimiento, incluso al nivel de las costumbres... parece que todos los signos de libertades adquiridas en un siglo van atenuándose, y quizá acabarán por apagarse uno a uno: nos hallamos inmersos en un gigantesco proceso de revisionismo, no ideológico, sino de revisión de la Historia misma y parece que tenemos prisa por hacerlo antes del fin de siglo. ¿Quizás en la secreta esperanza, con la llegada del nuevo milenio, de recomenzar desde cero? ¿Y si pudiésemos restaurar todo al estado inicial? Pero, ¿antes de qué? ¿Antes del siglo XX? ¿Antes de la Revolución?

¿Hasta dónde puede llevarnos esta reabsorción, esta anulación? Todo esto puede ir muy deprisa (como muestran los acontecimientos del Este), justamente porque no se trata de construir algo, sino de un desmoronamiento masivo de la Historia, que va tomando una forma casi viral y epidémica.

¿Puede ser que finalmente nunca llegue al año 2000, como se había profetizado, simplemente porque la curvatura de la Historia se habrá inclinado tanto en sentido inverso que jamás atravesará este horizonte de tiempo?

AL JARDIN DEL EDEN

odorakis, del comunismo resistente al conservadurismo subdesarrollado; los intelectuales argentinos marxistas, del fidelismo de los 60 al establishment alfonsinista; los ideólogos alemanes del '68, a cada vez más esotéricas discusiones con sordina sobre Benjamin y Habermas en los exclusivos restaurantes de Kreuzberg, con comida francesa de anchos platos y bocados seleccionados. Pero el mundo está ahí, a la espera de que alguien resuelva —o trate, nada más que trate— los problemas cada vez más aplastantes en cada vez menos tiempo. Y de pronto, la perestroika, que nos cambia el mundo. Otra vez la revolución viene del Este, otra vez del pueblo de Tolstoi, de Dostoievski, de Chejov, de Bakunin, de Kropotkin, de Lenin... y de Stalin.

Perestroika en el Este, mientras Estados Unidos repite su política de las cañoneras en el Caribe. Ahora, con helicópteros. Se aggiornan los que no conocieron nunca la democracia; los demócratas occidentales practican la política del garrote. La historia es irónica. Y el hombre no es malo por naturaleza, como sostiene Henry Broder, sino imprevisible; más cuando es capaz de salir a la calle y juntarse con otros miles y miles.

Mientras los intelectuales en el barrio de Kreuzberg discutían sobre Habermas y Benjamín, a doscientos metros, mujeres y hombres anónimos abrían el Muro. Pero no sólo los intelectuales se quedaron abriendo la boca. Helmut Schmidt —el ex premier alemán— calculó en dos años la caída de la Cortina de Hierro; Henry Kissinger —el hombre más informado del mundo— creyó que se trataba de un chiste alemán. La CIA no llegó a tiempo para informar antes a Bush. Es que dentro de tanta euforia por lo que se cree la muerte del socialismo, hay un temor en el inconsciente. Pese a la televisión dirigida, a los medios de comunicación tergiversadores, los pueblos se mueven, comienzan a tener su propia opinión.

Los futurólogos de la "Realpolitik" sostienen que como producto directo de la perestroika del Este, en la década del noventa el enemigo principal de Estados Unidos dejará de ser la Unión Soviética y pasará a ser Japón. Se volverá en ese sentido a las rivalidades de principios de siglo donde se veía con malos ojos y como enemigo directo a quien producía más barato y le quitaba mercados. Como la clásica rivalidad Inglaterra-Alemania, por ejemplo, de aquellos tiempos. Ya Japón se prepara para la "guerra fría", predicen, teniendo en cuenta que este año se han votado 28.000 millones de dólares para el presupuesto de las fuerzas armadas niponas, el tercero más alto del mundo. Por otra parte, a la Alemania Federal le será fácil deglutir económicamente a la pequeña República Democrática Alemana, pero no le será tan fácil lograr la unidad. Francia estará atenta para que la Alemania unida no llegué a la realidad y ya Mitterrand ha amenazado veladamente a Bonn que cualquier intento en este sentido tendrá como respuesta francesa el acercamiento París-Moscú, para mantener, como en siglos pasados, a Alemania en una pinza entre sus fronteras. Pero los mismos futurólogos y agoreros señalan que en la carrera por la Unión Soviética ya ha ganado Alemania y su influencia económica en ésta será de tal importancia que Francia deberá conformarse en ver el renacimiento de la gran Alemania y luego, paso a paso, su marcha al reconocimiento de las fronteras de 1937. Francia pasará de ser la cabeza, el número dos en la Europa unida, e Inglaterra seguirá su lento ocaso imperial iniciado en 1945, esta vez ya en su propia isla. La competencia de estos tres grandes bloques económicos —Europa, Japón, Estados Unidos— llevará a una carrera en la que seguirá pagando la naturaleza y el equilibrio ecológico, a pesar de que se decuplicarán los congresos y las buenas intenciones de todos los políticos en pro de la última pareja de lobos marinos del mar del Norte y el último elefante en Zululandia.

Pero eso sí, sostienen que habrá triunfado definitivamente el sistema capitalista al cual responde la naturaleza humana, de acuerdo con Broder. Del Tercer Mundo, los futurólogos no arriesgan mucho. No ocurrirán grandes cambios de crecimiento, salvo un intento de Mercado Común Latinoamericano que será bien controlado desde los tres grandes centros económicos mundiales. Habrá, como ya es característico, puebladas, levantamientos y hasta cortos gobiernos izquierdistas votados por las muchedumbres que mezclarán sus esperanzas con cristianismos socialistas, pero siempre estarán atentos los Seineldines y Ricos que volverán las cosas a su curso. Se les enseñará a esos pueblos a que aprenden a vivir en democracia para lo cual serán las fundaciones de partidos políticos de los países centrales, en sus delegaciones en los subcontinentes atrasados, quienes negociarán las listas de políticos potables que sigan los lineamientos democráticos y de economía de mercado diseñados desde las metrópolis. Preferentemente se elegirán a ex becarios de esas fundaciones que han mamado directamente las bondades del sistema. Serán como aquellos hijos de familias indias respetables que iban a educarse a Londres para luego servir en la administración del imperio. Se llegará así a un sistema poco menos que universal y la humanidad marchará hacia el final de la historia. Y de sí misma.

Todo esto, es claro, ocurriría así si la perestroika fuera un mero sinónimo de consumismo. Es decir, si la perestroika tuviera su gran final con los carteles luminosos de las transnacionales en las torres del Kremlin. Sin duda todo terminaría así si no fuera por estos incorregibles utopistas que es seguro que no se van a conformar. Y por todos aquellos realistas incrédulos que, como en Rosario, cuando tienen hambre salen al saqueo. Aquellos van a querer tozudamente lograr el jardín Edén, éstos se van a negar tozudamente a morirse de hambre. Es decir, todos ellos desde su ángulo, van a seguir buscando eternamente su propia perestroika. El hombre es malo; un juicio que no contiene toda la verdad. El hombre es imprevisible. La historia es imprevisible. A veces espontánea, cuando se van dando las coordenadas de la tormenta. La historia de Latinoamérica no ha llegado a su fin, está por hacerse. Y no la harán los becarios obedientes a los países centrales. La escribirán todos aquellos padres y madres que no se resignarán a que sus hijos sufran hambre y analfabetismo, todos aquellos seres humanos que van a preferir dejar la vida antes que vivir eternamente en la basura. La Perestroika ha pateado el tablero de los sistemas y en 1989 se ha empezado a reescribir la historia. Aquí, en Latinoamérica estamos muy lejos del fin de la historia, más lejos aun que cuando el sacrificio de los ocho utopistas ahorcados en Chicago logró las ocho horas de trabajo.

Empieza la década del noventa. Será una década de terribles tormentas, ramalazos y torbellinos. Habrá quienes sigan bailando en la última noche del "Titanic". Pero —por suerte— habrá quienes sigan divisando el jardín Edén. A éstos no les darán el timón pero habrá que escucharlos un poco más que antes.

AFP





Democratización en América

¿SOLA, FANE Y DESCANGAYADA?

(Por Ernesto Tiffenberg) Insuperables en el arte del lamento, los argentinos han encontrado una nueva fuente de dolor en la revolución que sacude a Europa del Este. Con mayor o menor originalidad, todos los argumentos rematan en una conclusión inapelable: "Abiertos los mercados de lo que se conocía como campo socialista, los empresarios de todo el mundo centrarán en ellos su interés. América latina, y por supuesto la Argentina en primer lugar, han perdido toda posibilidad de canalizar inversiones hacia sus castigados territorios. Una vez más, la fortuna vuelve su espalda y los 90 serán otra década perdida".

Una rápida mirada a los 80 obliga sin embargo a la sonrisa piadosa. En esos años el mundo gozaba el fresco de la renacida guerra fría; Ronald Reagan anunciaba por radio que había ordenado el bombardeo atómico de Moscú —una inocente manera de probar los micrófonos que por error salió al aire—; y toda Europa temblaba ante los bramidos —débiles, después se supo, pero bramidos al fin— del oso ruso. Las damas occidentales se estremecían ante la imagen de los salvajes invasores, y las damas orientales ante el salvaje desabastecimiento. En síntesis, ni siquiera el más arriesgado "tiburón" del aventurero Wall Street de los 80 hubiera invertido un solo dólar detrás del Muro que separaba a Europa por toda la eternidad.

Tanta buena noticia no resultó entonces suficiente. Las tablas de ingreso y egreso de capitales de toda América latina resultan inapelables: por una extraña pirueta del destino, los flujos de inversión se dirigieron a los mismos países industrializados. Latinoamérica cumplió como pudo con sus compromisos, y con lo que no pudo aumentó su deuda. Un resumen de la década indica que finalmente salieron del subcontinente 35.000 millones más de los que entraron. A pesar de la guerra fría, a pesar de los planes de ajuste, a pesar de los analistas de los 90.

En estos días Carlos Menem decidió insistir con las gastadas herramientas del ajuste, combinados con la fantasía liberal de los planes de estabilización, que con distintos nombres se recetaron desde el Ministerio de Economía por más de 20 años. El anuncio supone, como los lamentos argentinos, un apoyo externo capaz, no sólo de compensar el pago de los intereses de la deuda —¿quién se acuerda del capital?—, sino de "colaborar con el crecimiento de la economía".

Además de sonrisas piadosas, tamaña inexistencia, común a toda América latina, favorece el trabajo de los pronosticadores. En Europa ya se preparan para disfrutar nuevas oleadas del pintoresco irracionalismo latinoamericano, los sociólogos podrán incorporar originales especies a su tipología del fascismo, las sectas que prometen el fin del mundo y una vida mejor en el próximo mantendrán su carrera ascendente, y los intelectuales plagiarán otra vez al eco de los 70 anunciando la llegada de una nueva Edad Media.

¿Servirá la revolución en el Este para convencer a los timoratos funcionarios de que no será el respaldo exterior el camino de salida del infierno; que ante la fatalidad de enfrentar solos la situación, tal como lo vienen haciendo hace una década, vale la pena intentar planes conjuntos? ¿Conseguirán los gobiernos latinoamericanos plantear un programa de desarrollo que combine los esfuerzos, permita una relación común y más sólida con el mercado mundial y no condene a sus pueblos a nuevos sacrificios a cambio de prolijos cuadros de variables e incomprobables teorías?

Seguramente Mijail Gorbachov no pensaba en ninguna de estas posibles consecuencias cuando se puso al frente de las reformas del Este, pero si se produce en los 90 el giro que Lula mantuvo vivo una semana en los 80, nadie podría descartar que sea en América latina donde su nombre se recuerde con mayor entusiasmo.



Ante la crisis del dogma

LIBERTAD DE CREACION

(Por Tomás Borge) Iluminado por los atardeceres de Managua y próximo a las miradas siempre atónitas de nuestras noches estrelladas, recibimos las primeras noticias de lo que ha sido llamado, se sabe por quién, algo así como la destrucción universal de la historia, ruinas que el liberalismo pretende ponerse como corona para reinar hasta la consumación de los siglos.

Desde entonces, a las orillas ardientes de nuestra pasión revolucionaria han llegado los oleajes de la duda, la crisis de valores, los fragmentos de los muros derribados; noticias sobre el deslumbramiento ante la fragancia de nuevos perfumes apadrinados por la fama de cantantes mediocres y famosos; imágenes de muchedumbres hambrientas de rock y de consumo, insatisfechas de sus enormes logros sociales, de sus economías planificadas, de sus trajes grises y de la absurda enemistad de los burócratas con las metáforas y los colores violentos.

Es una crisis que nos estremece a todos. Hemos visto con asombro cómo han caído ídolos arrugados, aburridos y aburridores, que no fueron capaces de mantener vivos a sus muertos y que renunciaron al primer empellón, a la historia de sus pueblos heroicos; ineptos que no supieron descubrir cuáles eran las notas agudas ni los tonos graves de las guitarras.

La llamada crisis del dogma —lo que equivaldría calificar como tal a la doctrina social más antidogmática de la historia— es, en el fondo, el desmoronamiento de la inconsecuencia. Lo que está en crisis no son las tesis y el ejemplo del Che; es la burocracia, la neblina triste, el mecanicismo, los monumentos al hastío, la intransigencia por lo nuevo. Los principios teóricos de una sociedad sin explotados ni explotadores y la solidaridad humana siguen tan intactos como los clásicos de la literatura y de la teoría revolucionaria.

Se desplomaron los dogmas y uno se pregunta, ¿significa eso el fin de las ideas revolucionarias?, ¿se le puso fin en la puerta de Brandeburgo, al internacionalismo?, ¿se derribó la generosidad, el antiimperialismo, el análisis científico de la explotación del hombre por el hombre, con la caída del Muro de Berlín?

Nosotros somos optimistas. Los cambios que se producen en el campo socialista no son más que el preludio de las transformaciones que se producirán, más temprano que tarde, en el agujero negro del neocolonialismo.

Los seres humanos estamos hastiados de los esquemas y de las cadenas. Rechazamos las uñas arrancadas, la desigualdad no sólo entre los hombres de cada país, sino entre las naciones. Los pueblos hartos de proteínas y de triglicéridos están al borde de la náusea, y no tardará el día en que inicien el vómito de los abarrotes, de los diamantes y de sus soledades apocalípticas. Hay una corriente contagiosa en el mundo contemporáneo de carácter ético, que dirige sus miradas al sitio que han llamado Tercer Mundo, no para sentir compasión sino para sentir generosidad.

Ahora están alborozados porque los hombres y mujeres que habitan en un mundo donde se conformó un sistema que, por su naturaleza, debió de haber sido el paraíso de la creación y de la abundancia, están deslumbrados por los camisones transparentes y por el parpadeo de las luces que miraban a lo lejos. Deben de sentir lástima por ellos igual que lá sentimos nosotros, porque esos seres alucinados por el artificio del consumo no tienen la menor idea de las villas miseria, ni de la carne humana que se vende en los escaparates de Hamburgo, ni de la crueldad del intercambio desigual y, mucho menos, de los niños moribundos asesinados por los ascárides y el abandono.

No sólo nuestros países, endeudados y ansiosos de consumir vitaminas y abrigos, luchan por una vida mejor, sino además los de las grandes tiendas; allí también existe la desigualdad, y se vive acosado por las deudas individuales y por el desempleo, las drogas, el SIDA, el aire envenenado y el aburrimiento.

Yo tengo fe en el hombre. Sé que los ciudadanos del socialismo lograrán descubrir la brutalidad del capitalismo, y que los países desarrollados del ámbito burgués serán seguidores de nuevos mesías que prediquen el amor, la igualdad y el buen gusto, así como los países pobres saldrán victoriosos en su lucha persistente contra el atraso y la dependencia.

En Nicaragua hemos emprendido, con los músculos tensos pero con los ojos abiertos, una nueva relación entre la cultura y el poder. Tenemos aún fresco el recuerdo del pasado. Durante el somocismo, imperaba el mal gusto y el filisteísmo. El artista era una basura, improductivo, vago, despreciable; algo así como un bufón y, en el mejor de los casos, un inofensivo esteta cuya capacidad de creación sólo servía para amenizar las orgías de los poderosos. Nicaragua, como se sabe, es un país de poetas y su palabra fue, y sigue siendo, fina y purificadora.

Poetas, pintores y cantautores contribuyeron en la exploración de los cambios sociales. Hoy es diferente; para empezar, no tienen limitaciones en su libertad de creación. Los artistas en nuestra Nicaragua son rebeldes y libres como los pájaros, tienen la conciencia del rojo vivo y aman las herejías y los misterios.

Gustan de las fiestas del cuerpo y del alma, de los mitos y las raíces. Son soñadores. Ahí nos convencimos de que el hombre que no es capaz de soñar es un pobre diablo, un eunuco y, por lo tanto, jamás puede ser un creador.

Hemos aprendido que la cultura nacional y la cultura popular no son excluyentes de la cultura universal. Arremeter contra la ideología de la explotación no significa renunciar al acervo cultural de la humanidad, sino apropiárselo y hacerlo complementario de nuestra identidad.

Hemos aprendido que el prolegómeno de una revolución artística es la revolución social, y aquellas revoluciones sociales que organizan los tribunales de la inquisición dejan de ser, al fin y al cabo, revoluciones. Era tan importante demoler el olvido de Goethe y de Kafka, como resucitar a Gogol y a Tolstoi.

El sistema penal en los noventa

ATRAPADO CON SALIDA


GAMMA

(Por Eugenio Raúl Zaffaroni) Con la carga esotérica de un raro milenarismo, parece imponerse en casi todos los órdenes la moda de una oscilación entre el pesimismo resignado y el optimismo gratuito, lo que llevado con cierta imprecisión al plano político general podría señalarse como la alternativa entre la izquierda "triste" (la "traurige Linke" alemana) y la derecha neoconservadora irresponsable (que de nuevo no tiene nada y su "neo" está más viejo que Reagan). El sistema penal, por cierto, no se sustrae a esa actitud pendular (y digo "actitud" porque parece más bien un estado de ánimo que una posición razonada y racional).

Sin embargo, la moda del "no hay nada que hacer" me parece asociada a quienes opinan saboreando una copa de scotch, sea en una reunión familiar-tipo de gente preocupada en las tasas y los dólares o en una tertulia con discreto encanto revolucionario en un departamento del Barrio Norte. Pero me inclino a pensar que la mayoría de los latinoamericanos no opinan lo mismo en ningún orden, quizá porque ya no les queda ni para vino barato o aguardiente mal destilado.

Creo que hay mucho por hacer, quizá demasiado, porque la tarea que debemos encarar es mucho mayor y más compleja de lo que se nos había hecho creer.

Los años 80 se despiden con lo que algunos llaman "pérdida de fe en la Justicia". No sé lo que quieren decir, pero no puedo evitar la sonrisa, porque me parece tan absurdo como afirmar que se ha perdido la fe en Manliba, en Aerolíneas o en ENTel, es decir, que se usa una expresión religiosa para referirse a una empresa humana que debe prestar un servicio.

En las dos últimas décadas se le pidió a un aparato represivo que preste un servicio que no puede prestar, y esto no sólo en la Argentina, sino en casi todo el mundo. Cada problema que los políticos no saben cómo resolver se lo tiraron al sistema penal: ecología, economía transnacional, armas nucleares, tóxico-dependencias, economía de la cocaína, patrimonio arqueológico, etc. Nos convertimos en una suerte de brujos de las modernas tribus, capaces de resolver todo y —lo que es peor— de hablar de todo, acerca de lo que generalmente no sabemos nada.

El resultado de esta política es cada día más claro: no hemos resuelto nada, lo hemos complicado todo, sencillamente porque el sistema penal no sirve para nada de eso ni está hecho para eso, sino que al fin se revela siempre como lo único que es, o sea, un aparato represivo y nada más. Por debajo del montón de palabras con que algunos "catedráticos" fabricados por programas de gran audiencia o por revistas que nadie compra, además de otros más serios que se "enganchan" en el discurso y se sienten pontífices, cada vez más infalibles a medida que les crece el narcisismo (y la paranoia), lo único que queda es algo tan absurdo como llamar a ENTel y pedir una radiografía de tórax, recibiendo a cambio el discurso de un empleado sobre las bondades de la empresa.

Por supuesto que algunos con esto se desencantan ("no se puede hacer nada") y otros que aman la represión se exaltan ("no se debe hacer nada"), y si "algo" se debe hacer, siempre es obtener mayor represión, y unos la piden porque les gusta, otros porque no se dan cuenta de que la represión caerá siempre sobre ellos. De cualquier modo, ambos coinciden en los resultados: agreden su hígado con scotch de contrabando o del "free-shop", sea porque —como el japonesito despistado— creen que la historia se paró o porque esperan que la historia los llame y en tanto se quedan en el molde (un "no hay nada que hacer hasta que todo cambie", sospechosamente cercano al "hay que cambiar todo para que quede igual").

Me parece que esta situación no se sostiene por mucho tiempo. Creo que se acerca un punto crítico: los años 80 mostraron que el sistema penal no sirve para resolver todos esos problemas (y ni siquiera el de los equipos musicales robados). Cada día es más claro que el sistema penal es una fábrica de ilusiones alimentada por los profetas del odio y la venganza, que se reproducen extrauterinamente en las cajas idiotizantes televisivas y que alimentan el clima para la progresiva reducción de nuestras libertades y garantías frente a los crecientes abusos de autoridad y para que se cierna sobre nuestra sociedad el peligro del chantaje como un posible rubro industrial promisor en un aparato productivo raquítico y en regresión.

Los 80 han puesto en claro que en el sistema penal vendemos ilusiones de papel. Pensemos, por ejemplo, en el escándalo descomunal si alguien propusiese modificar el código en materia de aborto, sea desincriminando o aumentando la penalización. Todos tendrían que opinar, se invocarían principios "eternos", "inmutables" y otras cosas parecidas. Y todas serían absurdas, ridículamente trágicas, porque parece que en América latina, por cada cinco nacimientos hay un aborto y, sin embargo, frente a la realidad nadie hace nada, aunque se trate de un fenómeno en escala genocida. Vale decir: se armaría la discusión frente a los fetos de papel, pero nadie hace nada frente a la lesión concreta y masiva a la vida. Somos muchos los que ya no entramos en las discusiones de papel, porque nos damos cuenta de que el tiempo es bueno usarlo en averiguar cómo se pueden salvar vidas.

Creo que en los 90 la crisis de este aparato es inevitable, porque las contradicciones no pueden ya ocultarse con los denodados esfuerzos de los profetas del odio que, desde sus cajas idiotizantes, se sumergen y embadurnan en los pozos ciegos de los más profundos y primitivos sentimientos de venganza. Los 90 nos obligarán a buscar soluciones para los problemas, porque la caja de ilusiones se está trabando. Compramos la vieja máquina de fabricar billetes y ahora se terminaron los que había adentro, ya sólo salen papeles.

Es claro que uno se siente mal y no se resigna cuando lo estafan. Primero trata de rechazar la verdad y, cuando ya es evidente, trata de que no se sepa que lo engañaron, para no hacer el papel de tonto ante todo el mundo. La "depre" resignada y el optimismo irresponsable no son más que dos diferentes momentos de la victimización en la gran estafa que ha sido la ilusión de omnipotencia de las "soluciones" penales de las dos últimas décadas. Los que ya hace tiempo pasamos por eso creemos que en los años 90 son muchos los que van a tener que largar el scotch y hacer algo de lo mucho que hay por hacer.

LOS LADRONES DE GALLINAS

(Por Mariano Ciafardini) Si algo caracterizó a la década del 80 en sus comienzos fue la expectativa de justicia y si algo la terminó de caracterizar en sus finales fue la frustración.

Se iba a condenar a todos los autores de uno de los peores genocidios —si es que hay grados de genocidio— latinoamericanos —por su extensión y por su forma— y no se condenó a nadie (basta comparar las "condiciones de detención" de los pocos "penados" por estos delitos con lo que es una condena de prisión efectiva para cualquier ciudadano en la Argentina).

Se iba a combatir la delincuencia económica y la corrupción y a seis años se la va a empezar a combatir ahora (y así sucesivamente).

Se avecina una nueva década y en ningún lugar está escrito que el simple cambio de dígitos involucre de por sí un cambio en los rumbos de la historia.

La frustración amenaza con pronunciarse hasta los niveles del nihilismo y la realidad parece empeñada en destrozar todos y cada uno de los estertores de aquella simple idea de justicia que, a algunos, nos pareció en otros tiempos al alcance de la mano.

La verdad es que las cosas han cambiado mucho. Mucho más de lo que estaba perfectamente previsto que debían cambiar. Pero cambiaron además en diferente sentido.

Si en la década del 70 la sociedad argentina —el pueblo— pagó un alto precio, se suponía que en la del 80 debía recoger sus frutos. Sin embargo, ¿tenía esto necesariamente que ser así? Que los justos no podían pagar por los pecadores, ¿por qué no? Que los grandes sacrificios iban a llevar a los grandes logros, ¿por qué sí?

Estamos a las puertas de la década del 90, la última del siglo y —en términos de justicia— los que tendrían que haber pagado, no pagaron y se repite hasta el cansancio que el castigo no debe ser sólo para los "ladrones de gallinas" y el castigo sigue siendo "sólo" para algunos "ladrones de gallinas".

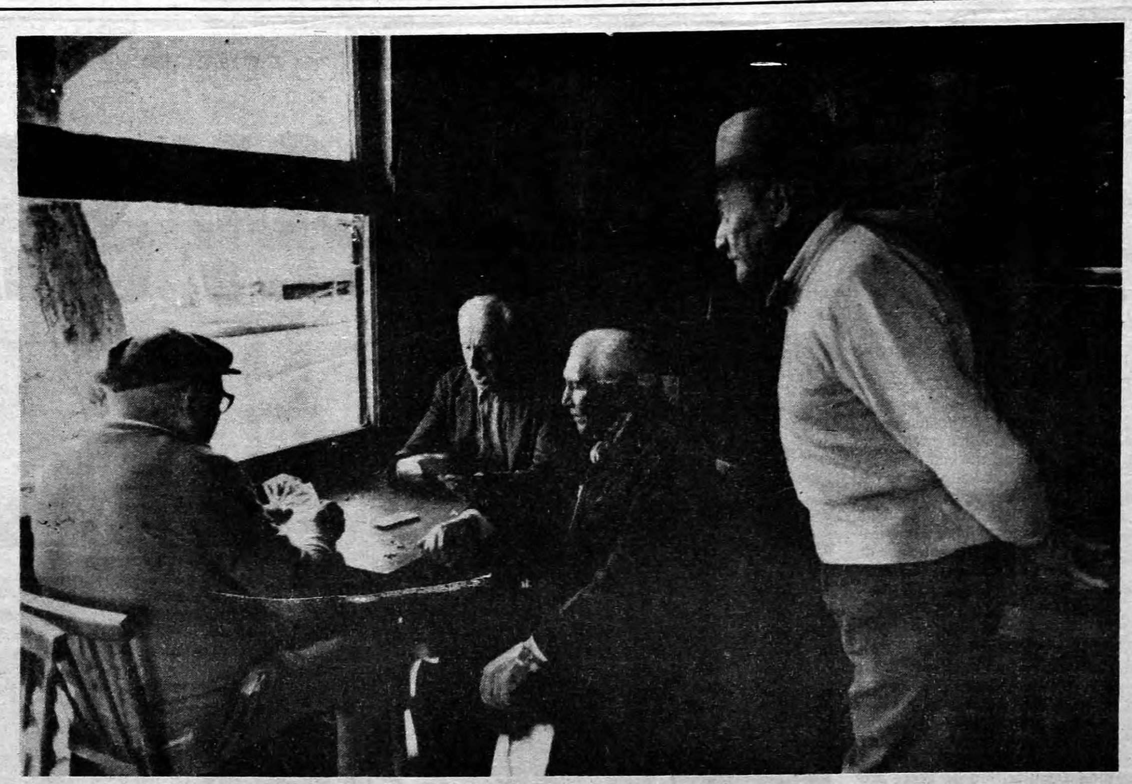
¿De qué está tan enferma nuestra sociedad que no puede terminar de verse sinceramente a sí misma y descubrirse profundamente injusta?

¿Por qué para empezar a balbucear las palabras "derechos humanos" hubo que asistir a la aberrante violación concentrada en tales derechos humanos? O es que antes de los 70 o de los 60 no se violaban los derechos humanos a punto tal que un aparato represivo legal entrenado con los presos "comunes" pudo ser perfectamente utilizado con mínimas adaptaciones para los secuestrados políticos. ¿Y acaso no ha habido siempre verdaderos genocidios cuando con parte de las ganancias de grupos económicos especuladores se salvaría la vida de miles de personas y sin embargo se ha continuado hasta ahora dejándolas morir?

El perdón de los aberrantes delitos cometidos por la dictadura es condenable pero no es ilógico. Al contrario, encaja coherentemente en la tradición de injusticia de nuestro país que se remonta mucho más allá del genocidio político. En la tradición de injusticia que tolera la muerte fácil, la tortura sutil, el desprecio extenso y profundo, la segregación permanente y el dolor de miles de personas todos los días.

Es grave que se persiga "sólo" a algunos "ladrones de gallinas" y que se perdone el delito de los poderosos, pero más grave es que el poder siga cometiendo los mismos delitos de antes del genocidio y que siga entrenándose en la reproducción de la injusticia que lo embriagó en los 70.

La lucha por la justicia, por el derecho, por los derechos humanos no empieza ni termina en el justo repudio al perdón de los poderosos; consiste fundamentalmente en las batallas que todos debemos librar contra toda injusticia, todos los días y desde todos los lugares. Sólo así se podrá evitar otra monstruosa década del 70 y otra impune década del 80. Pero además, sólo así puede ser que salgamos de este casi un siglo de injusticia en la Argentina. Este debe ser el objetivo y el rumbo de los 90 hacia el 2000.



Biología y corporativismo

LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVOS

(Por Manuel Vázquez Montalbán) Tal vez sea cierto que las clases sociales ni se crean ni se destruyen, solamente se transforman, al menos desde aquel momento del siglo XIX en que fueron censadas y codificadas. Tanto el sistema socialista como el capitalista han propiciado unas condiciones de desorientación sobre la conciencia de clase, derivadas de los factores de desidentificación de las clases convencionales, pero también de la aparición de nuevas categorías de identificación social aparentemente interclasistas: mujeres, niños, jóvenes, viejos, parecen tener sendos problemas comunes, aunque a poco que se agudice la mirada sobre este conjunto de bioestamentos frágiles, lo son más o menos según su poder adquisitivo. La condición femenina tiene compañeras de viaje hacia el año 2000, la condición juvenil y la condición de la vejez, enunciados no sólo culturales, enunciados que pueden ser cuantificados y que integran a la propia condición femenina y la masculina.

Incluso podría establecerse una suma de connotaciones del estado de máxima gravedad social actual: ser joven, mujer, pobre, ¿es igual o peor que ser joven, hombre, pobre?; ser viejo, mujer, pobre, ¿es igual o peor que ser viejo, hombre, pobre? Aunque pueda resultar desagradable la miseria comparativa, sin duda de ella puede nacer la miseria comparada, como especialidad universitaria que tendrá sus *cum latides* y sus tesis doctorales, especialmente en el capítulo más deprimido y morboso: ser vieja y pobre.

Las sociedades de capitalismo avanzado están creando un saber y una conciencia social acerca de una juventud inutilizada y de una vejez inútil, como segmentos biológicos parásitos a cargo del presupuesto general del Estado o del presupuesto privado familiar. A medida que crece la automatización y el multinacionalismo en la organización de la producción, se comprueba que sobran viejos y jóvenes y que sólo el segmento biosocial situado entre los 30 y los 45 o 50 años reúne los requisitos apropiados para la plena integración en el sistema productivo. Es la edad de la experiencia unida a la madurez física, estimulada por los biorritmos culturales de la competitividad y el consumo, biorritmos que se han desatado en el universo, arrasando la débil oposición de una cultura solidaria residual de los naufragios de todos los humanistas. El gran problema radica en dónde y cómo almacenar a jóvenes y viejos, a los primeros hasta una madurez selectiva y a los segundos hasta que la muerte nos separe. En cuanto a los jóvenes, dentro del almacén se les transmite una *formación* y se les entrega a un proceso selectivo en el que incluso está calculada la desesperación como elemento y la autodestrucción como su consecuencia. De hecho se trata de sobrevivir en el limbo, mientras los maduros sobreviven en el cielo y los viejos en el infierno. La juventud se concibe como un ejército de reserva biosocial, es decir, que debe esperar su oportunidad de emancipación en tanto y en cuanto deje de ser juventud. Toda regla tiene su excepción y de vez en cuando los medios de comunicación utilizan el ejemplo del *joven triunfador* más como prueba de la culpabilidad del que no ha triunfado que de la posibilidad general de triunfo. Del mismo modo pesa el modelo de viejo *superman*, atleta de la banca o de la sexualidad, de la política o de la travesía de ríos y lagos, que hunde en la más absoluta postración a la inmensa mayoría de viejos nada dotados para ninguna clase de atletismos.

Lo que cuenta en el territorio cultural al que pertenecemos es el doble juego entre la aceptación del papel y la sospecha de que puede ser otro, pero que esa posibilidad no depende de los otros o del sistema, sino de los propios cromosomas del éxito o del fracaso. Y si esta regla se inculca en el joven *que tiene toda la vida por delante*, ¿cómo no iba a inculcarse en el viejo? ¿Acaso no es la vejez la evidencia misma del fracaso y de la estafa existencial? En el pasado se confió en distintos dioses motores de esperanzas individuales y colectivas, capaces de establecer un orden justo que legitimara toda existencia humana en condiciones de dignidad. Por la vía reformista la tendencia espiritualista trató de reglamentar la esperanza mediante el sistema redistributivo de la caridad y la compasión como valores protectores de los frágiles. Dentro de la misma vía reformista, pero esta vez materialista, el estado asistencial en sus diferentes variantes redistributivas creó la falsa idea de un crecimiento asistencial continuo. En las vías totalizadoras, la tendencia espiritualista aplazaba hasta el juicio universal el final feliz de la vía contencioso-administrativa, y la tendencia materialista fijaba el horizonte revolucionario como el principio del fin de todas las desigualdades, de todas las fragilidades. Casi todos estos dioses, como en el poema de Hölderlin, se han marchado. La caridad y la compasión no son valores ni de uso ni de cambio, el Estado arroja la toalla asistencial, la revolución parece aplazada *sine die* y allí donde se dio enseña un muestrario completo de mujeres no emancipadas, jóvenes aparcados y viejos mal asistidos.

Es posible que en las condiciones de desintegración y disgregación de las conciencias sólo unificadas por la evidencia del fracaso, el éxito de la operación se deba precisamente a que jóvenes y viejos asuman la fatalidad de sus situaciones y traten de acomodarse de uno en uno en el lugar bajo el sol que puedan ganar a los demás, por pequeño que sea, por nublado que esté el día. El mercado condiciona su horizonte, sea el de trabajo, sea el de consumo. Su razón de ser responde a su capacidad de trabajar y consumir, capacidades que resitúan la moderna desigualdad y la moderna alienación. La incógnita radica en saber hasta qué punto el sistema es capaz de mantener su orden o su desorden mediante el uso del almacenaje de viejos y jóvenes y en qué condiciones de almacenamiento. De momento, el sistema se muestra incapaz de crear un proyecto social de participación por encima de los condicionamientos del mercado y del llamado *trabajo productivo*. Para dar pleno empleo a los jóvenes y sentido de participación a los viejos como garantía de que serán asistidos, y además sonrientemente, sería necesario integrar un proyecto de emancipación en un proyecto de acumulación de beneficios y de momento nadie ha inventado la fórmula que haga posible tamaño final feliz. ¿Cuántos jóvenes inutilizados y cuántos viejos inútiles podrá acumular el sistema sin que estallen rebeldías biocorporativas no controlables? Así como los jóvenes pueden ejercer la violencia a la desesperada, a los viejos se les han quitado las paredes de una organización asistencial familiar y lo más que se les ofrece son terminales públicas o privadas donde no siempre les limpian los orines a tiempo, o les mezclan con locos y a veces incluso se olvidan de sus cadáveres, se olvidan de su muerte.

Ignoro si los modernos sistemas de control son suficientes para impedir que estallen nuevas rebeldías espontáneas ante nuevos desórdenes y que esas rebeldías puedan dar paso a guerras biocorporativas en las que tres bandos luchen entre sí bajo un nuevo criterio de hegemonía. Desde el centrismo profundo de la humanidad madura se está configurando el definitivo clisé de una juventud amenazadora, sea con la jeringuilla en la mano, sea al volante de un coche, y de una vejez asfixiante, en situación de comerse buena parte de la capacidad de crecimiento, porque está comprobado que la capacidad de crecimiento es tan etérea que hasta puede comerse con la boca desdentada. Además, la sanidad ha aumentado la esperanza de vida y con ella la desesperanza de exterminio de viejos, a no ser que se recurra a vastos planes de eugenesia que vayan más allá de clínicas sórdidas y autocares despeñables. Es peligroso crear esta doble sospecha porque puede vertebrar una capacidad de respuesta corporativa así entre los jóvenes como en los viejos y, antes que dejarse exterminar, traten de organizarse para la resistencia, primero dentro de las reglas del juego democrático, pero como no parece este marco especialmente diseñado para solucionar amenazas de exterminios bioprogramados, es posible imaginar un momento de guerras biológicas abiertas en las que jóvenes, maduros y viejos luchen entre sí, con armamento convencional y con acentos de crueldad que nos obligarían a remontarnos a la memoria de las luchas más primitivas menos reglamentadas.

A este temor me lleva la evidencia de que el decreto de desaparición de la lucha de clases, uniformadas éstas por la política de rebajas de El Corte Inglés, no ha hecho más que abrir la historia a nuevas posibilidades de aprehender el desorden, porque así como parece posible decretar el final de la lucha de clases, no lo parece en cambio decretar el final del desorden. Ahí está: en los ríos podridos, en el ozono agujereado, en el kilovatio atómico, en el paro tec*nico* y *estadístico*, en el establecimiento de una cultura de la insolidaridad y de la supervivencia caiga quien caiga. Aunque es cierto que Dios aprieta pero no ahoga y en tiempos tan catastróficos para el espíritu ha vuelto a poner en marcha una flota completa de arcángeles y de vírgenes, asistidos por una legión de *masters* de las más variadas ciencias que traducen el nuevo discurso mesiánico de lo divino a lo humano. Mientras se decanten los prodigios del ya siglo XXI más que XX y conservemos la coquetería suprema de la indignación moral, reunamos los cadáveres de la juventud perdida y de la vejez olvidada en el memorial de una necesaria enmienda a la totalidad del sistema.

Menos mal que va a venir un giro social. Y el rey Arturo. Y Mambrú. Y los marcianos.



Cambios de dirección

BRUJULA SE NECESITA

LOS 90

(Por Martín Openhayn, desde Santiago de Chile) Está claro lo que a última hora se despeñó por el desfiladero de los ochenta: ni más ni menos que la gran muralla china de Berlín. (Nosotros, que solíamos pensar que las epopeyas de masas discurrirían en el Sur y serían contempladas desde el Norte con ojos ávidos y alucinados; nosotros que apuntábamos con jactancia que en el Norte ya está todo "consumido y consumado", y que confiábamos en que el lugar de los acontecimientos inéditos era este, el del subdesarrollo, y que el Gran Movimiento iba desde la derecha hacia la izquierda, desde las democracias burguesas a las democracias auténticas, desde el capitalismo colonialista hacia el socialismo autónomo). Henos aquí, en los últimos estertores de la década, pegados a la pantalla de la tele con una emoción infantil que no sentíamos desde las manifestaciones prohistóricas de Plaza de Mayo o la Moneda, euforizados por el derrumbe del Muro de Berlín, por los primaverazos que acabaron de la noche a la mañana con las invernales burocracias de húngaros, checos y polacos; y por el otoño lapidario de Ceausescu... "antes, un rebelde frente al Kremlin, y hoy, un Duvalier o un Marcos en la memoria del socialismo real.

¡Cuántos darían, desde estas latitudes remotas, un año de sus vidas por estar allá, brindar a champañazo limpio sobre el Muro en deshielo, desafiar las tanquetas de Bucarest con cánticos de libertad, ovacionar el retorno de Dubcek bajo la lluvia de una plaza de Praga! ¡Cuántos soltamos la emoción, a tanta distancia y en países de tan dudoso futuro como los nuestros, ante este súbito espectáculo de emancipación de masas que creíamos pasado de moda, este colorido callejero como de estadio de fútbol, estas consignas que regresan con su perdida seducción! ¿Cómo no entusiasmarse ante una historia que se acelera con la velocidad que alguna vez fantaseamos para nuestras propias historias, a tal punto que los tiranos que reprimen por la mañana son procesados o ejecutados al caer la noche?

Uno se entusiasma y dice sí, que en el umbral de la última década del milenio hay que renunciar de una vez al rígido respeto por el socialismo, hay que celebrar la caída de las dictaduras de derecha por estos lados, y de las dictaduras de izquierda por esos otros lados. Aquí y allá, bienvenida la democracia, la diversidad, el pluralismo en las plazas y en las vísceras, la inconmensurable creatividad de los pueblos dispuestos a inventar su nuevo futuro.

¿Inventar dije? Calma, radical, vamos por partes:

Escena 1: un día antes de las elecciones presidenciales del pasado 14 de diciembre en Chile, un ex militante comunista me decía: "Para el retorno a la democracia tenemos que elegir un presidente mañana, y las opciones son entre un ex ministro de Pinochet, un hombre que amasó una de las mayores fortunas del país bajo el modelo monetarista de la dictadura, y uno de los primeros políticos que apoyó públicamente el golpe de Estado del 11 de setiembre de 1973. Y los más eufóricos somos nosotros, los de la oposición".

Escena 2: dos días más tarde, celebrando la victoria de Aylwin en un almuerzo de boliche céntrico de Santiago, un joven periodista alemán "de izquierda heterodoxa, por supuesto" respondió del siguiente modo ante el asedio de los neófitos: "Sí, yo estuve en Berlín la noche que cayó el Muro. Un verdadero espectáculo para la televisión. Unos pocos cuarentones e intelectuales se abrazaban y brindaban, mientras las hordas de jóvenes del Este cruzaban al Oeste en busca de supermercados y últimos modelos electrónicos".

Ante el umbral de los '90, para qué preguntar dónde quedaron los mitos revolucionarios, las célebres banderas movilizadoras de las últimas décadas. No voy a ser tan moralista como para insistir en que nos quedamos sin la revolución: sin sus promesas redentoras, sin esa utopía en que esperábamos cuadrar nuestro modesto modo de vida con nuestro soberbio proyecto de mundo. Todo eso se sabe.

Pero ahora que se destapan los '90 junto a esa botella de champaña que tanto vos como yo descorcharemos esta media noche, queda la duda: si los ochenta acabaron con las dictaduras de derecha en el Sur y de izquierda en el Norte; si la democracia es, como dicen los nuevos politólogos, un orden colectivo dispuesto a la invención colectiva; y si, al mismo tiempo, a nuestras comarcas del Sur sólo se les concede la posibilidad de inventar con un mínimo de recursos, un máximo de inmovilidad, y una prudencia al cuadrado, ¿qué vamos a inventar entre el '90 y el 2000?

A eso, que respondan los de 20 a 30. Los demás nos hemos gastado en la vanidad de los diagnósticos elegantes, las propuestas inocuas y las evasivas sutiles.



Los jóvenes del noventa

BLANCAS PALOMITAS

(Por Martirio González) —¿Sus utopías, joven?

—¿Perdón?

—Le preguntaba por sus utopías.

—¿Pero por quién me toma usted?

Los imberbes, que llevan hoy su condición con modestia, serán llamados jóvenes la década por venir. Los implumes, que llevan hoy su condición relajadamente, rondarán los treinta, habrán abandonado tal vez —por fin— la casa de sus padres, habrán empezado a acostumbrarse a una obsesión. Los incompletos, que llevan hoy su condición con languidez, se dedicarán, se dirigirán a algo en especial. Los inertes, que llevan hoy su condición descafeinadamente, habrán empezado a prepararse para el asalto, para la sucesión a la que ni siquiera fingieron resistirse. Estarán viviendo el futuro que jamás pudieron imaginar.

—El sueño terminó, joven.

—Es cierto, estamos más despiertos que nunca.

—Creo que no me entiende.

—Claro que no.

Habrán comprobado si valía la pena estar solos para no correr el riesgo de ser abandonados, si valía la pena agotar los recuerdos poniéndolos de moda a razón de uno por semana, si valía la pena ameritar un tabique de platino, o intentarlo al menos. Habrán comprobado cuánto duraba la inocencia vigilando todos los días su imagen en el espejo. Habrán comprobado si ser lo que se debía ser resultaba realmente menos costoso que no ser nada. Habrán comprobado si el cambio constante formaba callo. Habrán comprobado si llegar tarde a la fiesta conllevaba indeseables efectos colaterales o no. Habrán elegido entre ganar y perder y perder y perder.

—Los norteamericanos invadieron Panamá, joven. Miles de muertos.

—No conozco a nadie en Panamá.

—¿Perdón?

—Que no conozco a nadie en Panamá.

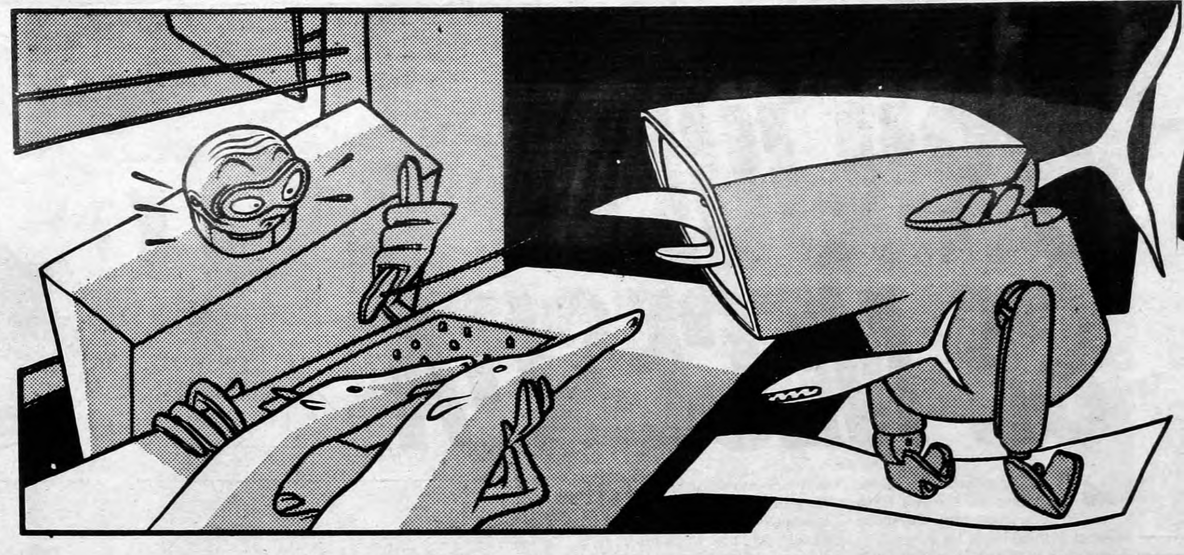
Habrán aprendido a evaluar hasta dónde se puede ser sincero, hasta dónde se puede ser confiado —esto supondrán que mejor lo saben los que no hayan muerto de SIDA antes de que llegue la conjura de la enfermedad— hasta dónde se puede ser cruel o cínico o indiferente o tierno sin que las lesiones internas se manifiesten irreparables. Habrán descubierto si se trataba del embeleso autodestructivo, si eran las jornadas previas al colapso, si vivían *El huevo de la serpiente* o no.

Algunos habrán muerto.

Otros no se habrán adecuado, no habrán podido arreglárselas con el nuevo idioma de los movimientos, ellos, que aprendieron a callarse en casa.

Otros jóvenes de los '90 tendrán que explicarles a los hijitos que probablemente traerán:

—Rorro mío, existió una vez una cosa llamada Muro de Berlín.



Ciencia

E PUR SI MUOVE

(Por Gregorio Klimovsky)

¿Qué ocurrirá con la ciencia en la década de los noventa? La pregunta no es trivial ni ociosa. Es sabido que existe cierta correlación entre el progreso científico y el desarrollo económico. Si por cualquier razón la investigación decayera y los descubrimientos científicos mermaran, podríamos perjudicarnos desde un punto de vista político y sociológico.

El Dr. Amílcar Herrera, notable especialista argentino, que desde Brasil dirige un programa continental acerca de las posibilidades de industrialización de América latina, manifestó una opinión pesimista en relación con este problema. Según él, las grandes revoluciones teóricas —como las que en su momento fueron la teoría de la relatividad o la genética— habían de hecho dejado de producirse desde 1950. La actividad científica no había decrecido, pero se transformó desde entonces más bien en un acopio de detalles y minucias, o en la solución de problemas técnicos. Y como estos últimos implican en general intereses de empresas privadas (cuyo objetivo es incrementar las ventas) o de organizaciones bélicas (que se proponen destruir), el resultado no apunta precisamente en dirección al mayor beneficio de la humanidad o al mejor saber y conocimiento filosófico.

Sin duda, algo de razón hay en estas tesis. No obstante, no compartimos globalmente esta opinión. Por el contrario, pensamos que en los últimos años las disciplinas científicas han modificado radicalmente nuestra información acerca del mundo, nuestras concepciones filosóficas, y también las perspectivas tecnológicas de la sociedad actual. De modo que creemos que no hay motivo alguno para pensar que este proceso no continúe en la última década de este siglo.

No es fácil hacer un pronóstico acerca de lo que sucederá en el campo de la ciencia y de la tecnología. Como observó sagazmente el epistemólogo Karl Popper, una de las dificultades de la predicción en materia de desarrollo social y político estriba precisamente en que no es posible saber cuándo advendrá el genio que hará el descubrimiento científico inesperado cuyas consecuencias técnicas alterarán la civilización. De modo que la futurología en general, y en particular en el terreno científico, no sólo no puede ser ciencia exacta sino que tampoco es confiable como aproximación. Para convencerse, basta examinar el fracaso de tantas utopías, anticipaciones de ciencia-ficción o de programas de estudio.

Pero algo puede hacerse, de carácter inductivo, que es tomar en cuenta las actuales líneas exitosas de investigación y presumir que van a desembocar en grandes descubrimientos o en la producción de teorías valiosas. Es verdad que hacer esto, más que una prospectiva puede entenderse como un balance. Aun así, obtendríamos de este modo una visión esclarecedora de la importancia de las tendencias preponderantes en la actividad científica contemporánea. Nos limitaremos a algunos puntos, ya que un inventario total podría llevar centenares de páginas.

En cuanto a nuestro conocimiento del universo, su estructura, desarrollo y orígenes —objeto del estudio de la astronomía y de la cosmología— seguiremos obteniendo descubrimientos asombrosos. Si hemos logrado llegar con toda precisión a las cercanías del núcleo del cometa Halley para poder fotografiarlo, no hay que dudar de que el proyecto de llegar a Marte en los próximos años mediante una nave espacial tripulada se llevará a cabo. Seguiremos profundizando nuestro conocimiento del sistema solar, prosiguiendo nuestro estudio "íntimo" de los planetas lejanos. Seguramente llegaremos a conocer más, con auxilio de nuevos telescopios e instrumentos sofisticados, la parte más alejada del universo, y de esa manera obtener una información precisa acerca de sus orígenes. Se sabrá mejor cuál es la naturaleza de esas misteriosas entidades que son los "pulsares", y podrá establecerse si existen o no esos temibles objetos que son los "agujeros negros" y, especialmente, si anda por ahí alguno que nos amenace. Además, la NASA está financiando un programa para detectar señales de vida inteligente extraterrestre mediante una inspección sistemática por radio telescopios de todo el firmamento. Algo asombroso, sin duda, se hallará.

Los físicos obtendrán, de seguro, nueva información sobre las partículas elementales que forman la materia y la energía. Más aún, se podrá establecer de modo definitivo si existen o no las maravillosas "supercuerdas", que constituirían un nivel de organización todavía menor a las de las partículas. Se avanzará en los intentos de unificación de todas las formas de la energía —incluso la más rebelde, la gravitatoria—. Algún afortunado descubrirá el "gravitón", ¡ojalá que sea argentino!, y obtendrá el premio Nobel. Se sabrá en definitiva cuál es la verdadera naturaleza y origen de los rayos cósmicos.

La biología proseguirá su exitoso y revolucionario estudio de los genes, las partículas químicas que gobiernan la herencia. En particular, la ingeniería genética permitirá de modo sistemático la producción de especies nuevas de plantas y animales, con las consiguientes aplicaciones a la agricultura, la ganadería y la medicina. En cuanto a esta última, pensamos que se conseguirá vencer al SIDA y al cáncer. La ciencia de la inmunología proseguirá sus éxitos y muchas otras enfermedades por ello desaparecerán.

La informática continuará extrayendo sorpresas de su caja de maravillas. La inteligencia artificial proseguirá su avance, de modo que las computadoras resolverán problemas científicos. Las posibilidades del propio cerebro humano se expandirán, ya que se hará posible conectar en un único circuito una computadora con un cerebro, y aun distintos cerebros entre sí. Hasta se habla de curiosos transplantes en que trozos de cerebro (¿o de dispositivos electrónicos?) se injertarían en otro cerebro, proporcionándole inteligencia. Cuando ello ocurra, habrá que importar los injertos por toneladas, para proporcionarlos con urgencia a un sinnúmero de funcionarios y políticos argentinos.

Seguramente se descubrirán nuevas fuentes, seguras y sanas, de energía. Las que existen actualmente son escasas, contaminadoras y peligrosas (nos referimos a las de más uso, como los combustibles fósiles —petróleo y carbón—, o las temibles usinas atómicas).

Se conocerá a la perfección la superficie de la Tierra, y se predecirán exactamente los mismos. Nuevos instrumentos para la prospección del universo, del cuerpo humano y de los átomos, combinación de computadoras con telescopios o microscopios o análogos ingenios, permitirán descubrir cosas increíbles.

Lo que no es seguro es que avancemos de manera útil en materia de modelos económicos o de teorías socio-políticas. Probablemente, en este sentido, seguiremos tan torpes y chapuceros como en las décadas anteriores. Hay un problema interesante: cómo harán los movimientos socialistas para hacer compatible su ideario social progresista con el fracaso de las hipótesis económicas que ortodoxamente sustentaron hasta la crucial crisis de la Europa Oriental de este año.

Y esto que ahora agregamos no es ya futurología, sino más bien una imploración. Nos parece imposible que los científicos prosigan líricamente sus investigaciones, en tanto en el mundo existan problemas que amenazan la existencia de la humanidad o son una vergüenza desde el punto de vista ético. Un investigador tiene que preguntarse constantemente cuál es la medida en que su actividad beneficia o perjudica a sus semejantes. Y debe inquirir también qué puede hacer para encontrar soluciones a los problemas nacionales o sociales. Somos partidarios de la libertad de investigación y del conocimiento teórico. Pero cuando nos rodea la pobreza, el hambre, la falta de vivienda y educación, el tráfico de órganos, la droga, la contaminación y los sistemas sociales injustos, corruptos o irracionales, parece que no es posible mirar sólo de reojo. Hay que hacer algo. En particular, tratar de ver si es posible también aquí aplicar con éxito el método científico.

Inteligente, pero artificial

Diseñar la máquina que simule o reemplace la inteligencia humana es un viejo anhelo, hasta ahora irrealizado, en la historia del hombre. Ha sido desde la segunda mitad de este siglo, cuando se inicia la investigación de la inteligencia artificial que culmina con la invención de las computadoras, cuando el sueño pareció convertirse en realidad. Contrariamente a lo que podría suponerse, las máquinas han logrado reproducir desde entonces complejas elaboraciones abstractas —como la aplicación de teoremas matemáticos o la resolución de intrincadas partidas de ajedrez—, pero no les ha resultado fácil reproducir otras tareas, mucho más simples, que tienen que ver con la aplicación del sentido común, esa inmensa sociedad de ideas prácticas laboriosamente aprendidas a lo largo de la vida.

¿Cómo puede surgir la inteligencia de algo no inteligente? La respuesta necesita de un nuevo interrogante. ¿Cómo es posible que el cerebro, un cuerpo aparentemente sólido, albergue algo tan incorpóreo como el pensamiento? Así como la interacción de las sustancias químicas celulares permitió dilucidar en su momento el enigma del fenómeno viviente, Marvin Minsky ha elaborado una teoría audaz: construir una mente a partir de pequeñísimas partes. El argumento parte de que cada mente está constituida por múltiples procesos más pequeños, a los que denomina *agentes* y que en su conjunto conforman una *sociedad de la mente*. Propone entonces recorrer el camino inverso: construir un pensamiento artificial a partir de pequeñísimas partes.

La cuestión no pasa entonces por producir computadoras más grandes, más rápidas, o que almacenen fabulosas cantidades de datos, sino por una mayor comprensión del funcionamiento de la mente, la inteligencia y su complicadísimo sustrato: el cerebro. Habrá entonces que descubrir las formas de dotar a las máquinas de ese sentido común, tan elemental y evidente como sumergido en el pasado, que se hace harto difícil determinar en qué consiste.

Otra clave consiste en estudiar el proceso de aprendizaje. Cuando se descubran sus principios generales, las computadoras inteligentes podrán aprender como lo ha hecho el hombre desde niño: realizando experimentos, lecturas, conversaciones, en definitiva, todo aquello que las personas hacen para evolucionar intelectualmente.

Hablemos en serio

EL AÑO DEL CABALLO

LOS 90

(Por Ludovica Squirru) El primer año de esta última década del siglo corresponde a uno de los signos más egoistas del horóscopo chino, el caballo. Es un animal que se hace notar, que tiene la atracción de un imán. Es muy independiente y da la sensación de una permanente inquietud, de una constante expectativa ante cualquier circunstancia que le permita salir a galopar. Todo indica que tenemos que preparar la montura y estar listos para salir hacia lo incierto.

Se suma, además, otra característica a las propias del animal: 1990 es un caballo de metal, elemento de gran importancia en el horóscopo chino. La gente de metal es muy firme, totalmente avasalladora, apasionada por todo aquello que emprende. El caballo de metal es cambiante y brusco, capaz de sacrificarse por un amor o un ideal. Es absolutamente temerario. El presidente Carlos Menem es un caballo de metal. Semejante coincidencia nos hace pensar en lo que va a ocurrir durante el año.

Es aconsejable que la gente esté con un gran espíritu de adaptación, porque ocurrirán cosas imprevisibles. Para aceptar los cambios bruscos hay que prepararse internamente. No hay que estar desprevenidos porque atravesamos un tiempo de transición que se está gestando desde hace cien años. Vamos hacia otra era. No hay tiempo de metabolizar los hechos que se suceden, porque todo se está precipitando.

En el año del caballo hay que definirse. Será un año de expansión en el que se presentarán propuestas y encuentros rarísimos, nacionales e internacionales, y de sectores muy diferentes. La integración que se está planteando en Europa en estos momentos ocurrirá también en América latina. Hay que estar predispuesto a integrarse; la persona que no lo entienda lo pasará realmente mal. La década empieza mutándolo todo porque cambiamos de siglo.

Pero la combinación del caballo con el elemento metal producirá también cosas buenísimas. Se producirán alianzas entre personas que nunca antes pudieron generar un proyecto común. Surgirán fecundos gérmenes de nuevas ideas. Como la década se caracterizará por el renacimiento espiritual en los seres humanos, habrá encuentros de gran significación anímica.

Una gran falta de fe y una profunda crisis serán el resultado de la falta de respuestas que han evidenciado las fórmulas políticas. Por eso la gente buscará un camino interior: para encontrar una salida que tenga más en cuenta al prójimo. La realidad nos indica que no podemos creer en un hombre o en un gabinete; entonces, vamos a tener que inventar nuevas maneras de vivir. La crisis económica llegará a un pico absoluto, y en algunos lugares se volverá al intercambio y al trueque.

Lo más importante será la toma de conciencia del hombre. Ya hay en el mundo mucha gente que está trabajando para despertar la energía en los otros, para pasar de lo material a lo espiritual. La verdadera revolución es ir hacia nuestro interior, y esto está ocurriendo en el planeta.

Si vivimos una época apocalíptica y el mundo está en crisis es porque existe una transición fuerte de valores y una gran necesidad de expresión. Los recientes hechos en Rumania y el derrumbe del Muro de Berlín nos demuestran que la gente está cansada de tanta contención.

Durante esta década todos pondrán los ojos en América del Sur, por una cuestión de supervivencia. Y debemos estar preparados. Pero, ojo, porque puede surgir cierta inconstancia. Por eso cada uno tiene que acelerar su motorcito. Al respecto, digo en un poema: "No es época de hacerse el distraido/ ni esperar todo servido./ Encendé la bombita interior/ y salí a la vida sin temor".

Argentina a las patadas

(Por L.S.) Los países pertenecen, según el año de su independencia, a un signo del horóscopo chino. Argentina, del 9 de julio de 1816, es rata de fuego.

Hay que conocer las características de la rata de fuego para comprender a nuestro ciclotímico, impredecible, oportunista, sentimental, impulsivo, original, caótico y apasionado país. Las ratas son escondedoras: parece que les pasa una cosa, y en realidad les pasa otra. Se escapan siempre; es difícil cazarlas y exterminarlas. Son irresistibles y astutas, y conocen como nadie los puntos vulnerables de los demás.

El año 1990 corresponde al caballo de metal, que es el opuesto complementario de la rata. Según la tradición china, los dos signos más explosivos del horóscopo son la rata y el caballo. Mantienen una relación irracional y primitiva, tratan de imponerse entre sí, les cuesta aceptar al otro en sus diferencias.

Argentina es rata de fuego y 1990 es caballo de metal. Como el fuego domina al metal y lo derrite, éste será un año irracional, impulsivo, violento, desordenado y caótico. No habrá paciencia para ponerse de acuerdo ni negociar. La violencia estallará en todos los órdenes y se vivirá un clima de agitación permanente.

Saldrán a la luz secretos de Estado, juicios, movimientos políticos y sociales largamente incubados. Se terminarán abruptamente relaciones comerciales y financieras; las nuevas sociedades que se formen se basarán en la desconfianza y la precaución. Se invertirá mucha energía en proyectos que se diluirán repentinamente.

Hay que estar lo más preparados posible para transitar el año del caballo.



Publicidad en los noventa

TODO IRA PEOR

(Por Gabriel Dreyfus) Me pidieron que escribiera un artículo sobre las perspectivas de la publicidad argentina para la década del 90.

Va a ser difícil circunscribirse a ella.

Hablar de publicidad en la economía argentina es como referirse a un tratamiento cosmético en el rostro de un enfermo de cáncer terminal.

Por supuesto, es posible que en la década del 90 se descubra el remedio contra el cáncer.

Yo no sabría decirlo, porque no soy médico.

Si lo fuera —cirujano gastroenterólogo, por ejemplo—, probablemente en lugar de trabajar de publicitario sería secretario de Prensa y Difusión.

No, no sé nada de economía.

Pero sí sé algo sobre el posicionamiento de productos.

Por ejemplo, si Pepsi Cola descubre que en el gusto del consumidor las gaseosas transparentes están avanzando sobre las oscuras, ni se le ocurre lanzar la Pepsi Cristal.

En cambio, sigue con Pepsi Cola y lanza Teem.

Si Teem fracasa, compra 7 UP.

Si Rapanelli fracasa, un buen especialista en marketing aconsejaría la compra de Alsogaray.

Porque así como los consumidores de gaseosas no tomarían Pepsi Cola transparente, yo creo que es difícil que los grandes grupos económicos se traguen el liberalismo de un hombre que proviene de la centroizquierda socializante.

Que, quizá, no sea mala en sí misma.

Si es sí misma.

Pero no quiero hacer como los médicos que trabajan de otra cosa, así que volvamos a la publicidad.

Para recordar que las segundas marcas nunca inspiran confianza.

Creo que aun en la elección de un ministro de Economía, el Presidente necesita del asesoramiento de expertos en comunicación.

Porque la imagen del producto es más importante que el producto.

Porque, a veces, la magia es más necesaria que la ciencia.

Pero, además de la intuición, hay técnicas científicas para acertar con esa magia capaz de transformar la desesperanza en fe.

Los nazis y los comunistas que hoy desaparecen en el mundo —lo cual no es garantía de que no se instalen aquí, porque siempre fuimos a contramano de la historia— llegaron y/o se sostuvieron en el poder mediante impresionantes aparatos de propaganda política.

La publicidad no es buena ni mala.

Es un arma.

Depende de quién la use.

Con qué fines y con qué puntería lo haga.

Lo único que no se debe hacer con un arma es dejársela al enemigo.

Cosa que, en una aparente e infantil defensa de la democracia, hicieron los radicales al suprimir la Secretaría de Información Pública.

Que el actual gobierno reinstauró con el nombre de Prensa y Difusión.

Y supongo que esta secretaría es la responsable de esa broma del Día de los Inocentes, cuando el dólar cerró a 2000 y las tasas llegaron al 700 por ciento y, sonriendo desde un afiche con una copa en la mano, el Presidente nos decía que la Patria se ha puesto de pie.

La publicidad es un arma que mal apuntada, también, puede llevar al suicidio.

Y esto lo digo con todo respeto, con más cariño y con mucha bronca.

¿Si es tan fácil hacer las cosas bien, quién se toma el trabajo de hacerlas mal?

Si en el Gobierno hay funcionarios, en el área de publicidad, con el talento y la jerarquía profesional de Martín Mazzei,¿por qué los dejan en el banco?

¿Qué pensaría el Presidente de Bilardo si, además de no convocarlo a Ramón Díaz, dejara a Burruchaga en el banco y cambiara a Maradona por un jugador de paddle?

Yo no sé nada de economía, ni de salud pública, ni de defensa, por eso me aterra pensar que allí ocurra lo mismo que en el área donde yo conozco un poco.

Y la mejor gente no está ahora.

Con la sola excepción de Ratto, no estuvo nunca.

Por supuesto, yo no pienso que sólo se arregla al país desde el gobierno.

Y, justamente por eso, creo que en ciertas áreas debe ser la actividad privada y no la política la que sirva para seleccionar a los mejores funcionarios.

Para que el profesionalismo sea más importante que la militancia y la lealtad al pueblo se anteponga al reconocimiento a los amigos.

Pero vayamos a un ejemplo publicitario.

Yo pienso que Télam Publicidad debe desaparecer sobre todo porque, de seguir la actual política económica, ya no quedarán empresas estatales que la utilicen de inútil y caro intermediario para subcontratar servicios publicitarios.

En caso contrario, si la decisión fuese tener una agencia de publicidad estatal,Télam debiera ser la meta de los mejores profesionales del país y no el refugio de los desocupados.

Lamentablemente y desde hace años, los mejores publicitarios que surgen en la Argentina no se tiran del avión.

Pero tampoco se quedan.

Apenas aprenden a volar, en la primera escala, se bajan, cambian de compañía y siguen viaje hacia el futuro.

Por Iberia.

Así como los futbolistas, también, se van por Alitalia, los intelectuales por Air France y los científicos por Pan Am.

A principios de siglo exportábamos vacas.

Hoy, nuestra mejor gente.

En el último Festival Publicitario de Cannes, la publicidad española, actualmente una de las mejores del mundo, ganó cinco de los aproximadamente treinta leones de oro entregados.

Tres de estos cinco leones españoles fueron ganados por profesionales argentinos.

Dirán que allí tuvieron mejores condiciones económicas para desarrollarse.

Es cierto.

Pero yo me pregunto cuántos de nuestros fracasos, incluso el económico, se deben al fácil camino de publicitar la esperanza, de la permanente justificación del fracaso presente en las cargas heredadas, en lugar de la genial valentía de aquel que, sin asesores publicitarios, le dijo a su pueblo: no tengo nada que ofrecerles, salvo sangre, sudor y lágrimas.

Algo que los argentinos, con distintos disfraces de slogans mentirosos, también conocimos.

Inútilmente.

Me pidieron que escribiera un artículo sobre las perspectivas de la publicidad argentina para la década del 90.

No soy adivino.

Sólo publicitario y seguiré haciendo la mejor publicidad que pueda.

Para vender.

Y para vender las ideas que puedan hacer que los argentinos compren algo más que esperanzas.

En este tiempo que, siempre, es nuestro tiempo.

La moda y el culto a la imagen

ESTAMOS EN EL AIRE



(Por Ana Torrejón) La moda del '90 no es hija del Espíritu Santo. Qué va... Su filiación se puede buscar justo ahí, donde los 80 empezaron a despedirse del fijador extrafuerte, las caraspálidas y los hábitos densos. Lo "pos" tuvo lo suyo: fin de un proyecto cerrado, moral descartable, era de lo provisional, revoltijo capilar y achatamiento corporal. Cuando los actores se cansaron de no tener derecho a una *gran respuesta* levantaron esa insoportable levedad del ser y mandaron al cuerno el gesto. Cosa terminada los 80 aun antes de estirar la pata.

Los 90 se deschavan de antemano por cualidad y pecado propios: *la velocidad*. El ritmo de las tendencias es angelical o endiablado. La moda, que está en todas partes y al mismo tiempo, que se revela en las revistas o que se pispea en los videos, no relata ya el presente, adelanta aunque más no sea un día.

Gillo Dofles, profesor de estética de Milán, afirma: *"Salimos de un tiempo de conformismo, se acabaron los esquemas rígidos"*. Lo que vendrá —que en cierto modo es lo que ya empezamos a vivir y ponernos fruto del adelantamiento de los minuteros— será la sincronía de tendencias diversas e incluso opuestas, existiendo todas en la más indiferente de las armonías. Otro italiano, Omar Calabrese, escritor, añade: *"El vestir contemporáneo es neobarroco"*. Según su opinión, esta es una característica propia de todos los fines de siglo que supone un afán de rescatar lo anterior por miedo a que desaparezca con el cambio de milenio. La variedad de propuestas, la ausencia de bajadas de línea notorias, puede resultar mucho más atractiva y mucho menos angustiante que la libertad condicionada que gozaban en otras décadas. Al vértigo con que se suceden las colecciones se lo puede contrarrestar con la búsqueda por el modo (no sólo de vestir sino de vivir *posible*). La expresión de deseos de este tiempo es: *buscar ser algo, no aparecer como algo*.

A esta era, la que del lado del desarrollo Gilles Lipotevsky (sociólogo francés) llama "del consumo masificado", le ha entrado un enorme complejo de personalización. Sin reglas uniformes hay que poner en conjunción el máximo de deseo, el mínimo de represión y la mayor comprensión al asunto. El culto a la imagen es hecho y derecho. Con conciencia de que revolverse no es lo mismo que crear, los 90 deberán luchar contra el sentimiento de reiteración. En el horizonte aparece —ojalá que no se borre— respeto e interés por las minorías y dentro de ese espectro, quizás aprovechando la volada de la celebración del Descubrimiento de América, lo latinoamericano está siendo mirado con sumo cariño. Pase lo que pase: poco-mucho-trascendente o intrascendente es de esperar que los diez años que nos separan del 2000 cumplan aunque sea con el sueño de tener posibilidad y deseo de expresión. Porque justa o adelantada la moda tiene que ser uno de los modos de manifestarse con que cuentan *todos* los seres humanos.



Mujer

ALBUM CON FOTOS

(Por Claudia Acuña, desde España) Tiene una minifalda, dos hijos, un marido desocupado y, desde hace cinco días un oficio que le permite salir fotografiada en los diarios españoles. Se llama Cristina Fonseca, vive en Granada y es sepulturera.

En tanto en esta misma semana de los ochenta, las revistas también muestran el último invento de los publicistas europeos. Lo bautizaron "Cocaína" y es un perfume que se presenta en los avisos acompañado por una mujer con escote profundo y ojos de vaca mirando pasar el tren, debajo de un título que invita a probar *"el placer de la osadía"*.

Mientras llevo el diario y la revista bajo el brazo, aquí, en Sevilla, una muchacha de 19 años me cuenta que se enamoró de otro y su novio al enterarse, le pegó. Lo cuenta sin agregarle ni un poco de sorpresa o queja al relato, pero con resignación. Sólo cuando se lo pregunto, explica:

—Claro, los novios te pegan cuando los dejás.

Probablemente puedan escogerse otros símbolos femeninos para el álbum de los '80, pero prefiero impresionarme con estas tres imágenes recogidas en este lado del mundo que se dice primero y posmoderno. Pensar en lo que cada cual significa como síntesis:

Una sepulturera que atiende la fosa, pero se pone minifalda para la foto.

Unos publicistas que insisten en vender sin escrúpulos un modelo de mujer que ya agotó el stock.

Una muchacha de 19 años que recibe golpes, pero se va con otro.

Imagino, entonces, que la imagen de la mujer de esta década podría estar situada en un punto equidistante entre la pala de la sepultura y la pechuga aromatizada con la droga de moda, todo ello acomodado por los golpes de un novio despreciado que ataca desde la retaguardia cultural.

Una feminista española, interrogada sobre el cuadro de situación, sólo se anima a diagnosticar la muerte del matrimonio con garantía magiclick. Lo único cierto —dice— es que ya no existe la fantasía de la pareja para toda la vida. Alguna relación, pase o no por el registro civil, se plantea seriamente la inmortalidad del amor. Ahora bien: cómo se las arregla cada uno para entenderse, aunque más no sea por una temporada, es algo que nadie se atreve a calificar.

Yo tampoco sé, ni siquiera me imagino, qué capítulo de esta desoladora batalla de los sexos quedará por librarse en los noventa, pero por lo visto hasta ahora, el resultado del combate está más cerca de la soledad que de la comprensión.

En cualquier caso ni la pala de la sepulturera ni el aroma de la publicidad tienen mucho que ver con lo que está pasando en esta vida, poblada por mujeres que esquivan trompadas, digieren piropos en la misma proporción que reproches y se llevan al hombro toda la carga que soportan desde hace siglos, mitos e historietas incluidas.

Aturdidas, desconcertadas y por qué no rabiosas, ellas no parecen saber —no sabemos— hacia dónde ir. Ni siquiera por dónde y muchas veces ni siquiera por qué. Como en tantas otras cosas, tampoco saben —sabemos— si lo que pasó hasta ahora fue lo mejor o lo peor.

Sólo una cosa queda clara: lo que ya no queremos hacer, ni ser. Algo es algo.

La buena puntada

"Deseo sobre todo que la mujer que vista costura en los 90 sea sinónimo de libertad, libertad de ser ella misma, de ser tradicional o aventurera, de estar enlutada o colorida, de ser clásica o barroca... Lejos de dictados, panoplias o medias tintas" (Christian Lacroix, francés). Ni este costurero ni los otros son los "cucos" de la historia.

La ¿mala prensa? acostumbra devorar año a año las colecciones y digerirlas según mejor le apetece. En tren de aclarar sus propias dudas, muchas de ellas descontextuadas, es responsable de dictámenes severos del tenor: "Falda a cinco centímetros por encima de la rodilla. Adiós a las hombreras. Color vedette: el negro". Este procesamiento de datos evita la multiplicidad y borra cualquier hilacha que signifique diferencia.

Para los creadores, los hombres y las mujeres no son muñecos de recortar y vestir. "Encuentro ridículo —dice Romeo Gigli, italiano— que cada año se tenga que hacer 'moda'. Es decir, o corto o largo, o rojo o violeta... Cada uno se tiene que vestir con personalidad según su propio gusto. Cada uno tiene que construir su propia imagen". El italo-argentino Gino Bogani no se cansa de repetir que es mil veces "más importante la mujer que el vestido que luce" y para el gallego Adolfo Domínguez el atributo estético por excelencia es: "La inteligencia". Sin hacer cumplidos, un japonés, Issey Miyake, desliza: "La prenda sólo consigue un alma cuando una persona la lleva puesta". Es a ese ser humano divinamente imperfecto al que otro italiano, Giorgio Armani, le pide que para elegir "sea coherente".

Más allá de todo bien (artículos, vitrinas, pantallas) los reyes del hilo y de la aguja intentan seguir su camino sin hacer ningún zig-zag. Ellos pasan de tiranías, de términos contundentes y de definiciones temerarias. Para entrar a cortar sobran los mediocres. Sabiendo por dónde viene la mano es mejor estar desnudo que dejarse serruchar el placer de vestirse en libertad.



Plástica

EL ARTE ES LA POLITICA DE LO POSIBLE



(*Por Miguel Briante*) Señoras, señores, jovencitas que todavía creen en el Arte —esa otrora sublime forma de lo Bello— espero que, cuando al final de esta conferencia, ustedes se pongan la escafandra para salir al mundo exterior, polucionado por la maldad, lleven en sus oídos la dulzura de un cuento tan hermoso como inútil, algo que ocurrió en el pasado, cuando había arte. Digo inútil y hermoso, pero debo advertirles hoy, empezado el año dos mil, que no considero a los artistas inocentes de los males que nos acechan. Cuando, allá por mil novecientos noventa y ocho, terminó de completarse la idea —revolucionaria, dicen— de que el arte debía ser nada más que táctil, olfativo y auditivo desdeñando el subjetivismo de la imagen —esa antiagualla que era capaz, en un solo acto, de producir diversas interpretaciones— alguien olvidó vigilar la tendencia innata de los artistas a manifestar, con el pretexto de que así revelan la recóndita base espiritual de todos los hombres, su propia degeneración.

Ya es conocido por ustedes que, a las sublimes formas que los cambios en la perspectiva produjeron en el Renacimiento, siguió un realismo asqueroso y que, cuando los artistas rusos que estaban decididos a acompañar la revolución de 1917, se cruzaron de la tibia ilustración de la época de los zares a esa campaña en favor de la abstracción,tuvo que venir el bueno de Stalin para marcarles el rumbo enriquecedor del realismo socialista, sana medida que no fue tomada en Occidente, donde con el cuento de la libre empresa, los futuristas se dedicaron primero a exaltar la velocidad y el maquinismo de la era industrial (acompañando de entrada la nunca bien celebrada instauración del fascismo) y terminaron en dudas metafísicas como las de un tal De Chirico, contaminando a toda Europa con ese griterío que fue el surrealismo, que quería subvertir todos los valores, y esa malsana instauración del cubismo, que quería que todas las cosas se vieran desde todos los lados posibles. Todos atentados a la tradición, la familia y la propiedad.

O, en todo caso, formas contaminantes de toda la humanidad. Pero ustedes han visitado esos museos del horror y no hace falta que les diga que todo eso derivó en cruces de estilo y teorías críticas como el estructuralismo que en todo caso fue lo mejor, porque pretendía racionalizar toda esa podredumbre irracional que era el arte, avisando a los poderes que ojo, que en todo caso toda obra artística contenía información, y que estuvieran atentos, porque entre el artista-emisor y el contemplador-receptor se producían complicidades peligrosas, infiltraciones de imprevisibles derivaciones. Por desgracia, el alambrado de esos críticos —que tuvieron una gran influencia en las décadas del setenta y del ochenta— no prosperó. Hacia finales de los ochenta, todo ese aparato de palabras había terminado por ser una jerigonza que ni los mismos críticos entendían. Empeñados en descifrar esos galimatías, los más expertos analistas de las agencias de inteligencia descubrieron que para esos críticos ansiosos de encerrar en una teoría universitaria esas manifestaciones del caos que son las obras de arte, eran capaces de hablar en el mismo tono (y decir las mismas cosas) de un cuadro, una escultura o un chancho. Mientras tanto, siguiendo las corrientes que creían dirigir, le habían asestado las mismas oscuridades a los happenings, a las instalaciones, al arte de performance, al minimalismo, a las repetidas neofiguraciones o neogeometrías o neo de todo. Cuando se despertaron de la infatuación, descubrieron que le habían puesto nombres a casi todo lo que se producía en arte, pero que nadie, entre esos rebeldes que hacían obras, les daba, para decirlo en criollo (porque todavía estamos en Sudamérica, Argentina), la más mínima pelota. O se la daban de palabra, cuando mantenían el poder de negociación con revistas, museos, galerías de arte, embajadas. Borrachos de tanto vernisage y lamidas de medias durante un tiempo, se encontraron solos.

¿Qué había pasado, se preguntaron ellos y me preguntarán ustedes ahora? Lo de siempre: reinaba el Mercado. Habían contribuido, como nunca nadie antes, a entronizar a algunos artistas que inmediatamente habían hecho su propia quintita en el mercado internacional. De ellos, lo único que contaba era el espacio que le habían dedicado a cada artista. Por lo tanto, el mérito de la consagración de algunos creadores pertenecía más que nada a los directores o jefes de redacción de los medios en los que habían escrito. Hacia finales de los ochenta, en las grandes casas de remate de arte del mundo, a costa de precios siderales, los Picasso, los Dalí, empezaban a terminarse. Las rarezas del arte subían de precio. Las cotizaciones increíbles alcanzaban cada vez más de cerca a artistas vivos, que hasta hace poco habían sido rebeldes al stablishment. Los curadores de los museos se aterraban; pronto, no habría obra que no estuviera en manos privadas. El verdadero crítico de arte era el marchand, y sobre todo el marchand norteamericano. Leo Castelli, un hombre afincado en Nueva York, se había convertido en el centro de ese eje. No había marchand, del país más ignoto, que no quisiese aprender inglés de apuro.

En el medio de ese desbarajuste, el cáncer del arte entraba en el living de los poderosos de la tierra —narcotraficantes, generales, grandes empresarios—, por suerte, es válido decirlo, ya amansado. Para colmo, una herejía teórica nacida al calor de los jeroglíficos estructuralistas apoyaba contra toda discusión la tesis de que todo pasaba en Estados Unidos. Era el posmodernismo. Llega un momento en que los filósofos le ganan a los especialistas. Yo mismo, señoras, señores, fui reducido por aquella época a cuidar el museo de arte de Colonia Caroya, en Córdoba, una sencilla escuela o tendencia local dedicada a reproducir, en cerámica, las diversas variedades de salame artesanal que se elabora en la zona. De ahí nació mi tesis —que sigo sosteniendo— de que el kitsch es el destino del gran arte universal. Después tomaré este tema.

Vamos a la información. Los posmodernos, un tal Lyotard y un tal Baudrillard habían proclamado que sólo en los Estados Unidos —con su encontronazo de mestizos de habla española, negros en ebullición, clase media zonza, grandes multinacionales— estaba la raíz verdaderamente primitiva, inocente de la especie humana. Y que en el medio de esa gran tribu el Dios —o los dioses— eran los *media*, la información, la teve. Se los explicó sencillo: la tribu era dominada por los *media*, creando una realidad falsa más real que la misma realidad. Se proponía a Disneylandia como un lugar irreal para disimular que Los Angeles, y todo el entorno que rodeaba Disneylandia, era aún más falso. La teve introducía en las casas una realidad mentirosa —que Baudrillard llamaba la *hiperrealidad*— que terminaba por hacer que nadie aceptara la realidad verdadera. Mac Luhan, viejo nomás, el medio era el mensaje. El mensaje de que un auto último modelo curaba toda angustia, era más fuerte, en el cerebro, que la verdad de que ese auto era, por suerte, nada más que para los elegidos. Con la proliferación de los satélites comunicacionales, eso alcanzaba a todo el mundo. Hacia 1990, cualquier buen argentino de clase media afiliado a la teve por cable, podría sentir que, con menos gastos, vivía en una zona de quintas de Nueva York, y comprobar, de vez en cuando, que allá los pobres vivían en unos ghettos bárbaros. No como acá, que todo el mundo tenía su oportunidad de ascender en la escala social.

Acá, por ejemplo, en ese tiempo cualquier negro esperaba que viniera una inundación, se corría hasta la villa de al lado, se quedaba con el televisor de alguien que había tenido que irse, lo revendía, ponía la plata a intereses, y al tiempo era dueño de una fábrica. Eso está reflejado en los murales que algunos inadaptados hicieron en las cuevas de lo que alguna vez fueron nuestros subterráneos, allá por mil novecientos noventa y cuatro, pero con intención malsana. Otra vez el arte usado para la infiltración de ideas que acechan en la sombra.

Los artistas son incorregibles hasta que llegan a la fama. Eso se vio en Estados Unidos y cundió en todo el mundo. Cuando vieron que no se podían oponer a los medios de información y a la formación del gusto, los tipos se hicieron los camaleones. En los setenta, un arte llamado conceptual se había opuesto de frente a la sana influencia de los *media*. Marginales. En 1990 los artistas, otra vez se salieron de la tela, del papel, para hacer objetos, eran bellos objetos, un poco irónicos, pero muy bien terminaditos, casi industriales. Querían denunciar el imperio del diseño manufacturado, pero presentaban a su vez diseños hermosos, que se podían poner sin peligro al alcance de todo el mundo y quedaban bien en la mesita de luz. En cuanto a los *media*, también decidieron, los artistas, convertirse en dobles agentes; se largaron a tratar de revelar la falsedad del lenguaje con el mismo lenguaje: mucha fotografía, mucho video, un arte carísimo. Trataban, decían, de revelar la ambigüedad de los mensajes. La gente que sabe mandar los dejó venir y cayeron en la trampa; los objetistas desaparecieron en masa cuando fracasaron después de aquel gran concurso mundial para rediseñar la nueva botella de Coca-Cola que ganó un chico de siete años de Oklahoma, diseñador por computación aleatoria y los artistas más notorios de la muchedumbre que se alistó en el rubro comunicaciones están, ahora, dirigiendo programas en la teve. Algunos han entendido su verdadera ubicación en la sociedad y se dedican, en sus programas, a rescatar el valor antropológico de algunas culturas regionales. Un ejemplo que nos enorgullece es que los cacharros que hacían hace tiempo nuestros aborígenes en frágil barro estén siendo fabricados en serie en un material plástico que no es biodegradable y se ubiquen en los comercios del mundo junto con las esculturas (ahora realizadas en liviano telgopor) de los nativos de la Isla de Pascua. El otro me llena de satisfacción personal; gracias a mi incentivo para que los nativos de Colonia Caroya reprodujeran las diversas variedades de salame de la región, los salames verdaderos son exportados en creciente cantidad a ciertas ciudades de Estados Unidos donde proliferan los latinoamericanos. Arte y prosperidad.

Hacia 1998 creíamos, señores, que todo estaba en caja. Las computadoras proveían al momento y en forma personal de arte geométrico y hasta abstracto. Bastaba con pensar con nostalgia en la época de la tela, o los happenings, para que —en forma higiénica, sin doble sentido— la pantallas del tamaño de la pared de nuestras casas nos dieran algunas de esas formas nostálgicas. Sería subjetivo, sin juicios de valoración de críticos, pero era tranquilizante. Pero nunca falta un buey corneta, con buenas intenciones. El arte debe ser individual, intransferible, se dijo. Y en defensa del individuo se empezó con eso del arte olfativo, auditivo, táctil. El táctil es menos peligroso; después de todo, uno toca esas esculturitas (peludas, que recuerdan a un animal; suaves, que recuerdan la piel humana o son de piel humana; ásperas, que pueden ser hechas de papel de lija) pero puede retirar la mano, olvidarse. El auditivo, por más que emita ruidos aislados, todavía puede ser bello —mientras conserve la armonía del grito de un animal, del beso de un niño— pero ya indica una degeneración cuando, como se ha visto en ciertos artistas (que no aprenden), ronco, sordo, agresivo, acompaña algunas manifestaciones del arte olfativo que traen a las narices el recuerdo flatulento de ciertas podridas entrañas que —se pretende— sean las de la humanidad en general. Señoras, señores, jovencitas, la teve nos salvará de estas nuevas manifestaciones de Satán.





Novela noventa

LA CIUDAD DE LA FURIA

(Por Martín Caparrós) Los últimos fuegos se apagaban con cadáveres. En aquel sector de la ciudad ya sólo quedaban ruinas y rescoldos, pequeños focos de incendio que amenazaban con volver a encender las ruinas, y cadáveres era lo que sobraba. El procedimiento era simple: el cuerpo, con un buen tajo en el vientre, era arrojado boca abajo sobre las llamas mortecinas, para que la presión y la sangre acabaran con la hoguera. Además, el procedimiento aseguraba la infección del cadáver y, por lo tanto, su inutilidad para toda ingesta: los tabúes acerca del consumo de carne de semejante se habían reducido considerablemente en las últimas semanas, y había que reforzarlo con impedimentos más directos. O aceptar la posibilidad de desayunarse a algún primo lejano.

Las costumbres habían cambiado mucho desde el principio del gran estallido, dos meses atrás. Hábitos que parecían inmutables eran ahora tan lejanos como el viento del norte. Baldo, con sólo un bluyín recortado a la altura de los muslos, con el cuerpo flaco tiznado y transpirado, soltó una carcajada cuando encontró, bajo una pila de maderas chasmuscadas que tal vez habían sido un escritorio, un diario en jirones lo suficientemente grandes como para poder leer algún párrafo. Baldo, en cuclillas sobre las puntas de los pies descalzos, intentaba la lectura mientras tres de sus compañeros cantaban con voz ronca una canción de cuna cada vez que balanceaban un cadáver para tirarlo sobre los rescoldos. Baldo leía en voz alta, casi a los gritos, aunque era evidente que sus compañeros no lo escuchaban. Su voz, de tanto en tanto, se perdía en falsetes inverosímiles.

"...Proyecciones que anticipen cuántas veces aparecerá la palabra ademán, o cuántas harto, o cuántas asaz en el corpus narrativo de los noventa ni, sobre todo, qué significarán esas palabras, o cualquier otra. La narrativa de los noventa será lo que encuentren los que ahora la buscan, o no será nada. Muy probablemente..."

La canción de cuna se había convertido en un extraño canon de alaridos. El aire olía a podredumbres más fuertes que cualquier memoria y, desde algún rincón oculto por los escombros llegaban los compases de dos jadeos que agregaban más olor a los olores. Baldo sonrió cuando se descubrió pensando que si seguía leyendo quizás no enloquecería. No había ninguna garantía.

"...Por lo menos imprudente pensar la producción literaria en términos de relación directa con los acontecimientos políticos o sociales. Tampoco es posible imaginar el desarrollo de una literatura como la prolongación de una serie de líneas trazadas que permitirían la predicción de lo que vendrá: si yo supiera 'cómo será la narrativa argentina de los noventa', estaría escribiéndola en lugar de". En lugar de. Sin razón aparente, la voz de Baldo trepó hasta el techo derruido cuando dijo "en lugar de" y la continuación, ya ronca, ya controlada, no se oyó porque la cubrieron los gritos de sus compañeros. El Corto había hincado los dientes en el muslo de una mujer joven, todavía tibio y rosado, y Parera y Belusci y dos más aparecidos de entre las ruinas intentaban apartarlo del bife improvisado, gritaban, le pegaban. Hasta que un cascotazo de Belusci lo hizo caer, ensangrentado. Algunos de esos hombres —jóvenes, casi adolescentes— intentaban por todos los medios conservar ciertas reglas.

Baldo siguió con su lectura, que nadie escuchaba. La página chamuscada del diario se le deshacía, por momentos, entre las manos.

"...Aunque la mejor novela de los últimos ochenta eludió con determinación el aquí y ahora: novelas chinas, egipcias, griegas, malayas, mitteleuropeas ocuparon buena parte del panorama. Quizás porque el aquí y ahora sólo podía ofrecer el tedio de una degradación lenta, casi cansina, y el precedente de novelas ripiosas y vulgares, indiferentes por su propia bastedad. Pero del desmoronamiento...". Entre las ruinas de esa oficina quedaban todavía algunos libros semiquemados. Las ratas, sin razón aparente, los preferían a los cuerpos. El sol se filtraba por los agujeros del techo y los compañeros de Baldo habían abandonado el trabajo para recostarse sobre un montón de pedruscos y maderas. Alguien había encontrado un atado de cigarrillos, y todos fumaban con un deleite casi obsceno, como de última voluntad. Todavía quedaba algún foco de incendio, pero también cadáveres suficientes para apagarlo y la íntima convicción de que probablemente no valiera la pena. Baldo seguía recitando, como en una misa bufa.

"...Entre dos posibilidades: la de seguir escribiendo otros lugares para dar cuenta más o menos voluntaria de la desaparición de éste; o contar esa desaparición, dejarse tentar por la apocalíptica. Aunque tal vez sin proyecto. El apocalipsis lo tiene: el apocalipsis es el derrumbe necesario para la nueva construcción, el derrumbe deseado porque necesario para el proyecto. Aquí, quizás, sólo se perciben los estertores del final y —¿todavía?— no las palabras de lo próximo. Pero, de todas formas: ¿por qué condenar a la literatura a dar cuenta de lo que sea? Pero, de todas formas: ¿cómo pensar que *realmente* podría no dar cuenta, en última instancia, de". La última pared amenazaba derrumbe. Los compañeros de Baldo se levantaron de un salto, gritando una marcha de tribuna futbolera que hablaba de huevos. Baldo corrió a ayudarlos. En el suelo, junto a la pared, un cartelito de plástico gris decía "Martín Caparrós". Baldo recordó que había visto ese mismo nombre al pie de los restos del artículo que había estado leyendo. Probablemente esa oficina fuera la suya. Uno de los bloques de pared cayó sobre Parera, aplastándolo a la altura del pecho. Los otros siguieron contribuyendo al derrumbe. A lo lejos sonaban disparos, sirenas, tabletear de helicópteros. Parera gritaba un nombre de mujer. Baldo volvió a mirar el cartelito de plástico gris y pensó que quizás alguno de los cadáveres fuera el de ese fulano, y pensó que debería buscarlo en alguno de los montones que ahogaban las hogueras. Después pensó que para qué. Las bombas estallaban cada vez más cerca.

DE QUE HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE LITERATURA LIGHT

(Por Iñaki Ezquerra*) El término "light" parece ir ganando peso en la crítica. Su presencia era antes fantasmal e incorpórea: era una presencia light. Obedeciendo de manera redundante a su más literal significado, flotaba en el aire de la narrativa como una hoja otoñal que no se atreviera a posarse públicamente sober unas cabezas concretas. Su uso era privado e informal, doméstico. Más que un término que definiera un juicio de valor crítico y riguroso, era un calificativo peyorativo que se pronunciaba en voz baja y que podía ser utilizado incluso por cualquier escritor light (en caso de que, en efecto, dicha raza exista) para evaluar la labor de algún denostado colega.

Un cultivador de mamotretos de quinientas páginas, abundantes en descripciones de aldeas, árboles y hortalizas (nunca mejor dicho que aquí lo de "cultivador"), le comentaba a otro colega suyo de parecida cuerda —aficionado, por ejemplo, a la inmortalización de aromas, flores y frutas— que un tercero no pasaba de ser un modesto fabricante de videoclips ("fabricante" es palabra despectiva para los "cultivadores") porque en sus relatos, "escandalosamente" breves, no había el menor intento de dibujar determinada atmósfera, ambiente u olor; ni de inmortalizar hortalizas ni frutas ni nada de nada. "Hoy lo que está de moda es eso, lo 'light'", apostillaba el otro, solidario, y la cosa no pasaba de ahí; a la palabra light se la lleva el humo.

"Hoy lo que está de moda es eso, lo light". Obviamente con esta definición no se puede ir muy lejos, y el hecho de que la palabreja haya comenzado a ser pronunciada en voz alta y a perder ligereza hace deseable una definición clara, so pena de no estar ya sólo ante una literatura light sino ante una "crítica ligth", con lo cual este fenómeno de lo light alcanzaría dimensiones insospechadas y se convertiría en un acontecimiento cultural de primer orden comparable al del "quintocentenario" del descubrimiento de América.

¿De qué hablamos cuando hablamos de literatura light? Por las pistas que se nos dan puede deducirse —aparte de que lo light "es eso, lo que está de moda" (pese a que las modas cambian vertiginosamente, excepto al parecer la de lo light)— que dicho adjetivo no es simplemente un sinónimo de mediocre o de deficiente (pues lo mediocre y lo deficiente es simplemente deficiente y mediocre, y no necesita ser adjetivado en otra lengua) sino que se refiere a una forma al menos particular de la mediocridad y de la deficiencia consistente o bien en una limitación del autor, que, aspirando a la categoría de peso pesado, se queda en ligero (su deficiencia sería más bien una insuficiencia) o bien de una determinada opción estética voluntariamente elegida, en cuyo caso lo que se condenaría —y podría también defenderse— no serían ya obras literarias sino literaturas.

Pero si estamos ante un tipo de escritor que, fiel a determinadas coordenadas de la contemporaneidad, renuncia de antemano a esos ambiciosos proyectos, y que —asumiendo la muerte de las grandes metafísicas y de las ideologías, de las construcciones teóricas que ofrecían una visión totalizadora de la realidad, y asimismo de cualquier modelo de novela total— presenta obras que tratan de dar fe de ese fallecimiento, de la parcialidad y parcelación del mundo en su propia retina y en la de sus protagonistas, entonces la utilización del término light no tiene por qué ser necesariamente despectiva sino que podría ser hasta reivindicativa (de hecho lo ha sido en algún momento anterior a su desprestigio) y, de emplearse despectivamente, es que lo que se está despreciando no es una obra concreta sino el credo filosófico y estético de lo que en esa obra es postulado.

El uso peyorativo de la palabra light tiene como principal inconveniente la indiscriminación crítica. Se mete en el mismo saco tanto el "quiedo pero no quiero" como el "quiero pero no puedo", así como también el "ni puedo ni quiero", que acaso suponga una legítima modalidad de la humanidad y de la prudencia.

La indiscriminación es quizás el problema fundamental de hablar de literatura light sin decir de qué se habla y sin explicar en qué consiste exactamente la nicotina de una novela, de un relato, para que podamos aplicar ese término cuando la echamos de menos o la vemos rebajada. A ver si, creyendo algunos críticos que ponen el dedo en la llaga cuando emplean peyorativamente ese anglicismo, lo que están haciendo, en lugar de condenar una obra fallida, no es absolverla al ubicarla dentro de un supuesto estilo o conjunto de estilos; darle, en suma, el arma para que se defienda bajo el amparo de un hipotético y acaso fantasmal e inexistente colectivo denostado.

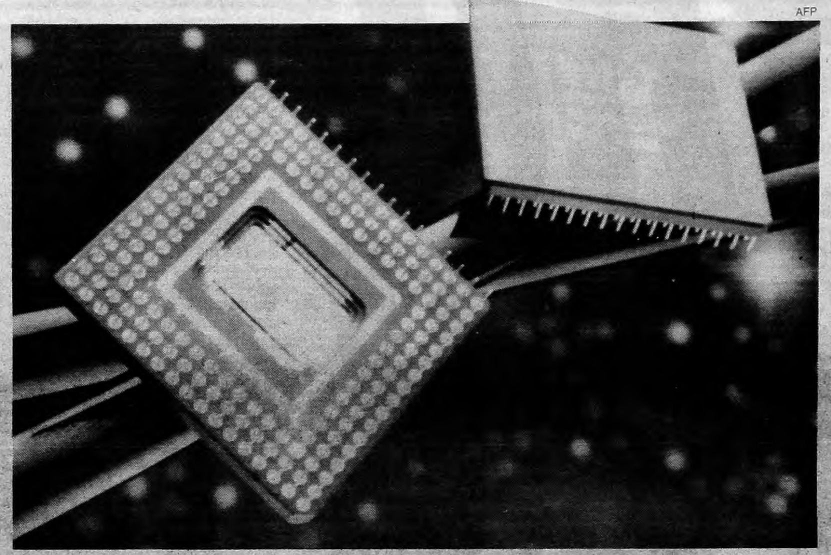
A ver si vamos a mezclar, sí, las consecuencias literarias de eso que Vattimo ha llamado "el pensamiento débil" con la debilidad mental, que son dos cosas cuyo parecido no pasa de ser pura coincidencia.

** Iñaki Ezquerra es un escritor, crítico y periodista vasco*



Nuevas tecnologías en comunicación

CON LA COMPUTADORA EN LA CHALUPA


AFP

(Por Washington Uranga) "Tome la computadora y mándele un mensaje a don Ramón. Dígale que el lanchón ya salió para la isla y que el pronóstico dice que el viento es favorable. Estima llegar al atardecer... Ah... y dígale también que le mandamos el diskette con los datos del censo que nos pidieron y un video grabado en la última reunión de comisión vecinal, para que ellos lo vean y discutan. Pídale también que nos envíen los videos grabados en las otras islas y el nuevo programa de correo electrónico para uniformar las comunicaciones entre las islas."

Palabras más, palabras menos, el diálogo anterior se produce una y otra vez entre los habitantes de más de un centenar de islas en la zona de Chiloé, en el extremo sur del territorio chileno, allí donde el viento se encarga de desparramar el frío y donde las chalupas que surcan los canales eran, hasta hace muy poco, además de medio de transporte, el único vínculo de comunicación entre los isleños.

Hoy, en medio de la inhóspita pero bella naturaleza de las islas, se desarrolla una experiencia por demás singular, en la cual el pasado y el presente parecen darse la mano para emerger como una síntesis comunicativa diferente, más digna de un libro de ficción que un verdadero anuncio de los días que vendrán en materia comunicacional.

La audacia y la visión de un hombre como el obispo católico de Ancud, Juan Luis Ysern, han logrado juntar el modo de vida, la historia y la tradición de los habitantes de la isla, la mayoría de ellos pescadores y agricultores, con la más moderna tecnología de la computación, el procesamiento de texto y la comunicación por modem. A ello se suma la utilización habitual del video como registro de los acontecimientos, de la historia de la comunidad, y para elaborar productos culturales más acabados, fruto de la experiencia de esos hombres y mujeres que hasta no hace mucho tiempo tenían que contentarse con recibir los enlatados, de todo tipo, con "cultura" ajena y envasada.

La experiencia comunicativa de esta comunidad, claro está, no comenzó con las computadoras y el video. Se inició a través de un sistema de cuadernillos, manejados por los maestros, a través de los cuales los niños recogían los relatos de sus abuelos, sus historias cotidianas, los cuentos de las noches invernales. Así se inició la reconstrucción de la historia de cada familia, de cada comunidad, de cada isla. Luego fue la radio Estrella del Mar. Desde que la onda comenzó a surcar los aires y a [illegible]ar entre las islas, se transformó en mensaje, en convocatoria y en espacio de participación.

Allí, en esa experiencia tan peculiar, pero también en ese terreno sembrado de semillas de comunicación, las nuevas tecnologías vinieron a aportar el abono necesario para potenciar ese esfuerzo, para hacer crecer lo que ya existía, para dinamizar la experiencia.

No hubo, en ese caso, reproches al avasallamiento de la tecnología, a la imposición de modelos, al imperialismo tecnológico. No ocurrió de ese modo a pesar de que todos esos males existen como realidad en el mundo de hoy, proyectándose además como una amenaza cada día más grave para el universo de sistema de información de masas. Simplemente no existieron críticas de ese tipo porque en Chiloé no hubo motivos para hacerlas. Había tierra fértil para recibir el abono tecnológico y dar vida a una comunicación que, hoy por hoy, ha crecido en capacidad de penetración, en potencia y, sobre todo, en su objetivo fundamental: acercar a los hombres.

Ahora sí, vayamos a la década que comienza y a las perspectivas comunicacionales que nos esperan en los próximos diez años. No será difícil concluir que lo que ocurre en Chiloé, entre las islas, es posible. Lo demuestra la práctica. Sin embargo, es poco viable en el universo de las comunicaciones actuales. Aquella experiencia entre islas es, de por sí, también una isla.

El sistema masivo de comunicación se desarrolla y se seguirá desarrollando como parte de la gran industria cultural que la nueva tecnología ayuda a crecer en términos tan vertiginosos como voraces, deglutiendo a su paso identidades culturales, posibilidades de expresión, canales de información y, al mismo tiempo, instancias de participación a través de la comunicación.

No se trata de sembrar visiones apocalípticas sobre el futuro del sistema masivo de comunicación. El final del mundo ha sido anunciado muchas veces y, aunque los hechos hayan ocurrido en forma muy similar a los presagios, esto nada tuvo que ver, por el momento, con el final de la humanidad.

Es el realismo el que lleva a afirmar simplemente que sistema masivo de medios, industria cultural, desarrollo tecnológico y sociedad de consumo están irremediablemente aliados para negar la comunicación dentro de la comunicación misma. Pero no menos cierto es que, como ha sucedido en historias pasadas, el hombre, el ser humano, es protagonista y sujeto de los acontecimientos. Desde esta condición desarrolla su capacidad de resignificación, que en lenguaje profano se traduce en esa enorme astucia y sabiduría para no tragar entero, para gambetear la agresión tecnológica y la mentira que le intentan vender en bits y colores que en poco tiempo serán, hasta en los países periféricos, tridimensionales.

Mientras tanto, paralelamente, otras experiencias de comunicación seguirán creciendo apoyadas en la utopía comunicacional del comunicador-perceptor, una apropiación indebida del educador-educando de Paulo Freire. Particularmente de la utopía de una comunidad que comunica participando y participa comunicando a través de las estructuras y de las instituciones sociales.

Para acceder a esto último no bastará con desarrollar circuitos comunicacionales casi perfectos dentro de la misma comunidad. Tampoco será suficiente si al servicio de ese propósito se utilizan tecnologías de avanzada al estilo de la experiencia desarrollada en Chiloé. Estas experiencias de comunicación participativa, potenciadas por las nuevas tecnologías, tendrán que trascender al conjunto de la sociedad para ser utilizadas como modelos más amplios, para erguirse como propuestas verdaderamente alternativas. Y tendrán que medir y demostrar su credibilidad en confrontación con un modelo masivo-consumista aliado al sistema dominante que lleva, por cierto, las mejores posibilidades de ganar.

Por la misma razón todo modelo participativo en comunicación verá su suerte muy ligada al desarrollo político de la sociedad. Pero asistiremos en la década a una batalla fascinante entre un modelo de comunicación consumista y otro de comunicación participativa. Ambos con posibilidades de apoyarse en modernos desarrollos tecnológicos. Pelea desigual y poco favorable para el último si se hace un frío cálculo de fuerzas. Salvo que se siga contando con el dato fundamental de que el hombre, el ser humano, su disposición a no tragar entero y a inventarlo todo, es capaz de acabar con cualquier frío pronóstico y desnivelarlo todo.

Por eso, al comenzar la década, quiero apostar a la comunicación como un espacio de participación y de encuentro entre los hombres. También con nuevas tecnologías. Como en Chiloé. Como en tantos otros lugares escondidos del Tercer Mundo. Porque siguen existiendo seres humanos capaces de no tragar entero y de encontrar canales para decir lo que no quieren ni pueden callar. ¿Usted no cree que vale la pena?

Psicología por venir

CAUTIVA O LIBERADA: ¿A USTED, QUE LE PARECE?

(Por Silvia Chiarvetti)* **Predecir el destino de la psicología, en** su íntima vinculación como disciplina y profesión, en la década que se inaugura, solamente sería factible si existiera algún grado de certeza acerca **del devenir histórico de la Argentina en los próximos diez años.**

Será más cauteloso, pues, reflexionar acerca de cómo la psicología y los psicólogos advenimos a ella. Es decir, con qué cuestiones pendientes a intentar resolver, con qué tarea a realizar.

Nuestro país no puede darse el supuesto **"ujo" de ingresar a la pos**modernidad ni decretar el fin de las utopías. La psicología, como práctica social encarnada en los profesionales que producen teoría psicológica o efectos clínicos y sociales, no debería engañarse al respecto.

La seriedad de la problemática de salud mental en nuestro país requiere de nosotros una explicitación de nuestra toma de posición.

Porque no es posible una psicología aséptica, aunque todavía muchos crean que sí lo es.

En la década futura la cuestión discurrirá a mi entender, entre una **psicología cautiva o liberada.**

Una psicología cautiva, como ciencia y profesión, será aquella que no logre desnudar, para trabajarlas, sus propias contradicciones.

Una psicología liberada será aquella que no pretenda suprimir las contradicciones construyendo falsas opciones. Falsas opciones que, en más de una ocasión, encuentran su expresión en discursos que cuestionan un supuesto "encierro" en una concepción puramente asistencialista de los problemas en salud.

No se trata pues de elegir entre clínica y salud comunitaria como cuestiones excluyentes.

Somos perfectamente conscientes de que los psicólogos, y a pesar de no contar con una psicología unívoca, desde principios de la década del '60 hasta la actualidad hemos llegado al campo de la salud casi exclusivamente provistos de herramientas teóricas y técnicas constitutivas de un modelo y método fundamentalmente clínicos. También sabemos que captar la base de la contradicción determinante entre la especificidad clínica de nuestra formación y rol profesional y los intereses y objetivos de **la salud pública, nos ha costado un** duro esfuerzo. Sobre todo, porque a pesar del reclamo de nuestras organizaciones gremiales, no hemos contado con espacios de participación institucionalizada en la toma de decisiones en lo que concierne a las políticas en salud.

Una psicología liberada resistirá a ser una ciencia aséptica, pura, despojada de su íntima vinculación con la política y los psicólogos seremos menos cautivos cuánto más claramente podamos hacernos cargo de los quiebres y rupturas de nuestra historia como pueblo, reconociendo que los hemos padecido en la interioridad de nuestra identidad profesional.

Creo firmemente que nuestras fecundas polémicas acalladas por imperio del Terror no fueron "desaparecidas". Las hemos ido recuperando lentamente en democracia, y así lleggamos a los umbrales de los '90.

La difícil realidad que vivimos torna urgente que nos reapropiemos de ellas, redefiniéndolas para hacer de la década que se inicia aquella en que las grandes transformaciones en el campo de la salud mental pudieron ser realizadas.

Si la preocupación por la salud mental comunitaria debe ser el objetivo principal en esta década, deberemos dedicarnos a trabajar con todos nuestros recursos para redefinir esta preocupación dentro de nuestra especificidad.

Si en la opinión de algunos, la formación y práctica clínicas han operado como obstáculo, deberían reconocer que, sin embargo, contienen la materia prima sobre la cual es posible conceptualizar la especificidad de **la psicología en los problemas de la** salud comunitaria.

La década del 90 hará posible la **consolidación de la psicología al servicio de** intereses nacionales si convergen varios factores: preservación y **consolidación** de la democracia, una **política participativa** en serio, desde **los funcionarios responsables de la sa**lud mental y la inteligencia y lucidez del conjunto de los psicólogos y sus organizaciones para asumir la responsabilidad social que les cabe. Condiciones insoslayables para una **psicología liberada.**

Por el contrario la psicología será cautiva si no logra liberarse de prejuicios y dogmas propios y, también, de compulsiones ajenas.

(*Silvia Chiarvetti es Presidente de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires)



(Pronósticos musicales)

(Por *Eduardo Berti*) Músicas posibles. El término fue inventado por el compositor y productor inglés Brian Eno, hace unos diez años, cuando se aventuró a registrar un álbum con los sonidos imaginados para los ochenta. No le fue mal a Eno: hoy se lo considera un pionero de la música del *cuarto mundo* (fusión entre ritmos del Tercer Mundo y tecnología de los países centrales) y uno de los padres de la cultura hogareña *(house)* por haber registrado junto a David Byrne, del grupo Talking Heads, un collage musical llamado *My Life in the Bush of Ghosts*. Pero todo esto va en camino de ser historia. Al borde de los noventa, las músicas posibles hoy son otras:

• Para quienes basan el análisis musical en los cambios tecnológicos, los noventa serán los años del reciclaje. El abaratamiento tecnológico y la aparición de instrumentos cada vez más perfectos provocarán —se dice— que la recreación prime sobre la creación. Serán las máquinas las que generen los productos artísticos: viejas películas en blanco y negro coloreadas a nuevo; compaginaciones y nuevas mezclas de antiguas grabaciones. El disco más vendedor del último semestre en la Argentina (Jive Bunny), pastiche de viejas canciones de Glenn Miller, Elvis Presley, Bill Haley y Simon & Garfunkel, daría la razón a quienes sostienen esta hipótesis.

Dentro de esta tendencia se distinguen dos grandes corrientes: la escuela inglesa, que desde los tiempos de la psicodelia ha concebido el estudio de grabación como un instrumento y lo antepuso a los sintetizadores; la escuela alemana que generó el tecno-europeo que irradia aquí la FM Z 95 y se ha basado en máquinas de ritmo y sintetizadores. Los primeros, donde hoy abundan más discjockeys que instrumentistas, hacen realidad un viejo sueño punk: cualquiera, sin conocimientos previos, puede hacer música. Los últimos, a través de instrumentos como el *emulator* (emulador de sonidos), hacen realidad un viejo sueño de Henri Michaux: trabajar en el mismo esqueleto de la naturaleza pero a través de alta tecnología, reproduciendo sus ruidos y sonidos. "El teclado para componer ruidos. Yo lo espero. Lo musical no está en la naturaleza, o lo está en muy poca cantidad", escribió el belga en 1942.

• Para quienes basan su análisis musical en los mestizajes negros que bañaron al pop-rock internacional, los noventa depararán un nuevo mestizaje, el cuarto, para ser más precisos. El primero y fundacional fue la unión del rythm & blues con la tradición del country y el folk. El segundo fue el reggae de los setenta. El tercero, en los ochenta, provino del Africa. El cuarto mestizaje —se especula— se originará en el Tercer Mundo blanco o musulmán y en las culturas negras latinas, léase Brasil y el Caribe. Los nuevos sonidos, entonces, no provendrán de las máquinas sino del "canto del salvaje", como dice David Byrne en su recién editado *Rei momo*, para muchos el disco que abre los noventa. Como el grupo local "La portuaria", que también cultiva el llamado "world beat", Byrne inaugura un sonido de la "aldea global" soñada por Mc Luhan pero hecha realidad recién ahora, satélites personales y perestroika mediante.

• A mitad de camino entre ambas posiciones, los defensores del rap pronostican que éste será el sonido de los noventa. El rap, dicen, combina alta tecnología y máquinas obsoletas con raíces negras, callejeras y populares.

• Sin ganas de viajar al Tercer Mundo ni a los ghettos neoyorkinos, muchos acuerdan con que los '90 sellarán la muerte del "imperialismo rockero", como definió Joe Strummer al dominio musical de Estados Unidos y Gran Bretaña. "En los noventa no será más obligatorio cantar en *fucking english*", aventuró Strummer. Así, se dice, sobrevendrá el auge del rock de Europa continental, Japón, la URSS y otros países desarrollados. Argumento: si en los setenta, debido a la fundación del Mercado Europeo, gozaron de éxito conjuntos alemanes (Triumvirat) o italianos (Premiata Forneria Marconi), ahora se asistirá a una música influida por la Europa sin fronteras de 1992.

• Para quienes abrazan las "teorías de las décadas", los noventa serán primordialmente melódicos. Se basan en un razonamiento casi aritmético: los años veinte (ragtime) fueron bailables; los treinta (tango-canción), melódicos: los cuarenta (grandes orquestas), armónicos; los cincuenta (rock'n roll), rítmicos; los sesenta (Beatles), melódicos; los setenta (rock sinfónico), armónicos; los ochenta (funk, pop), rítmicos.

• No obstante, quienes imaginan (o desean) una década fuera de la lógica evolución del siglo XX, postulan una música *new age*, donde se dejan a un lado estos conceptos de armonía, melodía y ritmo, para trabajar lo que Brian Eno describió como música *curva* o sinfín: "No importa cuándo la tomas o cuándo la dejas, porque sigue existiendo por sí misma". Distintas corrientes de este arte climático, tímbrico: la escuela Vangelis-Jarre y sus herederos; la música "para meditar"; el concepto *muzak*; las fugas minimalistas de Philip Glass.



VIVE LA DIFFERENCE

(*Por Juan Carlos Baglietto*) El rock, en la actualidad, está desprovisto de insolencia y desparpajo. Es por eso que espero que la década que ya se aproxima encuentre a la música rodeada de desprejuicios. Desconozco quiénes fueron los que inventaron las fórmulas que hicieron del rock una cosa homogénea, anodina. No sé quiénes son los que deciden el gusto de las mayorías. Lo que sí sé es que estas fórmulas son unas cagadas. Sin embargo, muchos músicos se sumaron a ellas, se masificaron creyendo que el gusto que imponen unos pocos es el de todos. La década del 90 tiene que ser diferente.

Que cada uno toque lo que se le dé la gana, que el pop no sea un concepto igualador, que cada músico invente cosas nuevas, distintas, que no se tome en cuenta lo que dice alguno. Estos son mis deseos. Pero lejos de que este sea un momento de creación, lo que acontece es que los argentinos están más copados con aquellos ritmos musicales que sonaron veinte años atrás. Están también incluidos en esta realidad aquellos programas radiales o televisivos que se la pasan reviviendo el pasado, sin importarles el futuro. Yo soy un tipo que valora mucho el pasado, pero no quiero hacer de eso un culto. Ojalá que el '90 nos traiga nuevos aires.

Quisiera admirar en los próximos años a tipos jóvenes, conjuntos musicales nuevos, que se maravillen por lo que pasa en el mundo. Aunque yo no soy quién para determinar si un grupo es bueno o malo, me identifico mucho con el rock de Los Redonditos y no con otras nuevas tendencias que no me llegan.

Toda década tuvo algo fuerte: los '60 con los Beatles; los '70 con Yes, Génesis; los '80 con The Police. Son todos tipos que inventaron cosas. Los '90 también tendrán algo fuerte. No sé qué conjunto sonará con todo, no sé qué es lo que se creará. Quizá la moda será tocar en garages y, de repente, con esfuerzo e inventando nuevas corrientes, los grupos se convertirán en números uno.

Una esperanza de darles espacios a músicos jóvenes con ganas de cambiar algo y a su vez de privilegiar la música nacional está depositada en las radios truchas, que en la década venidera estarán legalizadas. Mientras estas emisoras no imiten a otras que creen que lo único que vende es lo de afuera, no me cabe duda de que el tiempo que se aproxima será mejor. Lo nacional también vende, y son los medios de difusión los que tienen la responsabilidad de suscitar en el público interés por lo nuestro.

Todas estas tendencias de fines de los ochenta, en pugna y simultáneas, se plasmarán sin duda ya que se trata, en efecto, de músicas posibles. Pero, ¿cuál será el género que tire por tierra todos estos pronósticos, como sucedió con el punk en los setenta y el rap en los ochenta? Entre tinieblas, alguien imagina la música de 1999. Entrecierra los ojos (ya está en trance), une las yemas de sus dedos (pulgar y medio) y predica: "El nieto de Ringo Starr editará un disco... Una productora pagará 184 millones de dólares para que se reúna The Police... Los jóvenes argentinos se reunirán en lofts derruidos por la humedad para cantar, en ronda, sampler en mano, "Cuando pase el temblor... Lo veo venir, lo veo venir...".

PREDICCIONES IMPROBABLES (O NO)

(*Por Gerardo Gandini*) Los miembros de las orquestas oficiales que todavía permanezcan en el país se reunirán en un solo organismo cuyo único y obsesivo repertorio consistirá en la Tercera Sinfonía de Brahms y la Obertura Criolla de Drangosh.

• El teatro *Cristóforo Colombo* subsistirá pero sólo con cincuenta mil empleados administrativos que realizarán una sola función por año cantando ellos mismos mientras esperan la finalización de las obras del escenario.

• El *Directorio Supernacional de Música* será ejercido por una junta colegiada integrada por los miembros del grupo Menudo.

• Una conocida compositora-directora será nombrada supervisora mundial de la música.

• La *Orquesta del Banco May* encargará a la Mona Giménez un concierto para cuarteto (cordobés) y orquesta.

• Algunos jóvenes formarán una agrupación de compositores que pronto desaparecerá.

• Luego de difundir por error una pieza de un compositor todavía vivo, la radio *Ultra Clásica* será oficializada. Inmediatamente comenzará a transmitir un ochenta por ciento de informativos y programas orales, un quince por ciento de folklore y un cinco por ciento de música de compositores contemporáneos (de Vivaldi).

• *Superfestivales de la Capital* realizará entre otros los festivales Buxtehude-Piccini y Reynaldo Hann-Augusta Holmes.

• El *Instituto Nacional de Musicología* desaparecerá y será reemplazado por un *Centro de Investigación en Folklore de Fusión*, el que emprenderá investigaciones sobre temas tales como la chacarera country, el yaraví blues o la malambada.

• Se fundará el *Haydnteum Argentino*, entidad sin fines de lucro dedicada a la difusión en el país de la obra de dicho compositor austríaco.

• Una señora organizará un cóctel.

• ...Y algunos insistiremos, implacablemente, desde nuestra torre de arpillera, en seguir componiendo la música en la que creemos.



¿QUIEN ESCUPE EL ASADO Y LA CORCHEA?

(*Por Roque Narvaja*) Alguien que no sabemos quién es nos está haciendo una broma muy pesada. Nos escupe el asado. De repente el país camina y luego vuelve a gatear. La crisis económica en la que estamos envueltos nos hace fracasar muchos proyectos. Para realizar un show musical se necesita una gran cantidad de dinero, que muchos grupos no poseen, por lo tanto, las ganas de decir, de cantar, de difundir lo que componen mueren, generalmente, en el primer intento. Pero la música no morirá nunca, principalmente en la Argentina. Aunque en los finales de los '80, la crisis del país es impresionante, en la década que viene la música seguirá viva, hasta con más fuerza, con más ganas, pero hay que luchar muchísimo.

Quiero saber los nombres de los que provocan que un plan económico fracase. Todos necesitamos encontrar a los responsables, simplemente, para poder trabajar. Trabajar en serio. Yo vine de Europa para vivir en mi país y trabajar por mi país, pero lamentablemente me encuentro con gente que quiere que el país no salga del pozo. Esto provoca que la gente no coma, no tenga vacaciones y no escuche la música que podría escuchar en otras circunstancias. Estamos cuerpo a tierra, espero que en el '90 volvamos a caminar.

Yo quisiera que mañana mismo alguien cierre la canilla de la especulación y del miedo, que terminaron por invadir nuestra cultura. Termina una década y comienza otra. Tendría que terminar este momento crucial de la historia del país y convocar a laburar de verdad a todos los sectores, desde los empresarios hasta los obreros. Yo soy un músico y me considero un privilegiado porque viajé por el mundo, mis canciones se conocen, pero me pone muy mal que la gente junte los manguitos para comprar un bife, una gaseosa y que le aumenten todos los días los precios. Entonces es entendible que a veces la gente no piense tanto en la música, con todos los problemas que debe afrontar.

Esta es la crisis de hoy, que esperemos tenga rápida solución en la década del 90.

El teatro entre el arte y

EL DESCONTENTO



▲ ***(Por Roberto Cossa)*** Difícil tarea ésta de predecir el futuro del **teatro en los tiempos en que los yanquis invaden Panamá, los rumanos voltean a Ceausescu y en la Argentina** hay un presidente que debió renunciar justo cuando se cumplía el plazo previsto para que asumiera.

Tiempos de locura, de cambios, de **incertidumbre. Para los argentinos** son tiempos en que todo suena a desenlace. ¿Cómo se explica que las ideas de las clases aristocráticas hayan empollado en el peronismo? Hay algo de "último intento" en esta insólita voltereta de la política criolla.

Quizá tenga mucho que ver la cercanía del fin del siglo y del milenio. Faltan diez años y los hechos parecen ingresar a un embudo de la historia con orificio de salida en el año 2000, ese mojón apocalíptico del **subconsciente colectivo.**

Si el teatro es el espejo de la sociedad le tocará al teatro reflejar este tiempo inusitado. El grotesco y el absurdo mantendrán toda su vitalidad del '90, en la Argentina, Sudamérica difícil superar las sorpresas que depare la realidad. ¿Quién podrá encontrar la metáfora que exprese tanto disparate y tanto dolor?



En la Argentina habrá lío. Los liberales intentarán aplicar a toda la sociedad su modelo de país para pocos. Las mayorías, lógicamente, se opondrán. Bien o mal, con mayor o menor acierto, pero se opondrán. Es probable que el marxismo sea una ideología perimida, pero en la década del'90, en la Argentina, Sudamérica, una minoría en el poder querrá imponer un sistema y una mayoría se resistirá. Hasta no hace mucho, a parecidos enfrentamientos se los llamaba lucha de clases.

El futuro político de la Argentina es de difícil diagnóstico. Uno aspira, al menos, que esta democracia restringida sobreviva. Si es cierto que los poderosos descubrieron que es mejor y más fácil dar un golpe de Estado con el dólar que con los tanques, algo hemos avanzado los argentinos.

El teatro ocupará su puesto de lucha. Le cuesta poco. Está acostumbrado a todas las palizas. A veces llora y otras veces pega. Pero suele estar cuando hay que estar.

No sería difícil que el teatro vuelva a convertirse en el mayor referente artístico de los descontentos. Ningún privilegio especial le asiste al teatro para ser, reiteradamente, la hendija por donde penetra el haz de luz. El teatro puede manejar sus medios de producción.

Los noventa serán años tumultuosos en la Argentina. Y los tumultos sociales y políticos suelen invadir la realidad del teatro. El teatro se sentirá tentado a sumergirse en la realidad.

No está mal que así sea. Pero sería bueno que esta vuelta el teatro pusiera los límites entre el arte y la militancia. El teatrista argentino es un militante por necesidad, no porque le guste. El creador es alguien que necesita tranquilidad y tiempo de **reflexión. La Argentina no se lo da,** entonces sale a reclamarlo. Lo malo es que muchas veces el artista confunde los roles y privilegia el ajetreo por encima de su arte. Agota su pasión en el instrumento de pelea y se olvida del motivo de la pelea. Como un músico que al final de su vida sólo pudiera arrancar a su violín los sonidos de las escalas. Olvidó que practicaba las escalas para poder tocar a Bach.

Las fronteras entre arte y militancia suelen ser confusas y será dura la tarea de separar las aguas. Habrá, a veces, mucho riesgo en los reportajes y escasa audacia en el escenario. Y de algún tímido apolítico podrá surgir, de pronto, toda la aventura de los que provocan a la sociedad en que viven.

Los años del '90 vienen duros para los argentinos. La embestida cultural será feroz. Como un anticipo perverso, fueron entregados los canales de televisión a grupos que no se caracterizan por su inclinación al humanismo.

El teatro de arte inicia la década con la mitad de las salas cerradas y el resto en peligro. Habrá que preservar las que quedan y luchar para recuperar las que sean posibles de rehabilitar.

En este último año aparecieron síntomas de reacción de la gente de **teatro. En la medida en que los ataques** arrecien, la necesidad de juntarse será mayor. Es probable que el '90 sea el tiempo de recuperación de los grupos estables, instalados en espacios reconocibles, instrumentos vitales para la subsistencia del teatro en los países subdesarrollados.

La realidad agredirá al teatro durante los años del '90 y el teatro se defenderá peleando desde dentro de esa misma realidad.

La tarea de los teatristas argentinos consistirá, fundamentalmente, en saber equilibrar el arte con la militancia. Habrá que abandonar la tentación de querer convertir al teatro en referente político. De última lo será, a pesar suyo, siempre que adquiera un alto nivel estético. Habrá que aprovechar, eso sí, el caudal artístico y los prestigios personales para ponerlos al servicio de las luchas contra la ideología liberal.

En el aspecto estético es probable que durante la década del '90 se vaya afirmando el criterio de que el teatro es un arte ecléctico donde algu-

UNO BUSCA LLENO DE ESPERANZAS


Alejandro Elías

▲ ***(Por Sebastián Borenstein)*** Primera escena. Un canal de televisión. Un despacho. Un personaje como Max Headroom pero corpóreo, de material moldeado, algo así como Chirolita. Está instalado entre papeles y memorándums. Entra UNO, el protagonista.

UNO: Buenas, necesitaría hablar con quien me autorice ciertas disponibilidades para la grabación.

MAX: A ver... no, esto lo tiene que autorizar el gerente de Harinas.

UNO: ¿Qué?

MAX: Sí, el gerente de Harinas, el que maneja la co, co, cosa.

UNO: Entonces quisiera hablar con él.

MAX: Salió a almorzar, zar, zar, almorzar.

UNO: ¿Y cuándo vuelve?

MAX: Cuando termine.

UNO: ¿Y a qué hora es eso?

MAX: Y... generalmente dos horas después de haber sali, li, li, lido.

UNO: ¿Y a qué hora salió?

MAX: Una hora media después de haber llegado, en dos hori, hori, horitas vuelve.

UNO: ¿Tanto?

MAX: Y sí, calcule... quince minutos para mirar el menú, menú, menú y hacer el pedido, quince minutos para comer la entrada, otra media hora para el pla, pla, plato principal y el vinit, vinit, vinito, quince más para el postre, otros quince para un café o dos, un rato de sobremesa y ahí ya tiene dos horas.

UNO: No imagino qué función cumple el gerente de Harinas, pero tal vez usted pueda... perdón, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

MAX: Soy su mano derecha, actualmente subgerente de Harinas pero mañana paso a la Gerencia de Pastas Relle, lle, llenas.

UNO: ¿Y desde allí me lo puede solucionar?

MAX: No sé, de la Gerencia de Pastas Rellenas depende el Departamento de Espinacas que tiene bajo su control a la Sección Ravio, vio, vio, violes y Capeletis. Antes dependía del Directorio de Pastas Frescas, pero como no se llevaban muy bien con el gerente de Ricota dedicieron subdividir la cosa y se creó la Gerencia de Pastas Rellenas que contro, contro, contro, controla todo.

UNO: Y el gerente de Ricota podrá...

MAX: Ahora es director de Salsas y Queso Ralla, lla, llado. Si quiere puede verlo pero no le va a solucionar nada porque no tiene buenas relaciones con la gente del Departamento de Ñoquis que son los que ponen el gan, gan, gancho. ¿Por qué no los va a ver a ellos directamente? ¡Ah, no! No vaya, hoy no trabajan porque es 29.

UNO: Dígame, ¿y cómo hago para grabar mañana?

MAX: No, escúcheme, problemas no. Bastante tengo con el conflicto del personal de Lasagnas y Gratinados, no me compli, pli, pli, plique el día.

UNO: No entiendo nada. ¿La especialidad de la casa no son los Programas de Televisión?

MAX: ¿Cómo di, di, di, dice?

UNO: Digo... ¿y la programación?

MAX: Hable claro.

UNO: (enredado) ¿No me convida un canelón?

MAX: ¿Qué?

UNO: (tratando de hablar el mismo idioma) Mire. Mañana tengo que amasar en el estudio U. Yo pongo el relleno pero necesito que me autorice la harina y la salsa, ¿comprende? Si no el canelón no sale al aire.

MAX: Mire vie, vie, viejo, si quiere entenderse conmigo hábleme de televi, vi, vi, visión porque yo de pastas no entiendo nada.

A lo largo de la conversación UNO se dio cuenta de que el canal es como una gran fábrica de pastas en la que se ve inmerso tratando de hacer un programa de televisión. Recorre el despacho con la mirada y sale.

Fin de la primera escena.

EN ESCENA

nas veces importa más la palabra, otras veces la plástica y en otras la gimnasia. A veces todas las especialidades juntas. Todas al servicio del único protagonista del teatro: el actor.

Finalmente, el teatro del '90, no es novedad, tendrá que ver con el país del '90. Pero no hay que establecer comparaciones mecánicas. Si por algún milagro el modelo de economía liberal diera algún resultado, el teatro atravesaría igualmente malos momentos. Si por alguna desgracia volviera el sistema autoritario a la Argentina, el teatro sabría cómo sobrevivir.

Lo único cierto es que el teatro tiene que prepararse para enfrentar otra década dura. Una década con todo en contra: una aguda crisis económica y una clase dirigente dispuesta a afirmar un modelo cultural reaccionario, en medio de una profunda crisis social. Un teatro, además, confundido por el avance de formas, estilos y búsquedas propias de los países ricos. Un teatro atrasado si se lo mira desde el punto de vista del mundo desarrollado.

La lucha será despareja. Pero habrá lío y cuando hay lío el teatro sale a pelear.

Sería bueno que quienes estamos del lado de adentro nos preparemos para hacerle frente a la década. Empecemos por hacer un buen teatro y que, además, nos pertenezca. No pretendamos imitar esquemas que sólo son posibles en los países ricos.

Desterremos todo sectarismo, estético y político. En este tiempo la ética del teatrista, su militancia, no pasa ya por la disputa entre ganarse la vida o no ganarse la vida con el teatro. No tiene, tampoco, que enfrentarse a un régimen despótico y criminal.

Los ejes de la disputa no son los mismos en la medida en que las circunstancias no son las mismas.

Pero hay un enemigo al que el teatro tendrá que hacerle frente. Un enemigo poderoso, dispuesto a todo. Un enemigo que mandará apalear obreros cuando tenga que apalearlos, así como verá con indiferencia cómo se cierran las salas. Un enemigo que provocará el alejamiento de aquellos funcionarios bienintencionados. Un enemigo que mira el país como un gran shopping donde pueden caber el arte y la cultura —¿por qué no?— siempre y cuando dejen dividendos.

A ese modelo de país deberá hacer frente el teatro. No estará solo en la pelea porque su lucha coincidirá con la de millones de argentinos. Tendrá que estar junto a ellos porque es un arte militante. Y tendrá que ser el mejor teatro.

La tarea, en la década del '90, será unir la belleza con la resistencia.



LA IMAGINACION SE ESCAPA POR LOS BORDES

(Por Eduardo Pavlovsky) Es interesante la reciente muerte de Samuel Beckett, para resignificar la tremenda influencia de su teatro no siempre reconocida en todas las manifestaciones de vanguardias teatrales en el mundo.

No hay propuesta dramática estéticamente reconocible como válida en nuestros días, desde las menos politizadas del Primer Mundo, hasta las manifestaciones más comprometidas del Tercer Mundo, que no revelen en su textura dramática alguna influencia indirecta de su teatro.

Por lo menos eso es lo que hemos visto en los festivales internacionales, donde casi todas las expresiones de vanguardia llevan inscriptas las marcas beckettianas, mal que les pese a los inventores de las novedades de siempre.

Así lo evidencian los espectáculos y propuestas de Canadá, Estados Unidos o Polonia, pero también los de Chile, Brasil y la Argentina en su dramaturgia y espectáculos de hoy.

Tal vez todas las grandes obras de teatro ya han sido escritas, desde Sófocles, pasando por Shakespeare hasta el último gran clásico del siglo: el increíble *Esperando a Godot* de Samuel Beckett, considerada como la más grande expresión dramática de la angustia contemporánea.

Han surgido grandes nuevos creadores del espectáculo en el mundo: Grotowsky, Kantor, Wilson, Foreman, etc., pero no hubo dramaturgos del mismo nivel de genialidad que los acompañaran. Estos reconocidos directores se constituyeron ellos mismos en sus espectáculos. Habrá que reinventar cómo contar ahora los grandes temas.

Es un verdadero desafío. La última otra de Beckett sólo tiene dos páginas y fue escrita a pedido de uno de sus editores que estaba quebrado económicamente, quien hizo una edición de tres mil ejemplares que vendió a mil dólares por ejemplar, salvándose así de su quebranto económico. Beckett señaló que ésta obra escrita y dedicada a su amigo editor representaba la última agonía del hombre europeo a quien ya no le "caben palabras para expresar su vacío y su falta de sentido en su opulencia".

Y a nosotros, latinoamericanos, ¿qué nos queda por decir?

En cierto sentido, no sé si podemos hablar de teatro del futuro, ni siquiera de obras de teatro del futuro, sino tan solo de situaciones dramáticas que puedan expresar el surrealismo cotidiano de la sobrevivencia, o sea, la singularidad específica dramática del acontecer diario.

Vivimos en un mundo subdesarrollado, pero nuestra imaginación latinoamericana está intacta.

Tenemos que preservar nuestra imaginación creadora, desarrollándola por los bordes del sistema, realimentándola siempre.

Teatro Abierto fue un gran ejemplo de la capacidad de nuestra inventiva, como proyecto estético ideológico en un cierto momento peculiar de nuestro social histórico. Fue un acontecimiento. Una respuesta dramática vital a la opresión. Un verdadero trabajo político, por sus efectos de cuestionamiento.

Nuestra literatura latinoamericana "explota" y desborda en creatividad. Nuestro cine ha dado muestras de extraordinaria capacidad y también nuestro teatro ha comenzado a ser respetado internacionalmente. Nuestras obras se estrenan hoy en muchos escenarios del mundo.

Debemos estimular la creatividad como forma de sobrevivencia, no se necesitan tantas obras de teatro como nuevas inventivas dramáticas, texturas de imaginación, equipos con jóvenes estudiosos inundados de valentía y riesgo creativo. La frustración económica "salteada" a través del trabajo creativo, grupal y militante. Pero una cultura que se desarrolle no al margen de los procesos de transformación, sino participando en el mismo centro de los aconteceres políticos.

Cuando a Pino Solanas se le aborta el proyecto del Imaginario, se ataca al centro mismo de la imaginación latinoamericana. Se intenta comercializar la imaginería. Perder su sentido vital de transformación. Se la despolitiza. Se autodestruye un gran proyecto político cultural. Demasiado proyecto el de Solanas para la mediocridad de la cultura chata gobernante.

A veces no solamente la corrupción sino la imbecilidad es un lastre de las clases dirigentes, porque los corruptos tal vez alguna vez puedan ir a la cárcel, pero los imbéciles no se curan nunca y en este país a veces dirigen la cultura.

Personalmente he representado con tres de mis obras al teatro argentino en 17 festivales internacionales desde 1986.

Ni la cultura teatral de la dictadura, ni la radical, expresadas por Kive Staiff, ni la derechosa peronista de Alfaro me llamaron como autor alguna vez para colaborar.

Es paradójico que seis universidades americanas me hayan invitado a estrenar mi última obra *Voces*, aun antes de ser estrenada en Buenos Aires. Tal vez así funciona la cultura oficial de la democracia: marginando y autodestruyéndose. Pero no es fácil marginar la imaginación porque escapa por los bordes, no se deja apresar ni detener.

La respuesta es la imaginación creadora, la verdadera lucha contra la mediocridad.



EL CINE DE LOS '90,



LA IMAGINACION ES PODER

(Por Eliseo Subiela) Imaginar el cine de los '90 es en principio imposible sin imaginar el país de los '90. Y desde este final de década desconcertante y decadente, juro que es un ejercicio de imaginación que me cuesta más que pensar en mi decimocuarta película, Dios lo permita. Y es que esto, tan obvio, de que un cine —no una película, sino todas las películas— es el reflejo del país que las produce, es el tema de fondo a partir del cual puede hacerse el intento de imaginar, en parte, lo que puede venir.

Yo soy optimista y escéptico.

Optimista porque sigo creyendo en el potencial creativo de este maravilloso pueblo de 30 millones de Mac Gyver, capaces de hacerle creer al mundo que se pueden hacer películas importantes empeñando las casas de los directores, teniendo la pretensión de conquistar el mundo con películas de autor, cuando la mayoría de los espectadores parecen haberse refugiado en la digestión de pop corn, mientras los superhéroes aturden con sus aventuras en dolby stereo. Y sin embargo, ahí están las pobres peliculitas argentinas, recordando en muchos festivales que si el cine es un reflejo del país que lo produce, también es un reflejo del alma de quien lo hace, y no sólo una cuestión de marketing y consenso.

Y escéptico, porque creo que para no serlo habría que alentar pesadas esperanzas sobre la profunda transformación de nuestra sociedad. Esperanza que, por supuesto, no descarto.

Algún día, porque a esta sociedad le importará de verdad, aparecerán políticos que crean que moral y política no son temas de distintos mundos. Y crecimiento y cultura tampoco. Y aparecerán empresarios, industriales, que además de tener como objetivos un yate y una casa en Punta del Este, conciban su participación en la cultura de su país, más allá de la compra de un cuadro o la organización de un campeonato de tenis.

La mayor parte de la cultura del país más poderoso de la tierra está financiada por empresas que lo hacen por dos razones fundamentales: no son suicidas, y saben que el apoyo a las actividades culturales dan más prestigio que una Ferrari Testa Rossa.

Dos certezas que, por supuesto, no tienen la mayoría de los poderosos de la Argentina, capaces de multiplicar sus riquezas de una manera tan obscena que justificaría una investigación en cualquier país adulto del mundo.

Aquí en cambio, salen en las tapas de las revistas, mientras un argentino muere de hambre cada 45 minutos, y un cineasta de tristeza y frustración cada siete días, estadística esta última más improbable y en todo caso menos grave.

El cine de los '90 será como el país de los '90.

Y ambos serán como querramos que sean. O como nos dejen.

Pero desde mis ganas imagino un cine en libertad que sea, con los medios que tengamos, reflejo de nosotros mismos. Eso alcanzará para que el mundo se interese en mirarnos y oírnos.

Y ese cine habrá que hacerlo como se pueda. Otra vez, la relación cine país.

Lo que no deberemos aceptar nunca más es el silencio, la moral de los censores, el orden de los exterminadores.

Después de todo uno hace cine, entre otras cosas, para oponerse de manera humilde y en todo caso discutiblemente exitosa, a la muerte. Que ya sabemos, se alimenta fundamentalmente de nuestros miedos.

Final feliz: Brindemos. Como sea, de manera inevitable, el cine de los '90 seremos nosotros.

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

(Por Bebe Kamín) Pablo, que ayer 29 de diciembre de 1989 había cumplido 16 años, estaba sentado junto a Guido. El lugar estaba lleno de chicos que, como él, esperaban ansiosos el resultado. A pesar del ruido se quedó dormido. Y soñó. Su llegada a Los Angeles se atrasó algunas centésimas. Es que el ultraaéreo que lo transportó desde Salta debió realizar algún desvío por el tifón antiecológico que rondaba por el Amazonas. Pero, por fin, ahí estaba Mike Spain, ese productor de buenas maneras que había estudiado castellano y que le aseguró, en Buenos Aires, que los Estados Unidos estaban en condiciones de afrontar la empresa. Inmediatamente fueron a las oficinas, unas de las pocas que quedaban de la época de oro, y comenzaron la preproducción.

Ya habían acordado que Guillermo Centeno, el conocidísimo actor nacido en Tres Arroyos, iba a protagonizar la historia. También Elsa Starosta, que había fulminado con el éxito de *Seducida en el Riachuelo*, era figura indiscutible. Pero Pablo quería estar seguro de que el cast faltante era el adecuado, que los actores del Norte tenían la suficiente solvencia profesional como para integrar la empresa. También los técnicos que iban a acompañar a Miguel Buendia, el ganador del último Ñandú a la mejor fotografía, debían cumplir con los requisitos de calidad.

Es que filmar *El regreso del arriero Gómez* en un país tan lejano no era una empresa fácil. Es cierto que los costos eran bajos, que Mike había asegurado que todo estaría en orden, pero Pablo, como director, no podía evitar una sensación de desconfianza. Durante el viaje había leído en el computext que algunos viejos, seguramente resentidos, reivindicaban un "cine" que ya no tenía lugar. Un tal Francis Ford, acompañado de otro Woody...?, junto a gerontes de apellidos Penn o Lean, habían logrado filtrar alguna información por la Teleprensa donde proclamaban sus reservas por la invasión de productores del Sur. Reconocían, eso sí, que daban la oportunidad de superar la gran crisis de trabajo en la que estaban sumidos, pero manifestaban su temor de que dicho desembarco extranjero los alejara de aquellos ideales que alguna vez los iluminaban: contar la vida y vigencia de los Estados Unidos.

Pablo no se alteró. Sabía que en todos lados hay gente disconforme, que los locos permiten la existencia de los normales y que, finalmente, una vez que hubiera terminado el rodaje de *El regreso...* volvería a Buenos Aires y terminaría su película así como mandan las leyes del mercado.

Miró a Mike que le extendía el contrato. Ubicó la fecha: 29 de diciembre de 1999. Cuando lo iba a firmar sintió que el terremoto había empezado.

Guido lo despertó moviéndole los brazos. Pablo abrió los ojos y vio ante sí una enorme figura rubia que le sonreía. Era Jim, el encargado de producción de *Violence in the Dark*, que lo felicitaba. Pablo había logrado ser decimosegundo ayudante de producción para el film que los americanos iban a rodar en la Argentina. Su obligación: tener siempre a mano un café caliente para el producer.

COMO EL PAIS DE LOS '90



EL POBRECITO HA DEJADO DE SUFRIR

(*Por Adolfo Aristarain*) Es difícil hacer un pronóstico sobre el futuro del cine argentino en el '90 porque para eso tendría que ser capaz también de predecir el futuro político del país, pero no soy astrólogo ni tengo amigos en la Casa Blanca o en el FMI que me puedan batir la justa. Me resulta más atinado opinar sobre la situación actual, que a mi entender se presenta muy clara: la crisis del cine nacional ha sido superada. El lento pero profundo proceso de destrucción de la industria cinematográfica se inició con la agresividad censora de Tato en el '75, prosiguió sin escrúpulos con los milicos, luego con cierto disimulo y premios fallutos con los radicales y ha sido completado ahora con resignado pragmatismo por los peronistas. Nuestro cine ya no existe, por lo tanto, tampoco existe la crisis.

La gente que está al frente del INC y en la Secretaría de Cultura sabe lo que hay que hacer para revertir esta situación y lo están intentando, pero dudo que los dejen tener éxito. Que haya o no una industria cinematográfica es exclusivamente una decisión política. Creo que la decisión está tomada y consiste en dejar que el mercado determine si tiene que haber cine nacional o no. Como el mercado interno está en un nivel bajísimo y no devuelve la inversión aunque se consiga un éxito, y al mercado externo no podemos acceder (salvo excepciones), esa postura es sólo una manera de evitar decir que el cine no interesa. Sería saludable dejar de lado el hábito del doble discurso y decirlo con claridad.

Todos los países que tienen una industria de cine nacional la protegen fuertemente con subsidios, desgravaciones impositivas, control de taquilla y absorción de las pérdidas por parte del Estado. Esto pasa en países como Australia, Canadá, Italia, Francia, España e incluso en EE.UU., que tienen simplemente una economía de mercado, que no son socialistas ni han descubierto aún nuestra maravillosa economía *social* de mercado. Pero han decidido que les importa tener cine propio y una cultura activa. No les preocupa que la cultura sea provocativa o subversiva o que los cineastas sean incómodos testigos de la realidad y que cuestionen el poder establecido. Nuestro país, en cambio, destina el 0,23 por ciento del Presupuesto Nacional para todas las manifestaciones culturales. Es una suma ínfima, casi un insulto, pero comprensible. Es una actitud coherente con el país de la obediencia debida y del indulto, con el país que se achica para hacerse liberal y repartir la riqueza entre unos pocos, con el país en el que accede al poder un movimiento policlasista y sus dirigentes se convierten en clasistas para decir con distanciamiento aristocrático que para ser modernos hay que pagar un "costo social", gracioso eufemismo que significa que por decisión de unos pocos, quince millones de personas son condenadas a vivir y morir sumergidos en la miseria.

Peticionar a las autoridades es un derecho constitucional, pero dadas las actuales circunstancias me parece un gesto inútil, que hasta puede llegar a convalidar cierta actitud monárquica y autoritaria del poder. No hay que pedir, hay que exigir. Y como no nos escuchan, sólo nos queda la esperanza del voto, la casi ineludible toma de conciencia del pueblo, que no será inmediata pero que tampoco está lejana. El rotundo fracaso de las recetas liberales es un camino que lleva (si no hay desvíos golpistas) a una experiencia socialista. La política puede ser el arte de hacer posible la Utopía.

Pero para luchar hay que estar vivos y por ahora impera la Ley del Mercado que es la Ley de la Selva y los que hacemos cine tenemos que ser conscientes de esto y tratar de sobrevivir, adaptándonos a las circunstancias. El '90 va a ser duro, pero éste es un oficio muy duro y tenemos la piel curtida. Para hacer una película lo único que hace falta es dinero, y aprender a conseguirlo es parte del oficio.

Descartemos al aporte privado argentino: mientras subsista la bicicleta financiera, el juego del dólar y las tasas y la evasión impositiva, nadie va a invertir un mango en cine. Nadie normal. Siempre puede aparecer un Mecenas o una Oligarca aburrida. Pero no conviene contar con eso, no es serio. El INC y las televisoras privadas pueden arrimar algo, pero no lo suficiente. No hay que dejarse engañar por los que proclaman la necesidad de hacer un cine pobre adecuado a la realidad económica. El cine pobre es también irremediablemente pobre en calidad, es un cine al que se le disculpa la ineptitud por sus buenas intenciones o por su ideología. Habrá que buscar dinero afuera, armar coproducciones, contratar actores extranjeros, hacer películas en otro idioma: lo que sea y como sea. Lo importante es hacer cine aquí o en otro país, donde se pueda y todo lo que se pueda. La única manera de aprender a narrar es haciendo películas. Por eso es importante tener una industria. Pero olvidémonos del cine nacional y de si es cultura o entretenimiento o ambos. Preocupémonos por sobrevivir. Mientras haya cineastas argentinos haciendo cine en algún lugar del mundo, el cine nacional tiene chance de renacer. Sólo es cuestión de tiempo, como en política. Es necesario no entregarse. Simplemente evitar que el '90 nos destruya.



QUE SIGAN LOS EXITOS

(*Por Javier Torre*) En los 90, el cine habrá llegado a su apogeo.

La imagen, y el poder mismo de la imagen, alcanzarán la auténtica culminación de un siglo fascinante, quizás el más fascinante de todos los siglos que haya vivido la humanidad, aunque también el más cruel.

El cine de los 90 será un mosaico múltiple y renovador, con una diversidad de miradas nunca conocidas hasta hoy.

El panorama de la próxima década habrá de enriquecernos como casi nadie imagina, y la cantidad de espectadores, a nivel mundial, se habrá multiplicado. Nuevos medios de comunicación surgirán impensados, insospechados, sumándose al video, la tevé y la reconversión de las salas tradicionales, además del cable, nuevos espacios oficiales y privados, empresas mixtas y por supuesto los satélites.

Las fronteras más fortificadas caerán y la capacidad de renovación nos dejará alelados, por fortuna. Surgirán jóvenes con una preparación y un lenguaje renovado, y hasta quizás más bello. Fluirá el dinero para los proyectos novedosos, y para los grandes maestros. Las estructuras de producción florecerán con un vigor renovado. Los directores de cine se encontrarán frente a una exigencia enriquecedora, dentro de la cual sus películas se harán. Se harán, repito. Los actores tendrán terreno y espacio donde volcar su mágico arte milenario, sin el cual no habría felicidad, ni conocimiento, ni rostros. Las nuevas generaciones de técnicos se encontrarán sumergidas en una verdadera revolución de materiales más sensibles, casi perfectos. La alta sensibilidad de las pantallas será la puerta para entrar al siglo XXI.

El cine será el verdadero, el último baluarte de nuestras culturas amenazadas por el apocalipsis, y al parecer triunfarán la sensatez, la planificación, la inteligencia y el talento de los grandes artistas y los grandes políticos comprometidos de verdad con los intereses más profundos de la gente. El cine, y junto con el cine, la cultura, triunfarán. La industria de la imagen pasará a ser, y ya lo es hoy, una de las primeras del planeta.

Todo eso sucederá, y más todavía.

Pero desgraciadamente sucederá lejos de aquí. No en la Argentina, a menos que la tengamos clara y, hartos de escuchar mentiras, digamos basta, señores, rompamos las cadenas.

Jorge Lanata
LA GUERRA DE LAS PIEDRAS
Editora 12

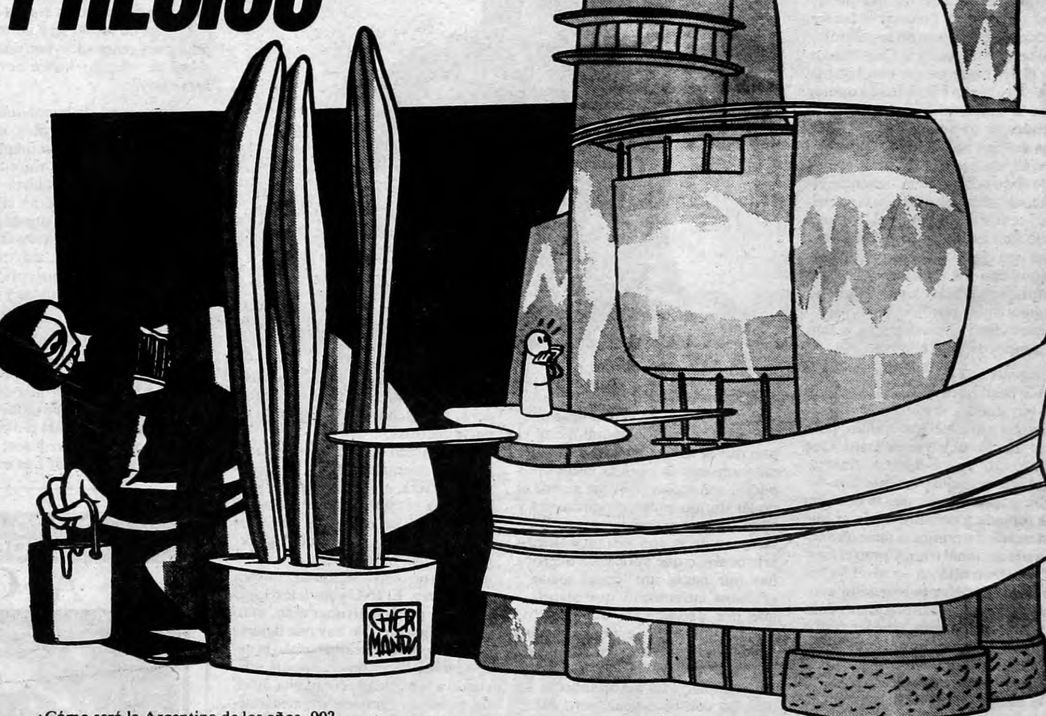
Página/12
el país a diario

Director Periodístico: Jorge Lanata
Editor Responsable: Fernando Sokolowicz

Eduardo Berti
SPINETTA, CRONICAS E ILUMINACIONES
Editora 12

Años 90

ACA LO UNICO QUE CAMBIA SON LOS PRECIOS



(Por Osvaldo Soriano) La última década del siglo pasará por encima de algunos miedos ancestrales pero enfrentará otros nuevos, nacidos con las revoluciones antiestalinistas de 1989. Por primera vez los hombres no dirán que el mundo se acaba con el último minuto del milenio, pero les costará imaginar cómo será un universo en el que un sistema con fe de bautismo, odiado o amado, se ha derrumbado. Ahora que las esperanzas son más confusas que nunca y muchas vidas se perdieron en un gigantesco mito, todo empieza de nuevo.

Por supuesto, queda un nuevo socialismo a construir, pero las bases que deja Europa son como cimientos viciados. Estados Unidos, Japón y Alemania Federal hegemonizan las tecnologías que han puesto a salvo al capitalismo, pero ese mundo es cada más apático y egoísta porque se siente seguro de sí mismo.

La caída del autoritarismo en el Este plantea problemas que ya no sólo son de la URSS, sino de todo el Norte industrializado: un mínimo movimiento en falso, una sola tentación nacionalista, podría llevarse al infierno todos los avances de la humanidad.

Europa y Estados Unidos tendrán ahora que pagar el costo de un vuelco de las viejas ilusiones hacia la tentación liberal, tan bien publicitada. A veces las cosas se arreglan con veinticinco mil soldados que invaden un pequeño país, pero no siempre es tan fácil. En otras ocasiones es necesario financiar el desarrollo para que después no vengan desengaños y pataleos.

Las grandes utopías —socialistas, cristianas, panafricanas, tercermundistas—, han quedado en mala postura y los militantes de la justicia social tendrán que trabajar con propuestas muy novedosas para ser creíbles frente a los desheredados de la tierra. Es posible que los proyectos —cuando los haya—, surjan de los pueblos que ya han hecho una experiencia que simulaba ser comunista. Ellos pagaron muy caro el error de intentar cambios profundos con juicios sumarios; si de pronto se vieran encandilados por el espejismo de los mercados de Occidente —como parece el caso en varios países que salen de la dictadura—, las consecuencias parecen previsibles: no hay para todos en el mundo del libre intercambio, y los primeros en hacerlo saber son los que terminan con más fortuna este siglo de doscientas guerras y mil revoluciones.

¿Cómo será la Argentina de los años 90? No hay que ser adivino para imaginar que el sector privado, que ha vivido de la rapiña de los bienes comunes administrados por el Estado, no será mejor ni más eficiente que las grandes empresas ya conocidas, que viven de las subvenciones y los favores estatales. Este país no sabe de industria ni de comercio, sino de especulación, y es inútil soñar con un paraíso en el que reine la razón cuando la característica de esta comunidad es producir delirios y alucinaciones.

Ya hay libre mercado. ¿Qué cambia eso? Cambia los precios, no las almas. El liberalismo en la Argentina es el juego sin riesgo ni obstrucción de las mesas de dinero. Hace 15 años que la inflación provoca desastres en la cultura social de las gentes y no hay manera de parar esa espiral perversa: radicales y peronistas han fracasado hasta ahora en el intento de encauzar un sistema representati justo y democrático. Nunca quisieron atacar los privilegios de la minoría más retrógrada del mundo y esa minoría está acabando con los partidos populistas. ¿Por qué todo va a cambiar si la propuesta de Menem tiende a dar más a quienes ya lo tienen casi todo? El caso de la privatización de ENTel es ejemplar: antes de transferirla a manos privadas, las tarifas de los servicios van a aumentar el 60 por ciento para garantizar a los nuevos dueños una ganancia del 16 por ciento anual, cuatro puntos superior a las de ITT o France Telecom.

¿Qué clase de riesgo de libre empresa es ése en el que el negocio está asegurado de antemano? ¿Qué innovaciones tecnológicas aportará un sector que antes de entrar en el negocio ya empezó a tener ganancia segura?

Para garantizar tamaña estafa al bien común se necesita, por supuesto, del indulto —o como se llame—, para quienes reprimieron ayer por las mismas razones e intereses que tendrán que reprimir mañana. El peronismo va a ser usado como instrumento político para imponer un proyecto multinacional que asegure mano de obra barata y disciplinada. El doctor Menem —como antes Alfonsín— está abaratando los costos; para la disciplina necesitará bayonetas y algo más.

Así, pues, entra la Argentina en la última década. El mundo no se acabará tampoco esta vez y —hay que ser optimista—, tampoco desaparecerá este país, que alguna vez fue uno de los más vivibles del planeta. Sólo que los argentinos de esta generación se van secando como hojas de otoño, fieles a sus hábitos más viscerales. Los que pasen el siglo oirán hablar de mundos fantásticos, de viajes inauditos, de invenciones asombrosas. Y ellos los comentarán, con respetuoso fervor, en la larga cola de alguna ventanilla donde ofrezcan el mil por ciento de cualquier cosa que se parezca a una vana ilusión.

Socorro — Por Rep



